Gabriel Jiménez Emán

l i m b o



Fundación Editorial el perro y la rana

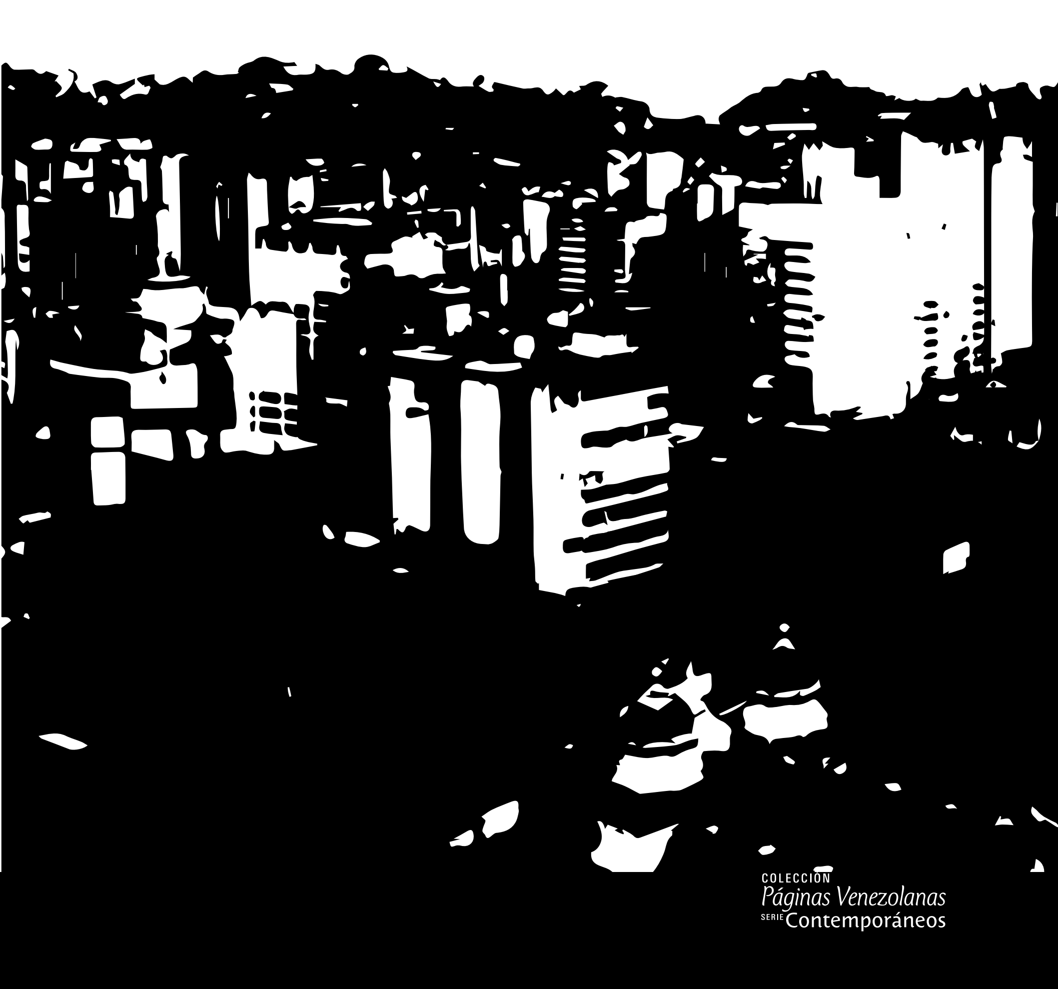
COLECCIÓN
Páginas Venezolanas



Gabriel Jiménez Emán

l i m b o

Crónica del futuro reciente



COLECCIÓN
Páginas Venezolanas
SERIE Contemporáneos

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

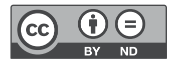
Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de la colección
Jhon Aranguren
Mónica Piscitelli

Diseño de portada: Anthony Fernández

Edición : Pablo Ruggeri
Corrección: Ninoska Adames / Francisco Romero
Diagramación: Hernán Rivera

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018001258
ISBN 978-980-14-3798-7



colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria.

La serie *Clásicos* abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

Qué ocurrirá a esta humanidad antes de que desaparezca.

LICHTENBERG

Los investigadores y pensadores de América, o bien se identifican con la Europa segunda de tal manera que su trabajo se convierte en agencia local de centros ubicados en poderosos países exteriores al área, o bien se consumen en actividades políticas gobernadas por el discurso mantuano, o bien ceden al discurso poético verbalista del discurso salvaje. Los esfuerzos científicos de las universidades se desvirtúan en intrigas mantuanas; las anacrónicas intrigas mantuanas no logran hacer contacto con lo real extraclásico más allá de lo necesario para sobrevivir; un cierto nihilismo caotizante impide la continuidad de los esfuerzos, y el conjunto de la situación aleja al americano de la toma de conciencia integral de sí mismo, de su realidad social, de su puesto en el mundo, de tal manera que mucho menos se enfrenta nunca auténticamente a los problemas que el universo en general, la condición humana en general plantean al hombre despierto. Ante este panorama de discursos en guerra, sin victoria, solo queda, en la perspectiva del presente, el escalofrío estético catártico que produce la contemplación de una tragedia, y en la perspectiva del futuro, el genocidio tecnocrático o la esperanza de una catástrofe planetaria que permita comenzar de nuevo algún antiguo juego.

J.M. BRICEÑO GUERRERO

Padre nuestro que estás en las alturas
no circunscrito, y sí por un amor,
mayor a las primeras criaturas
loados sean tu nombre y tu valor,
pues es digno que todo lo creado
gracias dé a tu dulcísimo vapor.

DANTE ALIGHIERI

Capítulo 1

Analivia Plurabela vio en la pantalla del megaplasma el video que reproducía las imágenes donde las Torres Gemelas se desmoronaban como galletas con la colisión de los aviones. La imagen se fragmentaba en cámara lenta sin ningún sonido, hasta que el edificio se venía abajo de manera impecable, cayendo lento, casi hermosamente, sobre sus bases, dejando un lecho de humo que se esparcía por las cuadras de Manhattan. Analivia detuvo la imagen un par de veces con el control remoto a objeto de observarla mejor, y tomó algunas notas.

Analivia ya había cumplido los quince años de edad. Sus padres, Juan Pablo Risco y Sara Amarilis, vivían con su hija en la finca La Iguana, en el sector La Mariposa, en las afueras de Caracas. Ahí también habían instalado un pequeño centro de investigaciones y una biblioteca, donde consultaban asuntos y temas acerca del cambio climático para compartirlos con otras organizaciones relacionadas.

El centro de investigaciones se había creado con la iniciativa de Nikolas Kai, padre de Sara Amarilis, y por lo tanto abuelo de Analivia, quien visitaba la finca con frecuencia junto a su mujer, Alicia Montalbán. Allá iban para hacer algunas consultas, investigar, trabajar o compartir con Juan Pablo y Sara Amarilis momentos de descanso.

Analivia abandonó la silla frente al televisor, dejando la imagen congelada de las Torres Gemelas. Juan Pablo ocupó la silla y comentó que una versión muy difundida acerca del derrumbe de las Torres Gemelas decía que había sido un plan urdido por el propio gobierno de George Bush para justificar la persecución e invasión de los países árabes, así como a principios de siglo, más precisamente en 2011, el gobierno de Barack Obama difundió la especie de haber atrapado a Bin Laden sin siquiera mostrar su cuerpo, so pretexto de que no se convirtiera en héroe o mártir, pero sobre todo para justificar otras invasiones y quedar como país redentor de la lucha contra el terrorismo. Con la invasión a Libia se apoderarían del petróleo, y ante la inminente pérdida de poder político en el continente, el gobierno de Obama hizo intentos desesperados para conseguir el apoyo de países como Francia y España para invadir aquel país.

—¿Hoy vamos a almorzar al aire libre, mamá? –preguntó Analivia a su madre Sara Amarilis, mientras esta preparaba algo en la cocina.

—Sí, hija, vamos a poner la mesa afuera.

—El día está claro… ¿Quieres que te ayude en la cocina?

—Tráeme algunos tomates y pepinos del huerto.

—Sí, mamá, ahora mismo.

Analivia desprendió los tomates de las ramas y los introdujo en una cesta; después se acercó a una mata de aguacate y presionó la cáscara verde de los frutos para comprobar si estaban maduros, y los llevó a la cesta también. Ya en la cocina, los peló, rebanó y mezcló con lonjas de aguacate en una ensaladera, les agregó sal, cilantro, aceite de oliva y jugo de limón.

Más tarde todos saldrían a sentarse a la mesa. Había llegado también el novio de Analivia, Abel Tristán, estudiante con ella de Ciencias Ecológicas en la Universidad Comunal. Abel era un muchacho con claras aptitudes para escribir y pintar. Sara Amarilis le dio la bienvenida a la mesa, donde había frutas y hortalizas orgánicas, producidas en el huerto de la finca. Además de la ensalada que había preparado Analivia, había frutas, arroz, sopa de vegetales y jugo de guanábana. Era una mesa rectangular cubierta con un mantel de tela anaranjada, con servilletas de tela y platos blancos. Se sentaron todos a disfrutar de la comida.

—Ya entramos en la semana decisiva –dijo Nikolas Kai.

—Sí, creo que vienen por las reservas de petróleo –repuso Juan Pablo.

—Ayer entraron en colapso energético Chicago, Los Ángeles, Atlanta y San Francisco. No poseen la energía suficiente para mantenerlas. Sin el petróleo de Libia y de Venezuela no van a poder subsistir, necesitan de esa energía a toda costa –añadió Analivia.

—Dubái también ha entrado en colapso. Allí están nadando en dinero pero no pueden comprar nada con él. Han quebrado las empresas por falta de agua potable; los materiales orgánicos escasean en todas partes –anotó Alicia Montalbán.

—Hablemos de esto después de la comida –dijo Nikolas Kai–. Miren que podemos estropear el almuerzo.

—Tienes razón –dijo Sara Amarilis–. Dejemos esto para después porque nos va a caer mal esta sabrosa comida.

Terminaron de almorzar y fueron a un caney cercano, donde había algunas hamacas. Descansaron, hojearon los diarios impresos. Abel Tristán estaba sentado a un lado del caney. Llevaba una computadora portátil donde revisaba las versiones electrónicas de varios diarios del mundo y hacía comentarios.

—Muchas organizaciones de Argentina, Ecuador, Cuba, Bolivia, Guatemala, Brasil y Chile están con nosotros, todavía no han saltado la talanquera –dijo Tristán.

—Sí, con el apoyo de varios países árabes de África creo que esta guerra la perderán, si se deciden a iniciarla. Yo creo que no se atreverán –dijo Analivia–. Tampoco algunos países de Europa como Grecia, Suiza, Suecia, Hungría, Austria y Checoslovaquia quieren nada con ellos –terminó diciendo.

—También está el problema del agua –añadió Juan Pablo–. La contaminación del mar se ha hecho mayor, y cuando llueve se producen otros desastres –concluyó.

Justo cuando Juan Pablo terminó de decir esto, comenzó a llover. La lluvia caía sobre los tejados y árboles, sobre el huerto y la grama, dejando un agradable olor a tierra húmeda. La lluvia fue arreciando, cayó por más de una hora con una brisa fuerte que los hizo movilizar a todos desde el caney, cubriéndose con trapos y cartones hasta la casita donde estaban los dormitorios y el pequeño estudio. Al escampar se trasladaron hacia el comedor por iniciativa de Juan Pablo que les convocó a una reunión informal de trabajo.

—Amigos –dijo–, los he convocado aquí porque creo que vamos a tener que tomar algunas decisiones importantes a partir de ahora. Las organizaciones amigas nos han solicitado una reunión urgente en Caracas para hacer un trabajo en conjunto. Tenemos que movilizar a un equipo de personas para llevar a cabo una concentración y hacer una declaración. Todavía hay muchos intereses oscuros en este país, un buen número de empresarios están listos a venderse al mejor postor; lo urgente para ellos es la sobrevivencia de sus empresas y familias. Les importa poco el pueblo, la masa trabajadora y campesina. Y con el presidente que tenemos…

Para el año 2050, Venezuela estaba comandada por Moisés Mandala, un presidente neoliberal electo con el 60% de los votos, pero no había podido resolver problemas básicos del país debido no solamente a la crisis global que se cernía sobre a mayoría de los pueblos del planeta, sino a que su gobierno había comenzado a hacer pactos con otros gobiernos neocapitalistas. Todos los países enfrentaban conflictos similares en todos los terrenos. Ya no había naciones completamente ricas. Los problemas no podían abordarse en función de un solo país; había que ayudarse mutuamente si no se quería perecer en masa. Problemas planetarios que ya habían sido identificados por filósofos como Edgar Morin.

Buena parte de estos problemas globales estaban asociados al llamado cambio climático. Las guerras energéticas, principalmente la de la energía fósil del petróleo se traducen en una alteración sustancial de la temperatura, que alterna calores asfixiantes en el Caribe y descensos vertiginosos de la temperatura en Centroamérica y Suramérica. Una enorme concentración de dióxido de carbono y de gases industriales letales –especialmente el gas metano y el óxido nitroso– que se liberan continuamente en la atmósfera producen este cambio inédito en los patrones de precipitación, originando lluvias arrasadoras en el trópico; al sureste de América del Sur había causado huracanes, tormentas y tornados que estaban produciendo un aumento en el nivel del mar por encima de un metro y, a su vez, el derretimiento de los glaciares en países andinos, y por supuesto en el ártico y la Antártida, donde el casquete glaciar, al juntarse y chocar los glaciares entre sí, se derretía y desaparecía la banquisa, originando inundaciones gigantescas.

La producción excesiva del dióxido de carbono aumenta la existencia de estos gases, los cuales captan los fotones infrarrojos que

provienen de la tierra al ser calentados por el sol, pero estos no generan ninguna reacción química, sino que siguen rotando y aumentan la temperatura del aire, conocido como efecto invernadero.

A esto se agrega la tala descontrolada de árboles en grandes extensiones de selvas y bosques para usar la madera, y la plantación de semillas como la soya que agotan la tierra dejándola seca. La soya se usa también para el pastoreo continuo del ganado sin atender a sus nefastas consecuencias: la desaparición de numerosas especies animales y pérdidas de reservas de biodiversidad. Al mismo tiempo, al disminuir la capa de ozono en la atmósfera, los rayos ultravioleta la penetran y la calientan en demasía, junto al agua. Miles de personas mueren cada año debido al cambio climático.

Por contraparte, se construyeron ciudades delirantes como Dubái, una megalópolis que no produce nada ni siquiera agua, e importa sus insumos para alimentar enormes rascacielos, casinos de juego, centros comerciales, gigantescos complejos de entretenimiento que consumen cantidades gigantescas de energía.

Dubái colapsó un día del año 2020, cuando uno de sus rascacielos se incendió debido a un accidente y se vino abajo produciendo una megacatástrofe, superior a la de las Torres Gemelas, cuya imagen también manipulaba Analivia Plurabela con el control remoto del megaplasma.

Lejos de superar estas plagas detectadas en el siglo xx, en el siglo xxi se habían recrudecido, pues no se habían puesto en práctica las recomendaciones de varias organizaciones independientes de la sociedad civil para contener los peligros y plagas que señalaban a la sociedad humana como a la primera responsable de esta destrucción.

Una de las primeras opciones que se vieron al comienzo del siglo xxi fue convocar a varias cumbres ecológicas a las comunidades organizadas para tomar medidas al respecto. Organizaciones como Greenpeace, Amigos de la Tierra, la Vía Campesina, la Red Indígena del Medio Ambiente, la Comuna Loma de León y otras, habían hecho sucesivos llamados de atención sobre estos urgentes problemas.

Cuando Juan Pablo Risco hablaba de organizaciones amigas, se refería especialmente a estas, con las cuales habían tramado ya un tejido de relaciones en la búsqueda de una solución con organizaciones civiles que pudieran ejercer una presión real a los gobiernos, con ciudadanos que sufrían realmente los embates en su calidad de vida. Además

de los desastres enumerados debían soportar hambre, sed, carestía de luz eléctrica, alimentos contaminados, combustibles a alto precio. La gasolina para los automóviles era elevadísima, pues el número de autos por habitante había crecido en una proporción insostenible: poseer un auto era a la vez un lujo y a la vez una necesidad en la vida cotidiana de cada persona. Las carreteras de concreto se fueron deteriorando poco a poco hasta llenarse de zanjones, precipicios y huecos enormes, por donde transitar significaba un riesgo de muerte.

El automóvil se había vuelto un transporte costosísimo, lo cual generó un robo de vehículos que se extendió por todo el mundo. Mafias organizadas se peleaban el control de los automóviles robados. Tener un automóvil en casa significaba tener un ladrón en potencia acechándote. El monorriel se convirtió en la forma más barata y rápida de moverse en las ciudades, y en distancias largas, de estado en estado, de provincia en provincia. Los vuelos en avión solo eran para privilegiados. Las distancias se habían achicado con el uso de las computadoras. Macrointernet se había desarrollado gracias a la tecnología de Macronet, la megacorporación de comunicaciones más poderosa del planeta.

Alicia Montalbán vino con una bandeja, trayendo tazas y una tetera, y se dispuso a servir el té. Había un moscardón volando alrededor del recipiente de miel de abejas, cada vez que alguien se acercaba a servirse. Sara Amarilis apartó el moscardón con un gesto que parecía un aletazo. El grupo tomó de las tazas al unísono, sorbiendo el té negro aromático.

—Hay que acordar bien las fechas de la próxima cumbre –anotó con gravedad Nikolas Kai, mesando su barba blanca.

—Creo que puede ser en unos seis meses –dijo Juan Pablo.

—Sí, estoy de acuerdo, ese es un lapso razonable –confirmó Nikolas.

—Bueno, entonces busquemos una fecha y pongámonos a trabajar. Tenemos mucho que hacer.

—Yo quiero aportar algunas ideas –dijo intempestivamente Analivia Plurabela. Sus ojos brillaron con un destello inusual. Su cabello castaño caía con gracia, dejando ver visos color mate.

—Claro, hija, tu participación es muy importante –dijo Sara Amarilis.

Juan Pablo dejó ver una sonrisa orgullosa.

—Creo que es nuestra última oportunidad –dijo.

—Si fallamos esta vez, creo que no vamos a poder detener la catástrofe que se nos avecina –dijo Sara Amarilis.

—Sí, estamos en una encrucijada definitiva –dijo Juan Pablo.

Capítulo 2

En la historia de las luchas para conquistar un mundo libre de tóxicos y de desastres naturales causados por la contaminación, lejana estaba aquella voluntad del Protocolo de Kyoto, donde los países ricos, principales contaminantes, se habían comprometido en el año 2005 a reducir las emisiones de gases tóxicos. Una y otra vez se habían violado estos compromisos que parecían abrir una esperanza a la sobrevivencia de la especie. Era el primer documento legal donde se había firmado un acuerdo para controlar las emisiones de gases tóxicos de los países grandes al menos en un 5% en comparación a las emisiones mediadas en el año 1990, dentro de un período que hipotéticamente iría desde el 2008 hasta el 2012, y que no obtuvo ninguna receptividad posterior.

Viendo que se hacía poco respecto a lo acordado en Kyoto, se realizó una cumbre en Copenhague, Dinamarca, donde Estados Unidos y sus aliados pretendieron echar por tierra el Protocolo de Kyoto, puesto que ahí estaban contempladas varias sanciones a los países que no cumplieran los acuerdos de Copenhague. Significó un retroceso dentro de estas acciones de bajar las emisiones de gases venenosos.

Luego se produjo otra cumbre en Cancún, México, donde se pretendió avanzar en este sentido, pero tampoco se logró nada. De hecho,

ese no era el único problema. Estaba también el problema de la deforestación, especialmente en la Amazonía, principal fuente de oxígeno del mundo, que estaba siendo talada para comerciar con la madera, los minerales y las piedras preciosas. Surgían muchas ideas para confrontar estos procesos de degeneración de la naturaleza, como la utilización de energías limpias, una vuelta a la agricultura campesina, el uso del llamado desarrollo sostenible y el de la energía eólica, y de los cientos de ríos que aún quedaban para generar energía.

Estos eran algunos de los puntos que preocupaban al grupo de Vanguardia Ética, quienes debían organizar un foro en Caracas, el Foro Verde, que fuese más allá de aquellas cumbres inútiles. Lo urgente era tomar decisiones prácticas, alejadas de aquel conjunto de ideas irrealizables, mientras las potencias que operaban mercantilizando la naturaleza se mantuvieran haciendo de las suyas no solo a través de estas prácticas industriales, sino propiciando invasiones bélicas a países ricos en petróleo, bajo la excusa de estar persiguiendo actos terroristas o tiranías.

Lo que venía dándose en el Medio Oriente hacía más de cien años con la lucha entre árabes y judíos (vale decir, entre algunos gobiernos árabes radicales y los judíos sionistas, principalmente), tenía antecedentes en las guerras religiosas fraguadas desde los tiempos bíblicos.

—Creo que el Foro Verde debería ser en agosto –dijo Sara Amarilis–. Nos da tiempo de hacer una buena convocatoria con las organizaciones.

—Y una buena campaña mediática –agregó Juan Pablo.

—Puede ser –anotó Nikolas Kai–. En agosto nos espera una ola de calor que puede ser letal. Propongo que hagamos las reuniones al aire libre aquí mismo en la finca. Podemos habilitar carpas y toldos para que los invitados duerman aquí y en casas y posadas de amigos, como hemos hecho antes.

—Sí, creo que es buena idea. ¿Qué dices tú? –preguntó Sara Amarilis a Cayena Jiménez, que estaba terminando de hojear un libro.

—El comité organizador queda como antes, pero hay que ensanchar el equipo de logística, pues esta vez asisten más personas y organizaciones.

—Sí, bueno, desde mañana entonces comenzamos a trabajar en eso –dijo Sara Amarilis.

—Abel y yo tenemos un proyecto que vamos a incorporar a la agenda –dijo Analivia, mirando a su novio.

—Oye, qué buena noticia –dijo Nikolas Kai, levantándose de la silla.

—Entonces nos vemos mañana –dijo, haciendo una seña a su mujer, Alicia. Ella se acercó y lo abrazó para ayudarlo a incorporarse.

—Estas piernas mías ya están un poco cansadas –dijo Nikolas. Los huesos de uno cuando llegan a viejos parecen hechos de galleta.

Alicia se acomodó una gorra y se despidieron, montándose luego en una camioneta, que se alejó por una carretera de tierra.

—Parece que va a llover, nosotros también nos vamos –dijo Cayena Jiménez–. ¿Verdad, José Rubén?

—Así es, querida, ya empezó a caer una garúa…

Se dirigieron a su carro, no sin antes despedirse de Sara Amarilis y Juan Pablo, de Analivia y Abel Tristán.

—Bueno, muchachos, ya es hora de marcharnos. Entonces nos vemos aquí mañana por la tarde, para empezar el trabajo.

Cayena y José Rubén habían venido montando a caballo desde una finca cercana donde vivían, mientras hacían su trabajo ambiental y social, el trabajo de fondo. Ahí capacitaban a jóvenes con un grupo de profesores para las distintas disciplinas humanísticas y científicas que habrían de tener un impacto en la sociedad en años posteriores.

El movimiento Vanguardia Ética había sido uno de los pilares fundamentales de los movimientos humanísticos posteriores, diseminados en varios continentes, especialmente en América, África y Asia, donde se habían experimentado avances en los temas de la energía limpia y de la nueva agricultura. Justamente, Juan Pablo Risco se dedicaba a escribir obras sobre estos temas para divulgarlos en comunidades del saber que eran, a fin de cuentas, las instituciones donde estaban puestas las esperanzas para recuperar el planeta de las Plagas Vigilantes.

Capítulo 3

—A Demóstenes Carrillo hay que encontrarlo cueste lo que cueste –afirmó severamente Moisés Mandala.

Se encontraba rodeado de un grupo de colaboradores en su despacho de la Presidencia. En una pared lateral se dejaba ver un gran monitor, el megaplasma en donde podían captarse todos los canales imaginables. Las noticias desfilaban en la pantalla de dos metros de largo, con un sonido multifónico que inundaba casi toda la oficina. El presidente podía detener una imagen, acercarla, fragmentarla, guardarla, archivarla desde su control remoto y enviarla a su teléfono.

—¿Es que no pueden localizarlo pronto? ¿Dónde demonios se habrá metido?

—No responde las llamadas, señor presidente. Todavía no sabemos qué pasa. De todos modos hemos enviado a varios grupos por él –dijo Corina, la secretaria del despacho.

Mandala se paseaba de un lado a otro, a lo largo de una alfombra color vino tinto que se extendía desde el escritorio hasta la puerta de salida del recinto. Dio instrucciones precisas a Corina de enviar una comunicación a los ministros, su voz primero era grabada, luego se transcribían las palabras y se hacían imprimir, o podían ser leídas

en una pantalla que hacía las veces de libro. Luego de dictar la comunicación, ordenó un té, lo bebió y contestó enseguida varias llamadas telefónicas. Había una situación de emergencia en la costa oriental del país, con lluvias que se habían convertido en inundaciones y tormentas, causando daños de importancia en las poblaciones. Mandala no cesaba de hacer gestos de preocupación; estuvo a punto de encender un cigarrillo, pero se contuvo.

Llamó de nuevo a la secretaria, le dictó otra comunicación y volvió a preguntar por Demóstenes Carrillo. Al no obtener respuesta, salió de su despacho seguido de dos guardaespaldas y tomó en dirección a su automóvil; hizo una seña para que los guardaespaldas se aproximaran y lo siguieran hasta el estacionamiento, donde en el interior del automóvil estaba el conductor echando la siesta de costumbre.

—Bueno, Antúnez a trabajar… –dijo, montándose en el auto y dando órdenes al chofer de ser conducido a su casa.

****

Demóstenes Carrillo se encontraba en el restaurante del club El Álamo acompañado de dos mujeres –Estefanía y su madre Matilde– aguardando que les fuera servida la comida. El aire acondicionado del restaurante contrastaba con el asfixiante calor del jardín contiguo, donde se apreciaban flores de variados colores y algunas mariposas, pájaros enjaulados y una guacamaya amarrada de una pata al tronco de un árbol. Estefanía, la muchacha que estaba en la mesa, se levantó de la silla solicitando permiso y se dirigió al cristal a través del cual se podía ver hacia el jardín, para observar por un momento a la guacamaya. Buscaba distraerse un rato del ambiente de la mesa.

—Estefanía, ¿adónde vas? –preguntó su madre, mientras miraba nerviosamente a Demóstenes, que sorbía un trago del vaso de *whisky*.

Estefanía continuó mirando hacia afuera, tratando de evadir la conversación en la mesa.

—Entonces, doña Matilde –dijo Demóstenes en voz baja–, ¿usted cree que la muchacha me acepte?

—Sí, yo creo que sí, ella es una chica ambiciosa, le gusta la comodidad, la conozco bien –dijo Matilde con gesto asertivo.

—No importa que no me ame. Lo importante es que se acostumbre al mundo mío –dijo Demóstenes, al tiempo que veía al mesonero acercarse con los platillos de comida hacia la mesa.

—¡Estefanía, ven, está servido! –exclamó dona Matilde con gesto alegre.

—¡Ya voy, mamá! –respondió la muchacha, acercándose.

Comenzaron a degustar los platillos; un servicio que era un verdadero privilegio.

—Todo está delicioso, ¿no es verdad, hija? –preguntó Matilde.

—Sí, mamá, muy rico… gracias, Demóstenes, por la invitación, tú siempre tan amable con nosotras –dijo la muchacha y le estampó un beso en la mejilla con lo cual Demóstenes se sonrojó y se animó a pedir un licor fuerte para culminar el momento.

Después salieron de allí. Demóstenes las llevaba a ambas tomadas de sus brazos. Salían del amplio corredor del restaurante hacia el estacionamiento; allí los aguardaba una camioneta donde Demóstenes conduciría a las damas hacia su residencia. El estacionamiento estaba lleno de camionetas similares, un lugar bien resguardado por vigilantes armados.

—Antes de irnos, me gustaría ver los pájaros en el jardín –dijo Estefanía.

—Sí, claro –asintió Demóstenes–. Si quieres te acompaño.

—Bueno, si quieres venir…

Demóstenes se acercó.

—¿Te gustan mucho? –preguntó.

—Sí, la verdad es que me parecen perfectos. Son los pájaros más bonitos que he visto, sobre todo esa guacamaya.

Además de la guacamaya había turpiales, azulejos, canarios. En el centro del jardín una fuente lanzaba chorritos de agua hacia arriba.

—Si lo deseas, puedes tener un jardín así –dijo Demóstenes, ensayando un gesto de ternura.

—No, no quiero tenerlos, quisiera más bien que los dejaran libres y ser como ellos –dijo Estefanía.

—A veces los deseos se cumplen –dijo Demóstenes, mirando los ojos de ella, su boca, sus cejas perfectas, su cabellera ondulada que dejaba escapar un aroma profundo.

Después la tomó del brazo y la llevó consigo a encontrar a su madre. Marcharon los tres a la camioneta, se subieron y se fueron de allí atravesando el estacionamiento del club, después de traspasar una caseta de vigilancia. Pasearon por la ciudad; desde el interior del vehículo se apreciaba el crispante espectáculo de los mendigos e indigentes que estiraban los brazos pidiendo limosnas o un poco de comida.

—Parecen animales –comentó dona Matilde–. Esa gente esta cada día peor, dando tanta lástima…

—No puedo ver esto –dijo Estefanía–. Me da tristeza, y se apretó contra el cuerpo de Demóstenes, quien la recibió con el brazo derecho, mientras con el otro controlaba el volante.

—Tranquila, mi amor, ya vamos a llegar a casa –dijo Demóstenes, dándole un beso en la frente.

Llegaron a destino. Demóstenes las acompañó hasta la puerta del edificio, mirando hacia todos lados.

—Bueno, que duerman bien, que tengan buenas noches –se despidió Demóstenes, dando sendos besos a las mujeres. Experimentó una sensación reconfortante cuando volvió a tener cerca a la muchacha, su aroma peculiar, la suavidad de su tez blanca, una tersa caricia en medio de la noche.

Después se regresó a la camioneta y condujo hacia un hotel cercano. Sabía que lo andaban buscando. Se detuvo un rato por un momento a un lado de la acerca. Encendió el teléfono celular y comprobó las numerosas llamadas perdidas.

—Estos tipos no se cansan –se dijo a sí mismo–. No me dejan en paz ni un solo momento.

Se aflojó la corbata, encendió un cigarrillo y bajó los vidrios del auto para tomar el aire de la calle que olía a una mezcla de orín, lluvia y humos contaminados. Después de terminar el cigarrillo, siguió hasta aparcar el carro en el estacionamiento del hotel y fue directo a su habitación.

****

Cuando llegó a su residencia oficial, Moisés Mandala preguntó de inmediato por su mujer, Angelina Bolcán, y sus edecanes fueron de inmediato a buscarla a una pequeña cabaña cerca de la residencia.

—Hola, mi amor, ¿qué pasa ahora, por qué estás tan alterado? –preguntó a su marido.

—¿Puedes imaginarte que Demóstenes Carrillo ha desaparecido del mapa? Tiene que darme información importante y no aparece. No sé dónde se ha metido. Lo he mandado buscar en todas partes, no está en su casa, no responde el teléfono, no llama… a lo mejor ha tenido un accidente o está muerto, qué se yo…

—Cálmate, Moisés, cálmate… quizá tiene una aventura por allí, ya tú sabes como es él…

El rostro de Mandala se iluminó. No se le había ocurrido. Con lo mujeriego que era, quizás andaba enredado en líos de faldas.

—Sí, espero que sea eso… ahora ven, Angelina, mi amor, ven –dijo Moisés, tomó a su mujer por la cintura y la besó en el cuello.

—Tengo ganas –le dijo.

Su mujer le respondió con un beso en la boca. Moisés le palpó el trasero, pronunciado por el ajustado vestido, y la invitó al dormitorio.

—Ese vestido negro te queda divino –le dijo. La besó repetidamente y la condujo hacia la cama, donde la desnudó y comenzó a besarle los senos y luego las piernas, hasta que la montó y empezó a hacerle el amor. La mujer estaba erotizada, caliente; le respondió a Moisés con besos ardientes, y se le entregó completamente.

****

A la mañana siguiente Demóstenes Carrillo se levantó descansado. Había dormido bien, sin sufrir interrupciones ni pesadillas, no había tomado pastillas ni contestado llamadas. Se dio un baño tomándose todo su tiempo y se puso fresco; pidió el desayuno y el periódico; leyó las noticias con estupor. La situación no estaba nada bien, estaba peor que nunca. La verdad, ya estaba cansado de recibir órdenes o cumplir misiones a cambio de poco, comparando lo suyo con lo que habían recibido otros menos aptos que él. Luego de lo acontecido entre Angelina y él, donde ella lo humilló frente al presidente por un simple capricho, no iba tolerar mucho más. Después el presidente se había encargado de desacreditarlo frente a un grupo de detectives, aunque luego le había ofrecido una disculpa. Demóstenes estaba pensando en otras cosas. Tenía otros proyectos. Podía establecer negociaciones con quien deseara. Para eso había hecho contactos de sobra, su nombre era conocido y respetado. Y no iba a soportar humillaciones de una histérica o de un presidente manipulado. No. Eso no era para él. Para él tenía que haber

algo mejor. Una mujer joven y bella, llena de candor, que podía darle dulzura y hacerlo feliz, hasta podía darle hijos que transmitieran su legado y la fortuna que estaba llegando. De veras estaba considerando llamar a tipos realmente poderosos. Se iba a dar una última oportunidad con Moisés Mandala, y si este no entraba por el aro, lo presionaría aún más. Eso era seguro. Se le estaban ocurriendo últimamente ideas geniales. Decidió entonces hacer una llamada al mismísimo Moisés. Lo haría ahora mismo y conseguiría una entrevista. Marcó el número.

Capítulo 4

Moisés Mandala respiró hondo. Por fin había aparecido el hombre clave. Carrillo le había dado una explicación, y lo recibiría al día siguiente en su propia residencia. Estaba más calmado; ese día cumplió con obligaciones, recibió a un embajador, firmó numerosas comunicaciones, participó de un consejo de ministros y hasta le dio tiempo de cenar con su mujer. Lo hicieron en la propia residencia, ahí le comentó la aparición de Carrillo.

Al otro día, Carrillo insistió en que se vieran en otra parte, en un sitio neutral, y Mandala aceptó; escogieron una casa de campo de las afueras, un lugar apartado fuertemente custodiado. Llegar hasta allí era una verdadera odisea desde el centro, atravesar largas colas de autos, rodeados de escoltas.

—¿Ahora me quieres decir por qué tanto misterio? Primero te pierdes y luego apareces haciendo estos cambios imprevistos, ¿lo sabes bien, Demóstenes, verdad?

—Sí, lo sé, y no nos meteremos en más problemas, por eso no te preocupes.

—Bueno, vamos al grano –dijo Mandala–. El asunto es que tendremos que apoyar la injerencia de Estados Unidos aquí. No tenemos otra escapatoria. Por otro lado están estos movimientos socialistas, comunitarios y ecologistas que están a punto de sacarme de quicio. Tienen a la gente alborotada. Lo peor es que se creen pacifistas y no podemos agredirlos así nada más, hacen todo legalmente. Mi gabinete está preocupado por esto. El año que viene son las elecciones, y no es claro que yo vaya a ganarlas otra vez. Otro sector de los militares me está presionando. Revoltosos en las calles y los medios dándose banquete conmigo. Los otros partidos llamándome para hacer pactos. Tú sabes, estamos nadando en petróleo, amigo, estamos encima de la mayor reserva del mundo.

—¿Y qué quieres que yo haga? –repuso Demóstenes.

—Pues lo que sabes hacer mejor, Demóstenes, ayudarme a negociar –respondió Mandala.

—¿Por qué no mandas a tu embajador?

—Tú sabes que no se trata de mandar a un embajador. Se trata de hacer el contacto allá adentro, bien hecho, y pronto.

—¿A qué te refieres?

—¿Te vas a hacer el inocente ahora?

—Un momento –dijo Demóstenes. Creo que no te estoy entendiendo bien.

—¿Has oído hablar de los banqueros de inversión? ¿De los desastres avisados, de las Plagas Vigilantes? ¿Has oído hablar de la desaparición del futuro, del autosabotaje planetario? –preguntó.

Demóstenes Carrillo se sirvió *whisky* de una licorera que estaba en un minibar; lo vertió en un vaso corto y lo bebió puro, de un solo tirón. Después se aflojó la corbata y se acercó al presidente. Estaba molesto.

—Mira, Moisés, te voy a decir una cosa, y escúchame bien porque no te lo voy a repetir. Primero, no recibo órdenes tuyas ni acepto tus cinismos. Si estás desesperado o jodido y el gobierno se está desmoronando por dentro, ese no es problema mío. Así que contrata a un mercenario o a un asesino o qué sé yo. O si crees que yo soy Supermán o voy a llamar a narcotraficantes o al presidente de Estados Unidos, estás delirando. De modo que nos vemos después, porque en este momento no tengo nada que decirte.

—¡Un momento! –gritó Mandala.

Carrillo se devolvió y le puso una cara larga, casi amenazante.

—Voy a salir de aquí ahora mismo y nada va a suceder. Hablamos después, llama a tu gabinete, qué se yo… No tengo nada que hablar contigo en este momento. Adiós.

Moisés Mandala se quedó apretando los puños y maldiciendo. Llamó al chofer y regresó a su despacho en Caracas. Al llegar a él fue hasta su escritorio y se sentó. Tomó el teléfono.

—Doña Corina –ordenó a su secretaria–, tenga la bondad de comunicarme con alguien de la Casa Blanca en Washington. Es urgente hablar con el presidente de los Estados Unidos.

Capítulo 5

La lluvia caía con insistencia sobre el verdor de la finca La Iguana. Algunas gallinas picoteaban la grama y algún lagarto asomaba su pequeña cabeza entre los matorrales. Había árboles de naranja y mango; los caballos y yeguas bebían de los pozos que formaba la lluvia. Estaban allí reunidos en un caney varios miembros de Vanguardia Ética: Juan Pablo, Sara Amarilis, Analivia, su novio Abel Tristán, con los líderes de los movimientos comunitarios de la región: Juan Manaure, Aymara Sosa, José Rubén Lara y Cayena Jiménez, entre muchos otros.

—Tenemos dos asuntos centrales y urgentes para analizar –dijo Juan Pablo al grupo de estudiantes y activistas reunidos bajo el caney–. Estos asuntos son el Mercado y el Estado. Son dos fantasmas que conviven con nosotros y a veces ni siquiera nos damos cuenta.

—El ogro filantrópico, como le dice Octavio Paz al Estado –dijo el estudiante Víctor Manuel Tovar–. Un ente a quien todo el mundo detesta, pero al que todo el mundo exige siempre algo. Se le teme, se le ama, se le defiende, se le invoca como a algo infalible, indestructible, como si no estuviese conformado por hombres y mujeres falibles y frágiles, sino por seres eternos, semidioses. Las leyes las hacen los hombres y las mujeres, y las normas sociales también. La administración,

la justicia, todas poseen un componente humano falible que tiene su contraparte en la transgresión, el delito.

—Acertada digresión, Víctor Manuel, que da pie a una reflexión sobre el Estado y el poder.

—El poder político y el poder económico se condicionan entre ellos –dijo Cayena Jiménez–. Y pueden crear las más nefastas perversiones, porque el poder económico es solo un medio, no un fin –concluyó.

—Cuando el poder económico se convierte en fin, entonces aparece la primera deformación –siguió diciendo Cayena Jiménez–. Que es algo que ya ha señalado el marxismo, una cosa que se palpa todos los días.

—Sí, y se convierte en el mercado –dijo José Rubén Lara–. Las leyes del mercado entonces son las que se vuelven autosuficientes y establecen una especie de tiranía, hasta conformar lo que pudiéramos llamar el fundamentalismo del mercado.

—Estamos rodeados de fundamentalismos –intervino Analivia–. Y estos se han vuelto letales para la convivencia. Mientras los haya, no puede haber diálogo. Los fundamentalismos religiosos se complementan con los fundamentalismos del mercado, y a su vez estos últimos se vuelven instrumentos de dominación –recalcó.

—Bueno, creo que comenzamos bien el seminario –anotó Juan Pablo Risco.

—Sí, y ahora tenemos que ver de qué modo consideramos a nuestros países en este proceso de tensión entre los fundamentalismos del mercado y del Estado. La discusión está abierta –dijo Nikolas Kai.

—Sigue abierta, pero esperamos que no siga siendo solo entre nosotros –dijo Juan Manaure, trabajador de la tierra.

—Sí, creo que esa discusión se está dando en otros países como Colombia, Ecuador y Bolivia, por ejemplo, que se aglutinan en torno a la Vía Campesina, los Amigos de la Tierra, la Energía Verde. Yo, por ejemplo, pertenezco a los Amigos de la Tierra en Colombia –dijo un activista.

—Y yo pertenezco a la Red Indígena en Ecuador, que se está extendiendo a Bolivia –dijo otro trabajador de la tierra llamado Pedro Juan–. Yo creo que tenemos un proyecto importante entre manos con este Foro de Energía Verde propuesto por Vanguardia Ética, a ver si logramos hacer una marcha conjunta aquí todos nosotros.

—Sí, precisamente –anotó Juan Pablo Risco–. Le vamos a dar el nombre de la Marcha Verde, una acción pública que se opone a la acción destructiva de las Plagas Vigilantes. Lo que haría falta ahora es una praxis política diferente, una nueva manera de diseñar un proyecto para conformar una sociedad sobre la base de un nuevo pensamiento, porque los polos izquierda-derecha, capitalismo-comunismo nos dicen ya poco; han demostrado el fracaso de la política maniqueísta, de un socialismo que en cuanto alcanza el poder se vuelve tanto o más corrupto que el capitalismo.

Se observaba que cuando masas populares llegaban al poder, en vez de practicar la honestidad y la ética, practicaban la venganza o la revancha. Se vengaban de todo aquello que les había sido negado y reproducían más ampliados todos los vicios que antaño criticaron. Ya iban varios ejemplos en América Latina como Argentina y México, donde el crimen y el tráfico de drogas habían llevado a esos países a un vórtice de tragedia de proporciones gigantescas, aunado a los desastres naturales que se estaban produciendo debido al cambio climático.

México exhibe una de las historias más sangrientas de América. Un país del norte, hispanohablante, de fuerte basamento indígena, con un pasado aborigen prehispánico aquilatado en las culturas maya o azteca, pero fuertemente agredido por gobiernos españoles y norteamericanos, que han incidido de modo pernicioso en su vida. La masa trabajadora y campesina mil veces engañada con los trucos del poder, y luego por la epidemia social de la droga, la cocaína, la heroína y sus derivados que, mezclados a la droga massmediática que se transmite en los mensajes televisivos y se ven en monitores y megaplasmas en todas partes, en lugares públicos y privados, esparcidos por Intranet y las redes telefónicas celulares y audiovisuales, han creado la mayor alienación humana: la anestesia del conformismo, que se traduce en embrutecimiento colectivo. Embrutecimiento que suprime la capacidad crítica y analítica del individuo y termina conformando aquello que los marxistas llamaron alienación social, enajenación mental. De tal manera la lucha política debía encauzarse de cualquier modo al espacio social para poder realizar una revolución en los individuos.

Estos eran los desafíos que enfrentaban ahora los grupos, reunidos en torno a la organización social de Energía Verde. Antaño, durante varias décadas del siglo xx, se había preparado el camino de la lucha

armada, de la llamada guerrilla revolucionaria de tinte socialista, como la que ocurrió en Cuba cuando Fidel Castro tomó el poder a la fuerza, aquel remoto año de 1958. Del mismo modo, ante la imposibilidad de lograr una sociedad socialista por vía electoral, como fue el caso de Salvador Allende en Chile que, luego de ganar limpiamente unas elecciones, fue derrocado por un golpe militar de facto auspiciado por el gobierno de Estados Unidos.

¿Cómo lograr implementar entonces una nueva *política*? ¿O sería mejor prescindir del término *política* para intentar nuevas formas de ejercer gestiones? Incluso el término *poder* remitía a un concepto egolátrico, egocéntrico, egoísta, de ejercer gestiones sociales. La expresión "llegar al poder" significa usualmente realizarse, llegar a la cúspide, representar a los demás, hacerse de enormes presupuestos y recursos económicos para ejecutar obras materiales, edificaciones, carreteras, obras de infraestructura física donde podían percibirse ganancias exorbitantes a quienes manejaban los contratos de servicios, lo cual permitía el enriquecimiento inmediato de gobernantes. Todo esto daba origen a las mafias y a la proliferación de los partidos políticos creados especialmente para eso. Los partidos entonces no reflejaban las necesidades ni opciones de la mayoría, sino de intereses individuales, cúpulas, élites, grupúsculos que se acostumbraban a vivir en la corrupción como peces en el agua. Este esquema se repetía desde las "altas esferas de poder", expresión muy sintomática de clasismo exacerbado, desde las presidencias, y se reproducían en gobernaciones, alcaldías, ministerios y demás instituciones de servicios médicos, deportivos, asistenciales, educativos, que se habían vuelto empresas de *marketing*, con una estructura de funcionamiento similar a aquellas, así como a las de fábricas y comercios privados, convirtiendo los bienes intangibles como la educación o la salud en mercancías.

Todos los grupos reunidos ese día en la finca La Iguana llegaron a conclusiones similares en cuanto a los parlamentos, los cuales se estaban volviendo inútiles u obsoletos dentro de las dinámicas sociales. Diputados o senadores que no encarnaban las aspiraciones de los pueblos se movían en estatus irreales donde disfrutaban de privilegios, altos salarios, comodidades, viajes, lujos. Y de paso incluían a amigos y familiares en proyectos de vida fáciles. Lo mismo ocurría con los ministros, que convertían a los ministerios en espacios burocráticos

poblados de los proyectos más delirantes, a objeto de presupuestarlos sin ejecutarlos, encubiertos por cómplices automáticos de su entorno inmediato.

Por aquí venían los tiros, en pocas palabras, en el terreno de la política tradicional. Se habían llevado a cabo numerosos estudios teóricos, sociológicos, antropológicos, económicos o psicológicos que eran temas de estudio en algunas universidades, pero las conclusiones de estos estudios no se difundían lo suficiente, pues se quedaban en el ámbito restringido de lo académico. Las universidades, productoras en su mayoría de un conocimiento tecnológico y utilitario, estaban en su mayoría privatizadas y producían profesores para un mercado de trabajo, más que individuos imaginativos y felices, creadores o trabajadores satisfechos, sino seres enajenados o explotados.

Casi todas las instituciones estaban viciadas en su interior. Su funcionamiento dependía más del monto de la matrícula que de la calidad de sus profesores. Aunque en las universidades la figura del profesor estaba ya bastante restringida dada la atrofia que vivía el mundo universitario, donde la *universitas* o universalidad del conocimiento estaba globalizada en las redes telemáticas, Intranet, Ciberesfera, Ciberespacio; el mercado tecnológico invadido de videos, películas, programas interactivos que podían verse en televisión, teléfonos celulares, computadoras, grabaciones interdigitales, cámaras fotográficas, Twitter, Facebook, todo se interrelacionaba y permitía un accionamiento veloz sin necesidad de mediadores, es decir, de profesores, quienes se habían vuelto facilitadores o mediadores, a lo sumo. Una compañía como Metronet, por ejemplo, se había erigido como una poderosa megacorporación con filiales en numerosos países, y a la orden de cualquier gobierno.

Algunos países de América Latina habían avanzado, intentando deshacerse de estos moldes de dependencia de las megacorporaciones, con empresas nuevas asociadas a ideas emergentes como las que manejaban Vanguardia Ética y Energía Verde. Por su parte OTAN, ONU, SIP, FMI y bancos poderosos de Europa venían experimentando debilidades en sus respectivas políticas económicas. Estafas inmobiliarias, altos índices de desempleo, empresas en bancarrota, quiebras en la Bolsa de Valores, protestas estudiantiles por doquier, estafas perpetradas por banqueros a sus propios bancos, violencia y crimen en las calles,

ajustes de cuentas entre pandillas narcotraficantes, accidentes contaminantes, desastres naturales producidos por el cambio climático: todo componía un cuadro dantesco de situaciones y personajes que constituían un menú mediático, pues los medios se alimentaban de la miseria humana para convertirla en mercancía, llegando incluso a producir un placer en los espectadores, como si se tratara de un espectáculo. Todo era consumido por lectores en pantallas, monitores, megaplasmas o teléfonos, como productos de un entorno que era como un ente autodevorador: este, además, era vuelto a percibir como necesidad, con los especiales matices que le imprimía cada uno de esos medios; las enfermedades o calamidades eran vistas como algo natural, normal, se diría incluso que necesario para la supervivencia de la sociedad.

Las únicas formas liberadoras ante tal estado de cosas parecían residir en el arte y la imaginación creadora, pero esto no era más que una ilusión cuando se advertía que la realidad superaba a la ficción, que todo ello era parte de la masificación de la literatura, el cine, el arte o la música, en el mismo proceso de serialización del entretenimiento y la diversión y el espectáculo, que se habían convertido en las principales formas de evasión. El espectáculo era la ilusión mayor observada en los megaplasmas: *shows* musicales, concursos de belleza, canto o baile, *reality shows*, chismes de farándula, revistas pornográficas, tribunales montados para mostrar la miseria o la bajeza humana conducidos por animadores, reportajes a presos comunes o criminales, escándalos privados, avances en tecnología de punta: todo se mezclaba en la ola informática amasada por el delirio cotidiano de la ciudad pánico, donde la sensación de peligro, horror o muerte resultaba excitante y necesaria, y contribuía al embrutecimiento gradual de la población, donde políticos y banqueros sacaban su mejor tajada, ayudados por los medios. La expresión última de esa violencia sistemática era la guerra perpetrada en nombre de la libertad de los pueblos.

Capítulo 6

Aquel domingo, las tres parejas amigas se reunieron en un restaurante de las afueras de Caracas, cuyo propietario era un activista de la Red Indígena. Querían pasar un rato diferente disfrutando de un almuerzo, tomando algunas cervezas y descansando un poco. La comida y el vino allí eran artesanales, así como las cervezas; caían bien en medio de aquel calor. El día comenzó luminoso y luego bruscamente se nubló y lloviznó, dando lugar a cambios bruscos de temperatura. Juan Manaure y su mujer Aymara Sosa eran amigos de José Rubén Lara y Cayena Jiménez desde hacía años, compañeros desde la época de estudiantes en el liceo José Ignacio Cabrujas en Catia. José Rubén era obrero petrolero, y Cayena tenía una tienda de ropa en un local del Mercado de Catia. Allí habían compartido ideas y luchas, logrando algunas reivindicaciones sociales. La tez oscura de ambos, de la cual se enorgullecían, la llevaban como un modo de estar en el mundo, luchando en medio de antiguos prejuicios racistas y la discriminación permanente, abriéndose paso en el campo laboral con mucho esfuerzo. José Rubén trabajaba en Venepetrol y ella vendía ropa hindú en el mercado de su barrio. Vivían en una pequeña casa en Gato Negro, el mismo barrio donde había nacido Juan Pablo Risco, a quien admiraban ellos y también Juan Manaure,

dedicados al cultivo de hortalizas, legumbres y frutas; después de mucho ahorrar pudieron adquirir dos hectáreas de tierra para cultivar, con el apoyo de una comuna con la que compartían gastos y ganancias. La otra pareja que los acompañaba allí estaba integrada por Víctor Manuel Tovar, empleado del Ministerio de Desarrollo Urbano y su esposa Nicolasa Arenas, artesana y tallista en madera. Era la pareja más joven, también inmersa en la lucha social, haciendo esfuerzos por desarrollar actividades artísticas y filosóficas. Víctor Manuel estaba cada día más cansado de su trabajo en el Ministerio, por la falta de perspectivas y una ausencia en la calidad de vida de los obreros, sometidos a un trabajo excesivo y mal pagado en Venepetrol.

—Las expectativas de cambio para Caracas no se ven por ningún lado –anotó Víctor Manuel–. El ambiente en la ciudad es asfixiante. La ciudad no avanza en las mejoras urbanas, por el contrario está sumida en un torbellino de consumo que se contradice con el deterioro gradual de las condiciones de vida de la población. No sé cómo pueden consumir tanto y vivir tan mal.

Vivían en un apartamentico rentado, ciertamente nuevo pero de alquiler muy alto. Acababan de tener una hija hacía seis meses, que llevaban esa tarde en un cochecito. No les iba mal, pues Nicolasa vendía bien sus tallas y artesanías, pero el nivel de hacinamiento en la avenida Nueva Granada, donde vivían, se había vuelto agobiante; carros destartalados superaban en las calles al número de personas, de modo que no había dónde estacionar. La contaminación ocasionada por el monóxido de carbono, aunada a la contaminación sónica y a la amenaza constante de rateros que robaban a los pasajeros en las busetas y carritos por puesto, obligaban al uso del metro o monorriel aéreo, donde la aglomeración de personas daba la sensación de estar moviéndose en un hormiguero humano, en legiones de hombres-insecto, dispersos en calles, avenidas, plazas de espera, terminales acogotados de gente, revulsiones urbanas donde a las horas pico de mediodía o las cinco de la tarde salían de sus madrigueras por miles a comer, beber, evacuar, dormir o dirigirse a casas, bares, plazas, o simplemente se quedaban en las calles tendidos en aceras, plazas o parques donde eran vigilados por policías, guardias privados, acosados y, a su vez, acosadores, rateros, carteristas, borrachos o enajenados se desplazaban de aquí para allá sin orden ni concierto.

Caracas había alcanzado para el año 2050 la cifra de 36 millones de personas, aún irrisoria en relación a la cifra de Tokio, con 90 millones. El sonido de los megaplasmas instalados en lo alto de los edificios, en Caracas y en casi todas las ciudades capitales del país, transmitían mensajes gubernamentales u ofertaban productos. El sonido dimanado de estos se mezclaba al sonido de los carros y a las voces de la gente, produciendo un ruido ensordecedor.

Lo peor ocurría cuando llovía. El tráfico y el ruido de gente, autos y megaplasmas se recrudecía y el hampa hacía de las suyas, aprovechando el caos reinante. La policía salía a reprimir y solo conseguía empeorar la situación, pues la represión solo lograba incrementar la violencia. El aparato represor del Estado había logrado crear una mafia paralela dueña de una tecnología clonada, proporcionada por el plagio a gran escala, la famosa piratería digital que había hecho quebrar una multitud de empresas disqueras. Los productos multimedia, discos, grabaciones o videos se distribuían y clonaban en todas las capas de la sociedad sin cancelar ningún tipo de regalías o porcentajes. Algo similar había ocurrido con la literatura, que había abandonado el formato impreso para buscar en el formato digital su mejor aliado. La poesía, más que la novela o el cuento, o el ensayo, se adaptaba a este formato, en virtud de su síntesis expresiva. Sin embargo, instrumentalmente la poesía daba un paso en positivo hacia su difusión planetaria, que había vivido una época turbia en la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del XXI, para ahora entrar en una suerte de revancha histórica.

De todo ello hablaban estas parejas aquella tarde en el agradable restaurante campestre, donde las personas podían disfrutar, aún en medio de un porvenir nublado, de un momento de solaz junto a su familia. En cuanto abordaron los temas de fondo, aparecieron numerosas taras y perversiones, engendradas por el indebido manejo de recursos. El desempleo era uno de ellos. En cierto modo se sentían privilegiados de tener un trabajo y un salario, pues el terreno ganado por el proceso hacia un socialismo –conquistado en parte a comienzos del XXI– hasta la segunda década de ese siglo, se había desaprovechado a través de una elección ganada por los neoliberales por un pequeño margen de votos que llevó al poder a una clase política opuesta a todo proceso de cambios estructurales encarnada en la figura de Moisés Mandala, quien había comenzado con buen pie y luego había pactado, y cada uno de los

firmantes de los pactos había comenzado a pedir su cuota de poder, hasta debilitar de nuevo un posible cambio hacia el socialismo. Allí estaba el caso elocuente de España, que desde el año 2011 hasta el 2020 no había hecho sino repetir el esquema de la llamada chorizocracia, ironizada por el Movimiento de los Indignados a través de la frase: "No hay pan para tanto chorizo", la cual en Venezuela equivalía a "creerse el mojón" de una democracia puramente verbal que servía de comodín para seguir firmando tratados írritos de "libre comercio" con naciones poderosas.

—Ayer recibí una comunicación de Vanguardia Ética –dijo José Rubén Lara–. ¿Les llegó a ustedes?

—A mí me llegó –dijo Víctor Manuel.

—Sí, la reunión que tenemos con Nikolas Kai, Juan Pablo Risco y los demás para concretar lo de la Marcha Verde.

—Sí, eso mismo –recalcó Víctor Manuel–. La comunicación va firmada por la hija de Juan Pablo, Analivia.

—De tal palo tal astilla –dijo José Rubén.

—Sí, esa muchacha va a continuar la obra de su papá, va por ese camino –dijo Cayena Jiménez–. Anda en buena onda con su Abel Tristán. Hay que apoyarlos, sumarse a ellos.

—Esa es la idea –dijo Aymara Sosa, sorbiendo un trago de una botella de cerveza.

—Es hora de comer, no se nos vaya a hacer tarde. Acuérdense de que nosotros debemos irnos antes de que oscurezca.

—No puede ser, ya encendieron la pantalla de ese megaplasma aquí afuera, y hay otros tipos con computadoras portátiles en algunas mesas, no se cansan de esa vaina. Ya va a empezar otra vez el ruido y el lavado de cerebros. Voy allá adentro a quejarme con los dueños.

—Sí, anda –dijo Juan Manaure a Víctor Manuel.

Una gran pantalla de plasma, que había estado oculta por una lona cuando estuvo lloviendo, fue descubierta ante el asombro de algunos clientes.

—Esto es el colmo –dijo José Rubén–. No sabía que nuestros amigos estuvieran en esa onda. Este era uno de los pocos sitios apacibles que nos quedaban. Es la última vez que vengo a este lugar.

Apuraron la comida y terminaron de conversar sobre algunas cosas. Ya eran las 4:35 de la tarde y debían regresar a Caracas. Las carreteras estaban muy congestionadas por las lluvias y se formaban unas trancas atroces.

—Bueno, entonces quedamos pendientes para lo de la reunión en casa de Víctor Manuel con los líderes campesinos, estudiantes y obreros.

—La situación en Venepetrol está llegando a un límite peligroso. Los logros de la nacionalización del petróleo durante la gestión socialista se dilapidaron. Se volvió al tiempo de cuando la compañía era un estado dentro de otro estado, un estado blindado, autosuficiente que no rinde cuentas claras al Estado central, sino a las trasnacionales.

—Ni hablar del Ministerio de Desarrollo Urbano. Se invierte en carreteras y edificios pero no se ven más plazas, parques o jardines, las ciudades parecen panales para los hombres-insecto, como los pintó Kafka en sus narraciones. Eso es pan de cada día. Ahora mismo hay un escándalo de corrupción que están tratando de tapar. Esos tipos son más poderosos que los presidentes, esos zares del petróleo.

—En el campo la situación es dramática –dijo Aymara Sosa, apurando un trozo de torta–. Si no se avanza en materia de tierras productivas para quienes las trabajan, va a seguir la escalada de los intermediarios para apoderarse de la tierra y sus frutos.

—Sí, en el campo hay revueltas casi todos los días y la gente se está organizando en comunidades para luchar, para conquistar espacios de participación. Debemos dejar atrás las quejas y las lamentaciones. Ahora el camino es organizarse y luchar –dijo Nicolasa.

—Nos espera un largo camino a los campesinos, trabajadores, profesionales, ecologistas, artistas, escritores, educadores, todos nos estamos organizando para salir de este…

—Atolladero global diría yo –concluyó diciendo Cayena Jiménez.

—Bueno, ahora vamos a pagar esta cuenta, antes de que se haga de noche.

—Sí, y antes de que enciendan otra vez ese megaplasma –dijo Víctor Manuel.

Capítulo 7

—Ya ustedes tuvieron ocasión de ver a ese par de capullos –dijo Rodolfo Pacheco–. Son una buena inversión a futuro, creo yo. Ya comenzaron a abrirse con nosotros. Tenemos el camino despejado –dijo, mostrando una sonrisa triunfadora.

—Están deslumbrados, y eso hay que aprovecharlo –dijo Alma–. Yo creo que no va a ser nada difícil.

—No vayan tan rápido –apuntó Cereza–. Será mejor que miremos esto con cuidado, si no nos queremos complicar, porque los padres de esos carajitos son muy poderosos –dijo, lanzando humo de su boca, luego de haberlo absorbido de un cigarrillo extralargo.

—Hasta ahora los trabajos que hemos hecho han tenido éxito –confirmó Rodolfo.

—Sí, pero no eran hijos de tipos tan poderosos. Yo creo que esta vez nos quedamos con los negocios menores, con los que no nos ha ido tan mal –dijo Cereza.

—Por favor, mamá, no seas aburrida, esto podría ser divertido –dijo Alma.

—Esto no es un juego, muchachita, esta es una vaina bien seria. Será mejor que te alejes por ahora de esto, porque todavía no hemos

decidido nada, y no es recomendable andar tomando decisiones anticipadas. La cosa con la droga no va bien, tenemos que salirnos de eso o hacerlo de otro modo, porque por ahí andan unos policías que parecen unos sabuesos y están capturando a casi toda la red.

—Tuvimos suerte –dijo Alma–. No pudieron probarnos nada. Pero tenemos que seguir con los negocios, porque yo no voy a pudrirme en una oficina ocupándome de cosas inútiles. La Cosmored lo tiene todo.

Alma se levantó del mueble, se dirigió al refrigerador y sacó una manzana, que comenzó a morder, mientras iba por el control del megaplasma. Lo accionó y la pantalla se encendió, dejando ver la Dimensión Expansiva Múltiple, DEM.

—Todavía tenemos ahorros –dijo Cereza–. Con eso nos mantendremos varios meses, mientras sale algo. Siempre sale algo, tarde o temprano.

—Ese muchachito, el Bobby, es un genio de la Cosmored y en DEM, y creo que también le mete al *hacker* en sus ratos de ocio, él podría hacer maravillas traspasando cuentas bancarias.

—Eso sí que es interesante. Explícame cómo es la cosa.

—Yo la otra vez lo oí hablando de eso con su amiguito el paco, y creo que estamos hablando de unos pequeños genios, unos carajitos bien pilas.

—La próxima vez que vengan para acá los probamos –dijo Rodolfo Pacheco.

—Sí, es buena idea. Además esos muchachos deben tener acceso a las cuentas de los papás –dijo Alma.

—Por fin dijiste algo interesante, hija –dijo Cereza–. Por ahí sí que va encaminada la cosa.

—Bueno, entonces hay que organizarles una fiestecita, para ver si nos muestran sus habilidades –dijo Pacheco.

—Esta agua está cada día más sabrosa –dijo Cereza–. No podría vivir sin Cielofresco.

—Esa agua es más cara que la gasolina, que el vino y la leche. El agua importada Cielofresco no la puede beber todo el mundo.

—A mí me provoca una cerveza, pásame una, mamá, que estás cerca de la nevera –pidió Alma.

Cereza sacó una lata de cerveza y se la pasó a su hija hasta una mesita donde ya había comenzado a navegar por la Cosmored a través de su teléfono.

El ambiente estaba totalmente acondicionado. El aire frío llenaba cada rincón del departamento, creando una atmósfera artificial aislada de los ruidos y la contaminación directa. La ciudad se apreciaba allá abajo, metida en su camisa de niebla gris; los edificios surgían de las nubes de humo y los metrorrieles aéreos surcaban el espacio. Los avisos lumínicos parpadeaban desde sus monitores de cinco dimensiones, donde las imágenes se superponían y repartían en volteretas multicolores, emitiendo luces que creaban espacios virtuales en el aire, construyendo imágenes poderosas que parecían sólidas y luego desaparecían como pompas de jabón. Cereza se quedó mirando el paisaje un rato, mientras su memoria parecía viajar hacia un pasado no muy remoto. Se acordaba de su edad adolescente transcurrida en Petare, de donde era casi toda su familia. De ahí provenían los recuerdos de sus padres; ahora Petare era uno de los *ghettos* más intrincados y peligrosos de la Megalópolis. Vivían ahora en el centro de la urbe, cerca de donde estaban los edificios gubernamentales, torres enormes repletas de dispositivos de seguridad, artificios tecnológicos sofisticados que se accionaban con cualquier estímulo dirigido. Los ascensores se movían a gran velocidad; bajaban y subían pasajeros todo el día.

El mobiliario del departamento era minimalista, hecho de plástico, madera compuesta, metales resistentes pero livianos, cojines, alfombras sintéticas parecidas al algodón. Se agregaban al conjunto reproducciones artísticas, grabados, dibujos y otras obras hechas en computadores, adornaban las paredes. No había libros ni revistas de papel. Toda la información provenía de la Cosmored y se transfería a otros aparatos y dispositivos. La mayor parte de los alimentos estaban ya envasados y empacados. Solo había que meterlos en un horno, descongelarlos o recalentarlos. Venían así del hipermercado. La basura se reciclaba en recipientes a través de un procedimiento automático de generación de calor, que enviaba los desechos por tubos hacia un horno incinerador central. Tales procedimientos se repetían en casi todos los departamentos del centro y en casas de gentes pudientes que permanentemente eran blancos de robos o secuestros.

—Bueno, creo que ya es hora de comer de verdad –dijo Cereza, acercándose a la cocina para proceder a calentar los alimentos en los hornos digitales–. Fueron sacando los platos del horno y se sentaron todos a la mesa a compartir la comida; los olores se desvanecían en la atmósfera acondicionada, absorbidos por los extractores de aire, y los sabores duraban un momento en los paladares de los comensales. Bebieron jugos saborizados de fruta, tomaron infusiones calientes de yerbas. El café era casi imposible de hallar. Luego de terminar, llevaron los empaques desechables al cesto crematorio.

—Dale que dale mi mamá con su agua Cielofresco. En cambio a mí las que me gustan cada día más son estas manzanas gringas. No las cambio por nada –dijo Alma.

—Esta agua me sigue pareciendo un elixir –dijo Cereza.

—Bueno, Alma –dijo Rodolfo a su hija, saboreando un último trago de la taza de infusión–, entonces ve pensando cuándo vas a invitar a Bobby otra vez.

—Sí, claro que sí, papá, yo me encargo de eso, no te preocupes –respondió Alma.

Capítulo 8

Walter Smith, embajador de los Estados Unidos de América, fue informado del urgente deseo de comunicarse con él que tenía Moisés Mandala. No había tiempo que perder. Lo hizo llamar y concertaron primero una cita en el Palacio de Gobierno, que después, a última hora, fue cambiada para la residencia oficial del presidente. Fue una cita reservada, sin periodistas ni testigos presenciales. Estaban visiblemente nerviosos.

Walter Smith llegó a la residencia presidencial en el auto de la Embajada. Fue acompañado por su chofer hasta la puerta de la gran casona de estilo colonial, donde fue recibido por el mandatario. Se sentaron en un pequeño jardín en la parte interior de la casa, donde les fueron servidos sendos vasos de *whisky* en las rocas.

—Usted, me dirá, presidente –dijo Smith, en un castellano mal pronunciado.

—Lo que tengo que decirle es complicado, embajador. Esto causará escozor mundial; más del que podamos imaginar. Venezuela se convertirá en uno de los aliados importantes de Estados Unidos. Para ello no solo tengo que convencer a mi gabinete de gobierno, a mis ministros, sino a muchos empresarios y comunas organizadas, al fulano

movimiento comunal que tiene a este país hecho un desorden. Si las comunas se rebelan, seguro habrá derramamiento de sangre.

—A eso ya estamos acostumbrados en estos tiempos –dijo Smith, después de haber sorbido un trago de *whisky*.

—Pero aquí en Venezuela hace tiempo que no ocurre –repuso Moisés Mandala–. Después de que los comuneros se organizaron no ha sido fácil la alianza con ustedes. Me las he tenido que arreglar para que ahí no explote un levantamiento civil.

—Que ocurra lo que tenga que ocurrir –recalcó Smith–. Mi gobierno está preparado para todo.

—No estoy seguro –dijo Mandala–. Algunos otros países de la región tienen una visión divergente y van a reaccionar, eso es seguro.

—Creo que nuestro gobierno puede controlar eso –aseguró Smith.

—Pero habrá guerra y no podremos predecir qué consecuencias tendrá.

—Tenemos el control sobre Chile, Colombia y Perú. Con el control sobre Venezuela ya habremos avanzado mucho. Esa es una situación inevitable.

—Pero están Brasil y Argentina, países poderosos que aún no se deciden por nada, no se terminan de cuadrar con el bloque occidental. Ustedes tienen que ayudarnos en esto porque aquí puede haber una revuelta gigantesca.

—Bueno, bueno –balbuceó Smith–. Hable con su gabinete y con sus militares, porque necesitamos de todo el apoyo político y el de las fuerzas armadas.

—Trataré de convencerlos –afirmó Mandala–. Estoy buscando asesores para que me ayuden en esta tarea. Y a ellos hay que pagarles bien, hay que crear una matriz de opinión que nos beneficie en todo para cubrir todos los medios posibles, hablar con la prensa electrónica, los periódicos impresos y los noticieros de televisión.

—Eso no es nada difícil, eso se logra con dólares contantes y sonantes –dijo Walter Smith, sonriendo.

—Bueno, entonces manos a la obra –dijo Mandala, chocando su vaso de escocés con Smith, y bebiendo todo el contenido.

Capítulo 9

—Bueno, aquí estamos para escuchar todas las propuestas –dijo Nikolas Kai.

Estaba rodeado, en la finca La Iguana, de un numeroso grupo de activistas provenientes de distintas regiones del país y del extranjero, especialmente de las naciones andinas. También había gente de Francia, Estados Unidos y España. Se hallaban bajo unos amplios toldos dispuestos en los espacios verdes de la finca para protegerse de la lluvia insistente, que en mayor o menor grado caía acompañada de una brisa fría. Varias especies de flores adornaban pretiles y revoques, y el canto de algunos pájaros se apreciaba en el ambiente. Varias hileras de sillas plegables se disponían en círculo para dar asiento a los futuros participantes en el Foro Verde, que llevaría las propuestas a la próxima cumbre sobre la Energía Verde a celebrarse en Venezuela en el mes de noviembre de ese año 2050. En este se discutirían varias materias, entre ellas: el Estado, el mercado, el cambio climático, las nuevas fuentes de energía, el agua, las nuevas formas de organización política y social en la conformación de una nueva era, de un hombre nuevo como el que había soñado Ernesto Che Guevara a mediados del siglo veinte. Y

también, en la medida de lo posible, los asuntos de seguridad, crimen, drogas e invasiones bélicas a países débiles.

Se habían estructurado en grupos que coordinaban, por un lado, José Rubén Lara y Cayena Jiménez, encargados de dirigir los temas de sociales y de seguridad; mientras que Juan Manaure y Aymara Sosa lo harían con los temas ambientales y cambio climático, y Víctor Manuel Tovar y Nicolasa Arenas se encargarían de la parte estratégica y política del evento, de las alianzas que habría que hacer con otros países en las diferentes áreas. Juan Pablo Risco y Sara Amarilis llevarían la parte comunicacional del evento y su hija Analivia Plurabela y su novio Abel Tristán se encargarían de las expresiones estéticas, artísticas y humanísticas derivadas de todo esto, de los enlaces que se desprendiesen de la discusión en estos temas. Esto, desde el punto de vista operativo. Pero todos por igual participarían de las discusiones conceptuales en cada una de las mesas de trabajo. Todo visto y observado por el cerebro de Nikolas Kai, por su mente vigilante y analítica que tenía la capacidad visionaria de adelantarse a los acontecimientos.

Realizaron varias sesiones. Las mesas de trabajo arrojaron cada una de ellas sus conclusiones, luego de haber sido intensamente discutidas. Compartieron un almuerzo campestre y descansaron un buen rato, se narraron historias y recordaron otros tiempos, mientras los que se estaban conociendo por primera vez mantenían un diálogo jovial que reflejaba una verdadera alegría. Las ideas fluían mejor entonces, sobre todo entre los compañeros de países de lenguas distintas. Era estimulante ver cómo los franceses, por ejemplo, tenían empatía con los venezolanos, y los norteamericanos con los colombianos. Los españoles se relacionaban de modo natural con los bolivianos. Pero no todo fue comunicación fluida. En muchas mesas se produjeron fricciones y contrastes fuertes, encontronazos de ideas y discusiones acaloradas: todo como parte de la compleja crisis que estaba viviendo el planeta en todos los órdenes.

Una de las cuestiones en que coincidieron todas las mesas fue en la necesidad de que fuesen las comunidades organizadas quienes fueran parte del poder, de un poder popular en clara pugna con la política tradicional de los partidos, los parlamentos e instituciones burocráticas de donde ya no obtenían respuestas satisfactorias. Protestas pacíficas, huelgas, movimientos de calle, ideas claras expresadas con sinceridad

en asambleas y foros; nada de elecciones, parlamentos o líderes populistas que aspiran llegar al congreso: todo eso estaba usado hasta la saciedad sin resultados visibles. Eran necesarias otras formas de gobierno, donde se estimulara la solidaridad, la piedad, la religión concreta, sin templos ni oraciones mecánicas. Lo que hacía falta ahora era organización y más organización, instituciones alternativas que no rindieran culto al dios mercado en su etapa delirante, completamente desbordada de la realidad humana.

Esa misma tarde, después del almuerzo, Sara Amarilis y Juan Pablo procedieron a sistematizar las diferentes propuestas que irían a formalizarse en el Foro Verde. Quienes iban a intervenir en el debate debieron definir esa tarde los temas a desarrollar, y aglutinar en torno a ellos a los posibles participantes de cada región o país.

Fue un éxito. La gente se entusiasmó y comenzó a anotar sus ideas y a discutirlas en una primera fase con sus afines. De modo que al final de la tarde tenían casi todo el foro armado. Y lo celebraron con alegría, cantando y bailando, escuchando música y bebiendo vino. Se produjo una afluencia natural de alegría, de celebración afectiva que arropó a los asistentes en una suerte de hermandad. Era un acuerdo colectivo de gran alcance para ir en busca de un debate, de una lucha de las comunidades para lograr enlaces con los países de América Latina, Asia y África, y así hacer las propuestas comunitarias y estructurar los diseños de estrategias para terminar de producir el desplome del imperio, o mejor dicho, de los imperios que habían demostrado ya una inhumanidad avasallante, en una sociedad caracterizada por la velocidad y la obsesión de consumo, que facilitaba la completa manipulación de las masas. Todos estos temas y otros más se habían ventilado en las mesas y ahora en la fiesta, en medio de vinos y canciones. La música se dejaba oír desde algunos reproductores portátiles, o era entonada por algunos grupos musicales que estaban entre los asistentes.

—Justamente la literatura, la música y el arte han generado una nueva filosofía, una filosofía de la esperanza –dijo Analivia Plurabela–. Ustedes se imaginan que un día nuestros hijos o nietos estén viviendo en un mundo humanizado por el arte, que leguemos a ellos un mundo sin guerras ni atropellos –intervino.

—Me gusta eso de la filosofía de la esperanza –dijo un joven boliviano de nombre Alejandro–. No sé si me dejas que te robe la frase para una propuesta mía.

—Sí, claro –dijo Analivia, sonriendo–. Yo creo que vamos a animar a muchos escritores y artistas en el mundo. Las respuestas que se han venido produciendo en las redes virtuales y el DEM han sido impresionantes, pero ahora debemos concretarlas con la gente en directo, para que en cada país, escritores y pensadores, cineastas y pintores, actores y músicos se unan en una causa social planetaria. Como lo decía John Lennon en aquella famosa canción: "Imagínate a toda la gente viviendo en paz su vida". Esto es decisivo para cambiar el alma de la humanidad, que está a punto de perecer bajo la bota del militarismo y el economicismo, del pragmatismo y la ganancia, de la tecnología manipuladora –reflexionó Analivia.

—Sí, yo estoy convencida de eso –intervino una activista española llamada Mariana–. En mi país los estudiantes en los últimos meses están volcados en la calle haciendo sus propuestas frente al parlamento, por la pésima y costosa educación que están recibiendo en las universidades –dijo Mariana–. Por otro lado está esa política parlamentaria de una democracia que no trabaja por la justicia, una democracia que privilegia la exclusión.

—Sí, por eso es que es tan necesaria la idea de un pueblo legislador. Eso sería maravilloso –dijo Néstor Ríos, joven profesor colombiano que había dejado la universidad por el activismo de calle y la agricultura, organizando un movimiento de trabajadores de la tierra para hacerle frente no solo a los terratenientes, sino a las abusos del trabajo alienado. Intentaba fundar otro tipo de relaciones con el trabajo productivo, donde fuesen posibles el diálogo y la alegría.

Se estaba produciendo un gran diálogo en la finca La Iguana, ya de noche, con espacios verdes, jardines y caneyes donde tenían lugar todo tipo de intercambios de ideas. El cansancio dominaba a algunos; otros debían trasladarse a residencias cercanas, casas o posadas de amigos; otros colgarían sus hamacas ahí mismo en la finca o dormirían en carpas.

—Bueno –dijo Nikolas Kai–. Yo tengo que retirarme, pues debo ir a alojar a una gente en mi casa. Buenas noches. Mañana continuamos el debate.

Nikolas y Juan Pablo fueron juntos hasta un pequeño caney a donde Juan Pablo había invitado a Nikolas para transmitirle una inquietud suya.

—Uno de estos días me pongo a escribir sobre esta experiencia de todo esto que estamos viviendo –dijo Juan Pablo.

—¿Un recuento o una novela, qué idea tienes Juan Pablo? –preguntó Nikolas Kai.

—Sería más bien una crónica novelada, pienso yo.

—¿Dentro del terreno de la ficción?

—Sí, puede ser…

—¿Con personajes reales o imaginarios?

—Con personajes reales, con nosotros mismos.

—Entonces no sería ficción.

—Sí, por eso te digo que sería más bien una crónica.

—Una crónica donde se entremezcle lo político, lo social, lo personal… Con eso vas a tener problemas literarios, quiero decir, te va a ser difícil conciliar la tesis con lo artístico, las ideas con el lenguaje. Cuidado si las ideas se tragan a los personajes.

—Ahí vuelve a surgir el viejo asunto de la literatura comprometida, del realismo social que tanto daño le hizo a la literatura rusa, ¿recuerdas?

—Sí, la literatura social es muy difícil de lograr, se aprecia como un panfleto, como subliteratura parcializada, fundamentalista. Los críticos pueden hacerte pedazos, Juan Pablo.

—Es lo más probable. Pero no nos adelantemos. Hay todavía mucha tela que cortar en este asunto.

—Y ahora con el declive del libro aún más. Aunque las novelas escritas todavía tienen sus lectores.

—No sé si valga la pena el esfuerzo, entonces.

—Es un reto, Juan Pablo. Por un lado está la técnica literaria, los recursos narrativos de la ficción, y por el otro los contenidos de una obra, que en cuanto se hacen más explícitos, menos fuerza tienen.

—Los contenidos vienen por añadidura, Nikolas. La cuestión estriba en si el libro está bien escrito o está mal escrito, o qué aporta de nuevo a la literatura.

—Se han hecho y todavía se hacen muchas novelas históricas, novelas de detectives, novelas de terror, novelas de ciencia ficción, novelas

de amor, novelas existencialistas, novelas experimentales, qué sé yo. Hay todas esas tendencias. Lo que hay que lograr es la tensión, el suspenso que debe sentir el lector, que el lector siga la historia y no pueda despegarse de ella.

—Hay novelas que están muy bien escritas pero no dicen nada, novelas que son puro lenguaje, pero no tienen esencia.

—Y hay novelas que están llenas de ideas y de buenas intenciones, pero no tienen suficiente calidad artística, no hay esmero en su lenguaje, en el uso de la forma.

—Los escritores están en una encrucijada con la crisis del libro impreso. Los contenidos se difunden por medios electrónicos, a través del libro digital y por Intranet. El papel se ha puesto muy caro, la producción de un libro impreso es complicada y tiene dificultades para la distribución. Para hacer diarios impresos y libros hay que talar miles de árboles diarios, practicar un ecocidio.

—Yo conservo mis libros como un tesoro desde hace más de treinta años. Son los mismos autores clásicos que no pierden vigencia. Los poetas, filósofos y dramaturgos griegos y latinos antiguos, los novelistas del siglo diecinueve, los poetas modernos y los poetas del romanticismo europeo, los surrealistas y los vanguardistas del siglo veinte.

—Uno piensa en Shakespeare, Cervantes, Góngora, Whitman, Baudelaire, Kafka, Joyce, Borges, Cioran, Renard, Lichtenberg, Cortázar, García Márquez, Onetti, Rulfo, Lezama Lima, Ramos Sucre, Vallejo, Neruda, Huidobro, ellos están siempre cerca de uno.

—Uno piensa en Thomas Mann, Canetti, Flaubert, Dostoievski, Goethe. Se releen siempre, nos alimentan la cabeza, nos hacen reflexionar.

—No hay como tener un libro entre las manos, ¿no es verdad, Nikolas?, meterse en ese mundo inventado y aceptar sus reglas como si fuesen verdades.

—Uno acepta esa ambigüedad, esa invención, y le otorga un valor por anticipado, le atribuye valores a la obra, al prestigio de la obra.

—El escritor se engaña a sí mismo y engaña a los demás. Y los demás aceptan ese engaño como un pacto, aún no se sabe por qué. Será porque todos somos frágiles por dentro, somos débiles y vamos a buscar en los libros el drama de los demás, que es el mismo nuestro.

—No se sabrá nunca si el escritor escribe para sí mismo o para los demás. Escribir es como sufrir de algún virus contagioso.

—Ya Cervantes lo dijo: escribir es una enfermedad incurable.

—Estoy convencido de eso. Se escribe porque sí, no hay razón precisa, eso está más allá de nuestro entendimiento; para decir algo, para liberarse o para conocer lo que desconoces, para hacer una obra, para convertirse en mito, para tener más amigos, pobres escritores frágiles que se inmolan en su obra, se inmolan para nada.

—Se inmolan a causa de nosotros, sus crueles lectores.

—Bien vale que asumas ese reto, entonces, Juan Pablo.

—Lo voy a intentar, aunque me he vuelto un poco perezoso para escribir. Con todo el trabajo que tenemos por delante, ponerse a escribir crónicas noveladas puede ser algo agotador. Es mejor actuar que escribir, incluso creo que es mejor hablar que escribir.

—Me atrevería a decir que es mejor pensar que escribir. Muchos escritores se hacen escritores para no actuar, para esconderse en su obra.

—En todo caso queda un testimonio escrito de eso. No todo puede ser imágenes y sonidos. A veces la literatura se adapta más a lo pensado, a veces las cosas se meditan mejor cuando se escribe, hay la posibilidad de hacerlas más perfectibles.

—Sí, puede ser…

Nikolas y Juan Pablo se quedaron mirando un rato hacia el jardín. Nikolas tenía la intención de encender un puro, pero postergó la decisión, y Juan Pablo estaba terminando de beberse el contenido de un vaso de agua.

—Buenas noches, Nikolas –dijo Juan Pablo Risco–.Yo me quedo un rato más organizando los demás grupos y después me voy a dormir. Hasta mañana.

Capítulo 10

Rodolfo Pacheco encendió el megaplasma desde su control remoto, accionó desde otro botón del mismo control el aire acondicionado para elevar su intensidad, mientras se dirigía al teléfono celular que había dejado cargando para proceder a llamar a las tres personas que participarían del plan. Primero se comunicó con Rosa Piñango, una modelo y actriz que podía hacer cualquier oficio histriónico relacionado con el espectáculo, el sexo, el nudismo, o haciendo de dama de compañía de hombres adinerados. Después llamó a su hermano Baltasar Pacheco para que lo ayudara en la parte operativa del plan.

—Este golpe luce factible si se sabe conducir con cuidado –dijo Rodolfo Pacheco–. Puede darnos grandes dividendos y la posibilidad de vivir tranquilos por mucho tiempo. Vamos a estudiar bien los itinerarios de Guillermo Steinberg, de su mujer y de su hijo Bobby. Primero está la opción de secuestrar a Bobby y pedir un rescate cuantioso, seduciéndolo con los encantos físicos de Alma. Estas técnicas de la seducción por el sexo son infalibles, están comprobadas. La segunda opción del plan es seducir al padre de Bobby, Guillermo Steinberg, esta vez propiciada por Rosa Piñango, para que el fraude bancario se produzca con la participación de esta. El trabajo de Rosa Piñango es seducir al

gran gerente, distraerlo de sus ocupaciones diarias y hacer que se divierta, que se concentre en placeres nuevos. Un viejo setentón no puede resistirse a una aventura sexual con una hembra de treinta años dueña de un cuerpo monumental.

Así ocurrió. Rosa Piñango reservó una mesa en el restaurante donde Guillermo solía ir a cenar, solo o con amigos. Cuando iba a cenar con su mujer o familia lo hacía en otros lugares. Guillermo llegó esa noche acompañado de un amigo, y se sentaron a conversar. Primero tomaron unos whiskies, luego ordenaron la comida y el vino. Rosa había ido al lugar acompañada de una amiga, se colocó en el campo visual de Guillermo y fijó la vista donde tenía que fijarla. Sus cualidades histriónicas le permitieron en ese momento hacer el papel de una mujer de la clase alta, lo suficientemente discreta para no desentonar en el ambiente elegante y clásico del restaurante. Llevaba un vestido blanco liviano, vaporoso, que dejaba ver las líneas de un cuerpo perfecto. Se levantó en dirección al lavabo para pasar cerca de Guillermo y mostrarse completa, y para que él pudiera calibrarla bien. Dio un giro al desgaire para mostrar su trasero, no sin antes mirar a Guillermo de reojo con un guiño de estudiada coquetería. Los ojos de Guillermo se iluminaron con el deseo.

Ya el anzuelo se había hundido y alcanzado la boca del pez gordo. Cuando salió del lavabo, Rosa volvió a dirigirle una mirada a Guillermo, y este no pudo de ahí en adelante quitarle los ojos de encima. Pidió excusas a su amigo y se levantó un momento a saludar a las mujeres en la otra mesa, les preguntó qué estaban tomando y les invitó a otra botella de vino, cosa que ellas agradecieron. Lo que surgió después fue una suma de movimientos derivados del plan de seducción. Todo se estaba cumpliendo según lo previsto. El primer paso estaba dado para lograr que Guillermo se obsesionara con ella, y si era posible se enamorara. Rosa hizo muy bien su papel de hembra poderosa, triunfadora, dispuesta a entregarse totalmente a un hombre que fuese capaz de arriesgar todo por ella. El trabajo no fue fácil. Por varias semanas se repitieron encuentros en el restaurante, hasta lograr que Guillermo la acompañara a cenar y luego a salir juntos. Dejó que él creyese que la estaba enamorando, hasta cumplir los pasos del primer roce de piel, el primer beso y finalmente la invitación a pasar la noche en un hotel. Cuando llegó el momento decisivo, ella fue lo suficientemente hábil

para conducirlo al extremo de la excitación, ejecutando en el cuarto de hotel una danza erótica antes de desnudarse completamente, arrojando las prendas íntimas en la alfombra de la recámara, y él, conducido por la agradable embriaguez del vino, pudo apreciar la perfección de aquel cuerpo desnudo que se ofrecía a su capacidad placentera. Besó, lamió, olió, degustó con una especie de desesperación aquella piel, aquellos labios que se ofrecían como unos pétalos, disfrutó con los cinco sentidos los vellos de aquellos muslos, la suavidad de aquellas nalgas magníficas, se mezcló a los fluidos de la vulva, de la ostra deliciosa, viajó por la caverna hembra hasta experimentar el gran mareo que nos hace rebotar de la muerte y devolvernos a la apacible somnolencia del momento que sigue al gran orgasmo.

Pasaron juntos el fin de semana en aquel lugar cerca del mar. Ella le dijo que estaba muy ocupada en su trabajo de gerente corporativa y debía marchar el lunes temprano. Le dijo que era un hombre maravilloso y que no quería convertirse en una destructora de hogares. Se despidieron en Caracas y no se dejó ver por dos semanas. No contestaba las llamadas de Guillermo. Él comenzó a inquietarse y a buscarla obsesivamente en el restaurante de siempre. Cuando por fin apareció, Guillermo le confesó que la necesitaba, que su vida matrimonial era aburrida y un largo etcétera. Daba entonces los primeros pasos en la zona de la subjetividad anímica: ahí fue donde Rosa dio la estocada final, diciéndole que por favor no la buscara más; cuestión que duplicó la obsesión de Steinberg, hasta el punto de hacerla vigilar en sus trayectos por la ciudad. Todo ello estaba calculado por el equipo de Pacheco para hacer que Steinberg colocara temporalmente su trabajo en un segundo plano mientras Alma, la hija de Pacheco y Cereza, se encargaba de hacer algo similar con su hijo Bobby.

No fue difícil que Rosa hiciera hablar a Guillermo acerca de sus manejos financieros. Rosa incluso rechazó una buena suma de dinero que Guillermo quiso darle. Los malentendidos de Guillermo con su esposa e hijo comenzaron a producirse. Bobby era presa fácil de Alma; el joven apenas podía apartar a la chica de su pensamiento.

Rodolfo Pacheco celebraba en su departamento que las cosas marcharan sobre ruedas, y organizó una fiesta para felicitarlos a todos. Estaban a pocos pasos de dar el gran golpe. En la fiesta compartieron con gruesos bifes de carne magra importada, vinos y pitillos de

marihuana. Alma y Rosa se emborracharon y terminaron bailando entre ellas, riendo a carcajadas. Pacheco y su mujer, Cereza, se drogaron con cocaína G-30, la droga más costosa en el mercado, que además de estimular el cuerpo y los órganos sexuales, quitaba el apetito y creaba alucinaciones especiales, sueños a todo color, donde el ego viajaba por un espacio repleto de luces brillantes y nubes que estaba ahí para ser traspasado por un pájaro que podía convertirse en nave que atravesaba el tiempo y llegaba al pasado, desde donde se podía regresar de un solo golpe al presente, o viajar a un futuro que tomaba algunas imágenes prestadas a películas o videos de anticipación.

Por su parte, Bobby y su padre Guillermo se encontraban ambos sumidos en un letargo erótico-sentimental que les impedía pensar correctamente, les hacía presas fáciles de cualquier manipulación posterior. A veces la experiencia y la voluntad no pueden mucho contra los deseos irracionales provocados, dirigidos a perturbar cualquier actividad de la lógica.

Capítulo 11

Continuaban las discusiones en el seno de Vanguardia Ética. Esa noche Analivia Plurabela y Abel Tristán habían invitado a cenar en su casa de La Mariposa a Benjamin Rogers, activista del movimiento Ocupemos de Nueva York, movimiento que había accionado varias de sus estrategias para conseguir alianzas con organismos comunales, en países que habían proseguido en su trabajo de profundizar en el pensamiento de una revolución radical de la conciencia, o luchado contra las Plagas Vigilantes y las fuerzas siniestras de la ultraderecha desde comienzos del siglo XXI. Sicarios, industriales, generales retirados, paramilitares y líderes políticos habían sido lentamente desenmascarados por la fuerza de una praxis social que había logrado identificar a los agentes del oportunismo internacional en América Latina, con una célula importante ubicada en Venezuela. Ahora era vital que se diera al traste con la política de las invasiones imperiales a los países débiles, que aún nadaban en subsuelos ricos en petróleo, poseían vastos territorios de selvas naturales, ríos caudalosos, gas natural o minerales. Los países de América Latina ya habían despertado del sueño delirante propiciado por las megacorporaciones. Se estaban agrupando en torno a ideales que tenían como centro las posibilidades desperdiciadas de la

Madre Tierra, minimizando en lo posible el uso de máquinas, excepto cuando era estrictamente necesario. Tractores para abono y labranza, transportes para materias primas o para desplazamientos de trabajadores o familiares, uso racional de la energía eléctrica y de las energías alternas como la eólica y el empleo de caballos, burros, yeguas o cabras para pastoreo o arreo, en fin, una vuelta a los métodos tradicionales y a las técnicas ancestrales o artesanales que traían quizá menores beneficios cuantitativos pero una mayor gratificación anímica y espiritual, llevaban implícitas las celebraciones religiosas de sus santos patronos y una preparación ritual para agradecer a sus dioses por las condiciones benéficas para sus cosechas, al tiempo que proponían una conciencia de respeto y colaboración en el trabajo.

No se trataba de llegar al estado edénico de una tonta inocencia, de una plenitud ideológica total, por lo demás perfectamente imposible, u otras vagas ideas, sino de construir una sociedad edificada sobre la honestidad, la cual alejaría las taras de la competencia y de la conocida "viveza" criolla, así como las jerarquizaciones impuestas por antiguos latifundistas y terratenientes. Lo estaban consiguiendo poco a poco, creando círculos de educación comunal que iban creciendo en buen número a lo largo del país, con el aporte de organizaciones extranjeras que también se habían unido en grupos como Ocupemos en Estados Unidos, al que Benjamin Rogers pertenecía; comunidades cooperativas que podían convertirse en bases para organismos permanentes, superando barreras en el futuro cercano.

—El Congreso de Organizaciones Industriales se realizó en Estados Unidos antes de tomar las fábricas, con la intención de detener el deempleo –dijo Benjamin–. Según Noam Chomsky, la economía se centró en las finanzas, las instituciones financieras se expandieron y se aceleró el círculo vicioso entre finanzas y política. La riqueza se concentró cada vez más en el sector financiero, y los políticos enfrentados a los altos costos de las campañas se hundieron más profundamente en los bolsillos de quienes los apoyaban con dinero. A su vez, los políticos los favorecían con medidas puntuales para Wall Street mediante la desregularización monetaria, los cambios fiscales y el relajamiento de las leyes de administración corporativa, lo cual intensificó el círculo vicioso. El colapso fue inevitable –continuó Benjamin Rogers–. El gobierno de Estados Unidos salió al rescate de las empresas en Wall

Street que supuestamente eran demasiado grandes para ser encarceladas. Ocupemos va a ser uno de los modelos de lucha en el Foro Verde, va a llevar una propuesta humanística en defensa del ambiente en un país que, como Estados Unidos, el gobierno muestra un modelo de intransigencia y de sordera ante las solicitudes y necesidades de sus propios habitantes. En el siglo xx –prosiguió Benjamin Rogers diciendo a Analivia, mientras compartían la cena–, a principio de los años setenta, se dio un paso en la economía de la sociedad estadounidense para superar la estatización, adoptando medidas para rechazar el proceso de globalización, proteger la actividad económica, la equidad social y un posible estado de bienestar frente a una política depredadora de crecimiento galopante de capitalismo financiero, lo cual ensancha la gran brecha entre ricos y pobres, con impactos nefastos en la política interna y exterior de Estados Unidos, desestabilizando su poderío. Uno de los primeros pasos en ese sentido fue el llamado acuerdo de Bretton Woods, firmado en el marco de la Conferencia Financiera y Monetaria de los Estados Unidos en el Hotel Mount Washington de Bretton Woods, New Hampshire, para crear un entorno favorable para el comercio y la inversión que permitiera a los países buscar el pleno empleo y políticas de bienestar social, a través de un sistema de tipos de cambio fijo o ajustables entre las monedas del mundo, esperando establecer controles a la movilidad del capital internacional, de donde surgieron el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial. El FMI se encargaría de supervisar el cumplimiento de las obligaciones acordadas en Bretton Woods y también de dar financiamientos emergentes a miembros con dificultades temporales. El acuerdo se fundamentaba en el bienestar humano, dando prioridad al empleo y a los programas de bienestar social, por encima de la liberación de la moneda y del comercio –explicó Benjamin–. Este intento estaba basado en las ideas del economista Maynard Keynes, quien a su modo sostuvo una teoría revolucionaria en su tiempo, donde los gobiernos occidentales se comprometían a mantener altos índices de empleo. Precisamente, el mismo Keynes fue uno de los negociadores británicos en la Conferencia de Bretton Woods, aunque posteriormente sus teorías habían sido desoídas por los personeros del gobierno de Estados Unidos, hasta que al fin se produjo el rechazo definitivo a la propuesta suya, donde se sugería un equilibrio entre capitalismo y socialismo: ahí las finanzas solo

debían servir a las metas económicas y prácticas, y no ser ellas fines en sí mismas.

—Keynes y otros negociadores americanos –prosiguió aclarando el activista Rogers–, como el economista Dexter White, fracasaron en su proyecto durante el gobierno de Richard Nixon porque la clase banquera de Nueva York se opuso a ello, pues estaba concentrada en recibir la fuga de capital de Europa, pero principalmente debido a que las pérdidas producidas por las crisis financieras recayeron en aquellos grupos o países que estaban literalmente presos en el sistema capitalista, y esas pérdidas se convirtieron en problemas políticos imposibles de resolver. Así la economía se tragó completamente al ejercicio político, en detrimento de las clases trabajadoras y de la fuerza laboral, al producirse el conocido efecto dominó en los empleados públicos, la burocracia gubernamental y finalmente en los estudiantes universitarios, quienes son siempre los baluartes del conocimiento y del ejercicio honesto del pensamiento; ellos son quienes dan directamente la cara a las fuerzas represivas de la policía, brazo armado de los políticos de turno.

—Sí –dijo Analivia–. Las rebeliones universitarias son siempre los mejores termómetros para medir el impacto social que tienen las políticas erradas o débiles de las clases políticas pudientes, en conflagración con la clase financiera.

Terminaron de cenar. En la sobremesa, explicó Rogers que la consecuencia del rechazo al tratado de Bretton Woods en los años setenta fue el movimiento errático de los tipos de cambio y el volátil movimiento de flujos de capital especulativo –el llamado cambio flexible–, el cual debilitó más a los débiles y fortaleció más a los fuertes. Los comerciantes en las casas de cambio hicieron de las suyas con las fugas de capital en países como Brasil, Argentina, Venezuela y México, los cuales sufrieron las peores consecuencias.

—No es un asunto fácil de explicar –concluyó Rogers–. Lo cierto es que estos flujos de capital no se refieren a actividades económicas reales, son flujos de capital completamente ficticios, especulativos, desestabilizadores, basados en puras conjeturas. Todo esto lo había advertido ya Maynard Keynes, pero no le hicieron caso. Los grupos pequeños son los que siguen beneficiándose de estas negociaciones erráticas. Los Estados Unidos se hallan metidos hoy en la peor de sus crisis. Nixon, Reagan, Clinton, Bush, Obama, los que le siguieron y el

actual presidente James Reynolds no han hecho sino repetir la historia de la llamada nueva economía, que de nuevo no tiene nada, e insiste en hacer ver a los países occidentales como si fueran países modernos, países de vanguardia, cuando no son tales.

—Y en eso basan los imperios sus políticas –apuntó Abel Tristán–. Distrayéndonos siempre y debilitándonos para que no los podamos desafiar nunca. Lo más triste es que la mayoría de los ciudadanos en Estados Unidos apenas se entera de esto –dijo Abel Tristán.

—Sí, así es –dijo Rogers–. El pueblo estadounidense tenía fama de ser uno de los más ignorantes sobre lo que ocurría en el resto del mundo, ocupado como estaba en sus propios modelos y en su propio bienestar. Pero las cosas han comenzado a cambiar…

—Sí –dijo Abel Tristán–. Lo cual explica que algunos de ustedes, que forman parte de Ocupemos estén ahora aquí.

—Mañana empezaremos las mesas de trabajo simultáneas desde temprano en todo el país –confirmó Analivia–. Tenemos gente trabajando en las cinco regiones: occidental, oriental, andina, llanera y amazónica, para luego hacer la plenaria dentro de cinco días en la finca La Iguana, allá en la casa de mi papá –dijo.

Sofisticados dispositivos tecnológicos de espionaje se multiplicaban cada vez que se realizaban estas reuniones, donde podía haber infiltrados pagados por las megacorporaciones o el gobierno para sabotear las actividades.

—Tenemos que cuidarnos de los periodistas y del espionaje del gobierno –dijo Abel Tristán.

Una vez se hubo despedido Rogers, Analivia y Abel se quedaron un rato arreglando la cocina; se fueron al mueble, se sentaron y acariciaron tiernamente. Ella se sentó luego en las piernas de Abel y él comenzó a besarla en el cuello y en el lóbulo de la oreja, ella besó el hombro de Abel y comenzaron a excitarse cuando ella le ofreció los labios, y los besos sorbieron los gustos de las lenguas mientras se desnudaban el uno al otro, ella aflojó la correa del pantalón de Abel y él acariciaba sus bellas nalgas bajo el *jean* ajustado, hundió sus dedos en los músculos redondos y fue bajando el *jean* que dejó ver su prenda minúscula que salía de la ranura de las nalgas perfectas y apenas si cubría el pubis de Analivia. Ella despojó de la camisa a Abel abriendo uno a uno los botones y lanzando la prenda lejos. Se despojaron ambos de los

zapatos y comenzaron a besarse los brazos y piernas, después él le aflojó el brasier para calibrar la tersura de los senos y los pezones, luego los acarició con tiernos besos y los lamió con delectación, como si saboreara un néctar, hundió la cara en los suaves músculos y ella comenzó a emitir gemidos placenteros que excitaron aún más a Abel, quien luego se internó en el suave vientre de Analivia y apreció como ella le permitía todo tipo de jugueteos y caricias, hasta bajar a la zona de las piernas, besar los muslos, lamer las pantorrillas, acariciar los dedos de los pies y luego sopesar la belleza del pubis que dejaba ver sus vellos y la delicada vulva ofrecía sus labios sonrosados, que él abrió tiernamente con sus dedos para luego penetrarla suavemente con el miembro, jugando primero con los labios y la ostra vaginal, introduciéndose lentamente para llenarse de su líquido, y los dos líquidos lubricantes permitieron la rotación del miembro en la cavidad de ella, que se abrió como una flor y absorbió divinamente el miembro erecto de él hasta hacerla emitir nuevos gemidos placenteros que hicieron que Abel Tristán comenzara a moverse con más fuerza y llevarla a ella hasta una cima donde el dador y la recibidora se confundieran en un solo éxtasis cuando los ojos azules de Analivia miraran con deseo amoroso los ojos pardos de Abel y antes de lograr ambos los orgasmos simultáneos él la sostuvo por la espalda y las nalgas para derramarle el semen, el espeso líquido seminal que salió eyectado hacia la caverna deseosa donde se produjo el flujo de ambos en un solo espasmo gozoso, que se pasea allá adentro por los corredores del placer último, cuando después de la eclosión se acerca la tranquilidad de la marea baja, la paz completa, la muerte mínima del hombre y la mujer cuando renacen desde el acto carnal que se vuelve milagro, rayo loco, evaporación incontenible.

Capítulo 12

Resultaron infructuosas las tentativas de Moisés Mandala para lograr convencer a Demóstenes Carrillo de participar en el pacto. Demóstenes volvió a desaparecer, negándose por todos los medios a sostener una entrevista con el presidente. No quería hacer el papel de mediador o de cabrón, como le había dicho. Ya estaba demasiado viejo para aquello y deseaba tener algunas satisfacciones de tranquilidad y placer a sus sesenta y cuatro años. Ni siquiera tenía una amante, una hija que lo quisiera, y de la política ya había empezado a asquearse después de conocer buena parte de sus laberintos, de sus negocios sucios. Pero no iba a confesarle todo ello a Mandala. Simplemente se concentraría en lo suyo, adquiriendo otra casa más cómoda para vivir con Estefanía. También tenía la intención de adoptar a un niño o niña. Tenía que tomarse su tiempo, invertir bien su dinero y adquirir el restaurante que siempre había deseado hacer trabajos menores, asesorías económicas en Colombia, México o Miami. Se mudó por un tiempo a Miami, donde era propietario de un apartamento. Allí había invitado a Estefanía a pasar unos días, pero la muchacha aún no aceptaba su oferta.

Mandala no podía dar marcha atrás a sus proyectos con la nación del norte, y dispuso de todo para preparar el encuentro con el presidente James Reynolds. Dio órdenes precisas a su secretaria privada Corina. Empleando su acostumbrada eficacia ejecutiva, Corina consiguió la cita antes de lo esperado.

Quería ultimar detalles referentes a la importante reunión. Mandala ya había hablado con algunos miembros de su gabinete al respecto. Pero no tenía un respaldo total, ni siquiera tenía una mayoría; no poseía ahora ni un cincuenta por cierto del apoyo popular, pero proliferaban los partidos políticos pequeños de signo neoliberal, cuyo denominador común era la consigna del "progreso", del mantenimiento de una democracia que nunca daba respuestas concretas a problemas urgentes, pero era invocada siempre como modelo necesario, lo cual comportaba una contradicción perenne, relativamente fácil de mantener.

Hasta ahora los problemas se habían multiplicado en todo sentido. ¿Por qué entonces se continuaba protegiendo el mismo modelo de vida, el mismo formato? La respuesta era sencilla pero atroz. Mantener el mismo estado de cosas permitía repetir el esquema democrático a través de elecciones cada cinco años; elecciones que más allá de convalidar una democracia, lo que hacían era cambiar presidentes de un mismo signo, presidentes de poco carácter y escasa capacidad ejecutoria, identidad política nula, gobernantes manipulables por las megacorporaciones.

Mandala era uno de ellos. Elegido por un margen ínfimo de votos en las últimas elecciones, su poder se tambaleaba ante las solicitudes de las comunidades que semanalmente salían a hacer sus marchas o huelgas, y estaban poniendo a su gobierno en jaque.

El embajador se comunicó con la secretaria de Estado, Minnesota Green, en Washington, dispuesta a negociar los términos de la entrevista. Un par de llamadas fueron suficientes. Minnesota Green esperó a Moisés Mandala en la Casa Blanca. Mandala simuló ir en un viaje de rutina a firmar un nuevo tratado comercial de importación de automóviles; de hecho, eso fue lo que anunciaron los medios.

Minnesota hizo una sólida antesala al presidente James Reynolds para concertar la reunión, que se efectuó sin ningún percance en los salones de la Casa Blanca. Moisés Mandala llegó temprano a la reunión con el presidente norteamericano. Reynolds lo estaba esperando con

ansiedad. Lo acompañó por los suntuosos espacios de la residencia, hasta llegar a su despacho privado. Se pusieron cómodos.

Mandala le explicó a su homónimo estadounidense la situación de las huelgas y marchas comunales en todo el país; le explicó los movimientos concretos de la oposición socialista venezolana, y aunque la tendencia de los militares era de apoyo al gobierno de Mandala, no podían impedir las marchas pacifistas. Estimularon en cambio otras marchas en apoyo abierto a Estados Unidos como nación benefactora de la Paz, la Democracia y la Libertad, así, con mayúsculas. Si ocurría algo inesperado, si los movimientos comunales se ponían fuera de control o se mostraban violentos, entonces entraría en acción el poderío militar de Estados Unidos, con sus misiles teledirigidos de alta efectividad, dispositivos hasta ahora infalibles. Tácticamente, explicó Reynolds, la invasión entraría por las refinerías petroleras de la península de Paraguaná y por la costa oriental del lago de Maracaibo. El primer ataque sería naval, a través del teatro de operaciones de la Armada Norteamericana en las Antillas, y luego irían ocupando sitios claves ayudados por los bombardeos de misiles para controlar las principales ciudades.

—¿Quedó claro, presidente Mandala? –inquirió el presidente James Reynolds.

Moisés tragaba fuerte. Minnesota Green le sirvió un vaso de agua. Luego uno de *whisky*.

—Tranquilo, presidente Mandala, que todo va a salir bien. Así son estas cosas. Hay que enfrentar la situación con nervios de acero. Tendremos el control de la situación, así como lo hemos hecho en Afganistán, Irak, Libia, Siria e Irán. Mire usted que hasta ahora no hemos fallado en nuestros objetivos –dijo Minnesota.

—Aquí en América es diferente –alcanzó a decir Mandala–. Otros países pueden tener respuestas antagónicas.

—Eso ya lo hemos discutido –refirió Reynolds–. Una vez que estos grupos estén reducidos en Venezuela, servirán de ejemplo a los de otros países, que son menores que los de su país. Recuerde que Colombia, México, Perú, Chile y Guatemala se identifican con nosotros.

—¿Qué me dice de Argentina y Brasil? ¿Qué me dice de Bolivia, Ecuador y Nicaragua?

—Ellos van a evitar meterse en este lío, se lo aseguro. Siempre hay un margen de dudas en todo esto, Mandala, tendremos que arriesgarnos. Venga, pasemos ahora al jardín. Ahí tomaremos unos tragos y unos aperitivos antes de ir a almorzar –dijo Reynolds, conciliador.

Caminaron hasta un jardín donde había una glorieta y allí se sentaron en unos muebles de bambú a aguardar que un mozo les sirviera los tragos. Empezó a sonar una música de fondo, la llamada muzak, surgida como contraparte de la estridencia, del aluvión de sonidos producidos por los estéreos de *rock*, *hip hop* y todo tipo de sonidos *tech*. La muzak se difundía mucho en consultorios médicos o dentales, ascensores, salas de espera; su objeto no es que las personas escuchen o se concentren en la calidad de la música, sino que esos sonidos los conduzcan a espacios vacíos, sonidos sedantes, calmantes, que a la larga causan impotencia en los hombres y frigidez en las mujeres. Lo que fluía por los pequeños amplificadores ocultos era una mezcla de Beethoven y Mozart, diluida en un estilo ecléctico impersonal, desde algún lado del jardín donde se apreciaban esculturas de inspiración romana, Venus descabezadas cerca de una fuente, plantadas sobre una grama podada de manera simétrica, con racimos de flores bordeando buena parte del espacio.

No permanecieron allí más de media hora, volviendo una y otra vez sobre el mismo tema con diferentes palabras. Apenas terminaron los tragos en el jardín, pasaron a un salón-comedor donde había otros invitados, autoridades diplomáticas que les acompañarían en el almuerzo. Diez personas hablaron durante el almuerzo de generalidades, como el clima, el frío, la Navidad, la moda, las películas, sitios de aquí o allá; se relajaron con sendas copas de vino y un estofado de pavo con ensalada y papas. Tomaron café y luego se dirigieron a sus respectivos autos, cumpliendo con los debidos ritos del protocolo.

Mandala fue conducido a una residencia especial para presidentes, en la cual descansó hasta entrada la tarde; después salió a caminar por Washington acompañado del embajador Walter Smith. La nieve caía sobre los árboles, las casas y los parques, formando cúmulos por todas partes, hasta conformar un paisaje desolado; los autos y la gente parecían puntos borrosos moviéndose en el espacio. Apenas los avisos luminosos de los comercios donaban sus luces difusas a la densa niebla, titilando tímidamente. Mandala y el embajador Smith entraron primero a un bar y después decidieron ir a un club donde había chicas,

jóvenes alegres y divertidas que podían acompañarlos y hasta tener sexo con ellos, si alguno lo deseaba.

Mandala estaba entusiasmado con la idea. El lugar era ciertamente relajante. Se acodaron a una cómoda barra a compartir nuevos whiskies y luego invitaron a unas chicas a acompañarlos en un espacio más reservado. Una rubia y una pelirroja se sentaron al lado de los altos funcionarios a servirles tragos, a coquetearles y besarles. Mandala pudo calibrar bien el rostro de una rubia joven que le ofrecía sus caricias, sus ojos azules y aquella cascada de cabellos dorados, un cuerpo como una fruta inmensa, aquella sonrisa que dejaba ver unos labios y unos dientes perfectos.

Sus preocupaciones volaron lejos y se sintió poseído de una alegría suprema.

Capítulo 13

Había estado cayendo una pesada llovizna sobre la ciudad desde la mañana. El aire estaba cargado de partículas adherentes que dejaban una extraña sensación en la piel; un hollín finísimo se metía en los poros y los ensuciaba, acompañado de una humedad agobiante que producía fatiga. Los automóviles se apiñaban en las avenidas como animales de metal, despidiendo el humo maloliente de sus máquinas, mientras, dentro de estos, los conductores disfrutaban del aire acondicionado. Los vidrios parabrisas de los autos se empañaban con el vapor, dificultando la visibilidad, lo cual hacía que los conductores bajaran los vidrios laterales de los autos para poder guiarse entre las atestadas avenidas. El monorriel cruzaba buena parte del espacio aéreo dejando oír su traqueteo veloz, un intenso sonido metálico, vertiginoso que se repetía en todo el espacio de la urbe.

Cuando el día amanecía así, la gente apenas salía de sus casas u oficinas. Pero Demóstenes Carrillo hizo caso omiso del mal tiempo, y se preparó a acudir a la cita con Rodolfo Pacheco. Se vieron en un café en la zona este de la ciudad, un lugar poco concurrido donde pudieron ubicarse sin ser interrumpidos. El mesonero les llevó unas cervezas; encendieron sendos cigarrillos antes de iniciar la conversación.

—Entonces, tú piensas que esa alianza se puede hacer –inquirió Demóstenes Carrillo.

—Sí, maestro, sí creo, el terreno ya esta bastante despejado ahí –respondió Pacheco–. Lo que hay que hacer son los pagos puntuales a esa gente y yo te aseguro que el negocio es factible, se puede hacer sin mayores contratiempos. Yo ya me entendí con una gente ahí en la aduana, y la entrega de mercancía no va a tener problema ninguno.

—Bueno, hasta ahora no me ha ido mal contigo, Rodolfo. Necesito por ahora una lista de los amigos participantes y de cuánto se les va a pagar a cada uno de ellos. Tenemos que fijar fecha para la entrega de la mercancía, para la gente que la va a transportar hasta aquí.

—Justamente aquí la traigo –respondió Rodolfo, y se inclinó para extraer de su maletín una carpeta, que entregó seguidamente a Carrillo.

Carrillo abrió la carpeta y comprobó el contenido. Ahí estaban los nombres y las cifras en cuestión. Ahora tendría que acompañar a Rodolfo Pacheco a la aduana a conocer personalmente a los funcionarios que iban a ser sobornados para que la operación tuviera un éxito completo.

—Si usted quiere, doctor –dijo Pacheco–, para la próxima semana pudiéramos ir a La Guaira a visitar a los amigos que nos van a apoyar en esto, para que los conozca personalmente.

—Sí, claro, no hay problema. Si quieres acordamos de una vez el día en que vamos a bajar a La Guaira.

—¿Puede ser el jueves?, si no tiene usted inconveniente.

—Perfecto –dijo Demóstenes.

El diálogo fluyó, pero ninguno de lo dos hombres tenía plena confianza en el otro. La suspicacia era ley en ese negocio, la carta marcada, la mano zurda. En un mundo montado sobre trampas, cada una de ellas surgía como algo estimulante, excitante. Estaban a punto de llegar a un acuerdo, pero este no acababa de cumplirse porque dentro de cada uno de ellos había otros acuerdos con otros grupos mafiosos en distintas direcciones.

Tanto Pacheco como Carrillo eran expertos en navegar por la Red Intraespacio, la cual penetraba el mundo privado de cada individuo, pescando datos en redes elementales como Facebook, donde podía avanzarse en la investigación de organizaciones mafiosas que se movían

persona a persona, directamente, sin intermediarios. Apenas se usaban teléfonos para concertar citas y hacer las transacciones en dinero efectivo, preferiblemente, pues los depósitos en cuentas bancarias eran relativamente fáciles de intervenir con la ayuda de los hábiles *superhackers* y las nuevas generaciones de geniecillos del ciberespacio.

No podía sospechar Demóstenes Carrillo que Rodolfo Pacheco planeaba manipular a dos integrantes de la familia Steinberg; mucho menos, Pacheco que Demóstenes se diera el lujo de despreciar al mismísimo presidente de la República. Ahora los estaba vinculando un simple negocio de contrabando de chips informáticos de alta tecnología, chips de última generación que se estaban produciendo a gran escala en Silicon Valley; se ponían a engordar unos pocos meses en depósitos, y luego se esperaba el momento oportuno para venderlos a altos precios en el mercado cibernético.

—¿Qué más hay por ahí, doctor? –preguntó Pacheco.

—Siempre aparecen cositas interesantes –respondió Demóstenes.

—Sí, siempre hay buenos platos en el megamercado –confirmó Pacheco–, trabajitos que le pueden aliviar la vida a uno sin muchos problemas.

—Así es –afirmó Demóstenes–. A estas alturas del campeonato la vida hay que tomársela con calma… Los tiempos que vivimos se han vuelto muy complicados. ¿No te parece, Pacheco?

—Así es, doctor. Usted lo ha dicho.

—Toma tus precauciones, Pacheco, mira que esa vaina de la droga está cada día más complicada. Te pueden meter en peos enormes y ni te das cuenta…

—Me lo va a decir a mí, doctor, que soy consumidor. Cuando uno se vuelve consumidor las vainas se le complican más, pero qué se le va a hacer… Yo no trabajo en ese ramo, doctor, consumo pero no trafico, puedo decir que estoy limpio en ese sentido.

—Me alegra oír eso, Pacheco, porque el negocio directo con la droga nos puede enchavar negocios mejores.

—Pierda cuidado, doctor, si hay algo en lo que pueda serle útil, estoy a la orden, usted sabe.

—Eso lo hablamos después, Pacheco. Ahora vamos a concentrarnos en lo del negocito de los ciberchips.

—De acuerdo, doctor, de acuerdo. No se diga más.

Capítulo 14

Estefanía Hernández hacía *zapping* con el control remoto y no encontraba en el megaplasma un programa que la complaciera. Acostada en la cama con su pijama de seda sintética, mordía galletas de chocolate y sorbía con pitillo una gaseosa. Sus pies blancos, sus muslos torneados, sus cabellos rubios, sus ojos verdes y su juventud toda se volvía un delicioso capricho fingido que era atendido de manera eficiente por su madre, Matilde. La señora atendía a su vez a una perrita pequinesa que iba todo el día correteando de aquí para allá y de allá para acá, se montaba en sillas, muebles y cojines, se hacía pipí en las alfombras y era alimentada eventualmente en platitos con galletas saborizadas especiales.

Lo cierto era que Estefanía se aburría, y a veces su tedio era imposible de controlar, para lo cual doña Matilde encontraba toda clase de salidas: ir de compras, hacerle pequeños obsequios, mimándole e intentando proveerla de ensueños; le hablaba de casas perfectas, de viajes maravillosos. Estefanía no era tan tonta como parecía, se hacía la boba para conseguir sus objetivos, cansada como estaba de recibir elogios, obsequios y bondades de hombres que la veían como a una presa erótica, como el trofeo máximo de algún campeonato sexual. Se dejaba llevar para conocer a su modo las mentes de otros, de quienes obtenía

informaciones y datos de primera mano, enmascarando todo con sus gestos de felina y su suave voz gatuna, que entraba como una caricia en la libido de los hombres.

Presionó el botón de los canales en el control del megaplasma hasta detenerse en uno donde apareció la imagen del presidente de la República dirigiéndose a la nación, subrayando las ventajas que tenía una alianza con los Estados Unidos de América, una alianza que traería más prosperidad y más progreso para Venezuela; lo contrario del caos que imperaba en el mundo árabe o en aquellos países donde se había ensayado el socialismo o el comunismo, recalcó Mandala.

—No le creo ni una palabra a este señor –dijo Estefanía–. La verdad es que me cae gordo este Mandala, me da grima, me da de todo, te lo juro, mamá.

—¡Pero, hija –respondió doña Matilde–, ¡ese es el presidente de la República, y él debe saber lo que le conviene a nuestro país!

—Pues yo no le creo nada –respondió Estefanía–. Demóstenes se le ha estado escondiendo, él cree que yo no lo sé, pero yo sé que Demóstenes no quiere nada con él.

—¿Hija, qué dices? ¿De dónde sacas todo eso, hija, por Dios!

—Todo el mundo cree que soy tonta, mamá, que no me doy cuenta de nada, pero yo sé que Demóstenes negociaba con este horrible tipo que está ahora en la presidencia, y esa es una de las razones por las que todavía no me decido por él.

—¡Pero, hija! –exclamó Matilde, lanzando un suspiro grande, casi desmayándose. No se esperó nunca Matilde una salida así de su hija. Se mantuvo un rato atónita, sin saber qué decir. El discurso de Moisés Mandala en televisión solo lograba producir bostezos en Estefanía.

—¡Miren que cara tan fea! –gritó Estefanía, oprimiendo el botón en el control que le permitía acercar y fragmentar la imagen. Después se enfocó en la boca del presidente, para seguirse burlando.

—¡Pero, hija, te has vuelto loca! ¿Qué es lo que te sucede?

—Estoy harta, mamá, estoy harta de toda esta farsa. De este presidente, de este país, de … todo. ¡Ya no aguanto más!

—¡Dios santo, qué te está sucediendo! –exclamó Matilde, y cayó desmayada en la alfombra del cuarto. La perrita pequinesa corría hacia todos lados, nerviosa, dando pequeños ladridos y orinándose en las patas de las sillas.

—¡Perra fastidiosa! –se rebeló Estefanía–. ¡No sé cuándo va a haber aquí un perro de verdad! ¡Quiero un perro de verdad! –gritó, ahuyentando al animal y dirigiéndose a su madre, a la que tomó por la cabeza para reanimarla, dándole aire con un abanico.

Matilde abrió los ojos y su hija la ayudó a recuperarse, sentándola en la cama; le buscó un vaso de agua y le dijo palabras dulces.

—Era una broma, mamita linda, ya cálmate –le dijo, poniendo otra vez cara de niña tonta.

—Escúchame lo que te voy a decir, mamá, por favor…

—Hija, por favor, no sigas…

—Mamá, es bueno que sepas que no soy una estúpida. Ya estoy cansada de que me vean como un bombón que ve todo el día el megaplasma y espera al príncipe azul, que al final resulta ser un viejo barrigón. Veo lo que está pasando en el país y la verdad es que no me gusta nada. Allá afuera hay jóvenes haciendo huelgas, gente muriendo de hambre, gente organizándose en comunas, y nosotras aquí encerradas en una torre de cristal, de marfil o de lo que sea… Mamá, quiero ser una persona útil, quiero ganarme las cosas por mí misma. Tengo un diplomado, y cuando papá murió tú te empeñaste en que yo no trabajara y me obligaste a que viviéramos del alquiler del otro apartamento en la playa y de tu jubilación de maestra, pero las cosas se han puesto tan duras que estamos a punto de perder el apartamento de la playa por lo de la fulana hipoteca, ¿crees que no lo sé? Me he hecho la tonta hasta donde he podido, mamá, pero la verdad es que ya estoy cansada de todo esto. No te quiero decir más. La muerte de papá me afectó mucho, él era mi símbolo, él era mi ejemplo, un padre trabajador, un padre que le dedicó la vida a una causa, trabajó duro para dejarnos estos dos apartamenticos, uno para que viviéramos en él y otro para que viviéramos de él. Tú no estás tan vieja, mamá, tú eres una mujer joven todavía y puedes dedicarte a algo bonito, a algo útil. Yo también quiero dedicarme a algo útil, puedo enseñar cosas buenas a los niños, pues para eso saqué ese diplomado en Educación Infantil, que no va a ser para colgarlo en una pared. Me voy a quitar esta ropa de muñeca y me voy a poner a trabajar, y espero que me entiendas. ¿Me prometes que lo vas a intentar, verdad, mamá?

La señora Matilde Hernández prorrumpió a llorar. Fue un acceso de llanto donde se mezcló la culpa, la tristeza, el dolor y la ternura.

Matilde abrazó a su hija y el llanto de ambas se unió en un solo gesto de entendimiento. Estefanía al fin había sido sincera consigo misma; su madre había escuchado aquel torrente de cosas que habían estado represadas largo tiempo. Matilde le dio un beso de buenas noches a su hija y se dirigió a su dormitorio. Los ojos de ambas se cerraron casi al unísono, cuando los relojes estaban marcando la 1:45 minutos de la madrugada.

Capítulo 15

Muchas comunidades del este de Caracas, en el municipio Chacao, habían apoyado la iniciativa de la marcha, creyendo acaso que se trataba de un evento más. Juan Pablo había tenido mucho cuidado en el momento de solicitar los permisos, haciendo creer a las autoridades del municipio que se trataba de un evento puramente ecológico, sin mayores repercusiones sociales. Lo había logrado manejando la táctica del bajo perfil. Aquel era un municipio donde se habían desarrollado las primeras ideas de Nikolas Kai, en el famoso búnker que tenía allí, donde había conocido a Juan Pablo, le había narrado sus primeras experiencias y enfrentando con él cualquier tipo de corruptelas y negociaciones fraudulentas fraguadas en la alcaldía.

Lo que no sabían en Chacao ni en otros distritos de la ciudad era la magnitud de los participantes y la imagen mediática que iban a proyectar. Se habían propuesto una tarea comunicativa de grandes proporciones, dotándola de contenidos simbólicos y semánticos de alcance. Nikolas Kai era el artífice de ese proyecto comunicacional, a través del cual el equipo se había venido conformando: José Rubén Lara, Cayena Jiménez, Juan Manaure, Aymara Sosa, Víctor Manuel Tovar, Nicolasa Arenas, Ana Livia Risco, Abel Tristán, Juan Pablo y

Sara Amarilis, junto al poder estudiantil, campesinos, profesores y activistas de Estados Unidos, Francia, España, Brasil, Ecuador, Cuba, India, Bolivia, Argentina, Nicaragua y representantes de otros países habían viajado a Venezuela, costeando la mayoría de ellos sus traslados. Estaban ahora en Caracas ingresando por varios costados de la ciudad, hasta converger en el Parque Francisco de Miranda.

El día fijado para la Cumbre Verde amaneció gris. Una llovizna pertinaz caía sobre el valle de Caracas y en la mayor parte de las regiones de Venezuela. En algunos estados, la lluvia se convirtió en aguacero y en otros en tempestad, con lo cual los ríos crecieron y se desbordaron creando inundaciones, y ello obligó a las autoridades del Ministerio del Interior a tomar medidas de seguridad para auxiliar a las familias damnificadas. Truenos y relámpagos se percibían en el valle, con una atmósfera saturada de descargas eléctricas; la concentración de monóxido de carbono se hacía más intensa, y mezclada a la evaporación de agua, producía un sopor ofuscante, un cambio profundo en la atmósfera, creando todo tipo de reacciones alérgicas e irritaciones en la vista y la garganta.

Se hizo complicado lograr el flujo de personas que iba a acudir a la gran reunión. Vanguardia Ética había programado viajes simultáneos de los grupos invitados al Foro Verde desde distintos puntos. Loma de León, Energía Verde, Vía Campesina, Foro Alternativo, Amigos de la Tierra, Ocupemos y Vanguardia Ética habían formado comisiones operativas para conducir a los participantes en el Foro hasta el parque Francisco de Miranda. Sostuvieron una reunión para tratar los temas propuestos. Además de los tópicos centrales, se abordarían otros asuntos que se habían deslizado a propósito de la crisis terminal que estaba viviendo el capitalismo de Estado en medio de la llamada modernidad líquida, del estado de contingencia permanente de una sociedad caracterizada por la velocidad, la fluidez y la obsesión por el cambio. Entre los temas propuestos se contaban:

1. Ser moderno, después de haber sido posmoderno, transmoderno y neomoderno significaba tener una identidad cambiante, mutante, una identidad narcisista, una suerte de espejismo de posibilidades indefinidas en un "orden" social convertido en una especie de laberinto de espejos, o como había dicho algún filósofo, "la mayor discontinuidad en la historia de la humanidad". Casi todos concordaban en estar

viviendo una realidad que era mas bien una irrealidad política polarizada, como la que pretendía protagonizar el gobierno de Estados Unidos, estimulando una forma de vida que carecía de centro, signada por el paradigma de los aparatos y de las formas de entretenimiento veloz, una sociedad que había convertido a las cosas en productos y a los productos en quimeras efímeras.

2. La cultura de la mercancía había llegado a su cúspide y la mercantilización del conocimiento se expresaba en los acabados productos culturales que se transmitían por televisión. Los megaplasmas anidaban en cada hogar, en cada sitio público; los inmensos monitores eran síntesis avanzadas del *Big Brother* imaginado por George Orwell en su famosa novela *1984*, los cuales se enseñoreaban como el refinado producto que había suplantado libros, revistas y publicaciones impresas, creando alianzas con redes digitales, electrónicas, inalámbricas, teléfonos y computadoras personales de todos los tamaños y formatos para instaurar un mundo de tarjetas, chips, códigos, sensores, respuestas digitales y virtuales que habían convertido el lenguaje hablado en una jerga saturada de neologismos, de términos neuróticos que invadían el ciberespacio y la ciberesfera del conocimiento, hasta un punto en que ya había desaparecido casi por completo la educación presencial.

3. Las universidades ya habían vivido su ocaso, los profesores no cumplían funciones educativas sino empresariales; el capitalismo universitario había ideologizado la transmisión de saberes hasta inutilizar a la antigua epistemología. Los objetivos de la filosofía habían desaparecido en aras de un pragmatismo galopante, que convertía a todo en producto vendible o comprable, consumible o mercadeable, con lo cual el arte se había desplazado hacia la publicidad, haciendo del diseño el oficio más rentable dentro del reino del comercio. La serialización de los productos y su consiguiente clonación o duplicación había dado origen al reino de la piratería industrial alternativa, la cual había llevado a la quiebra a innumerables empresas y creado otra fuerza de trabajo ficticia, adherida como otra piel a la realidad económica, despojándola de sus valores inmanentes. En un mundo de precios y marcas, de truco y engaño, la estafa estaba a la orden del día, propiciando lo ilícito como un estimulante, donde el ingrediente del peligro representaba algo excitante: de ahí la permanente necesidad de usar drogas para transgredir el mundo establecido de lo familiar, de lo convencional o lo racional.

Justamente el imperio de lo irracional había nacido y crecido de modo tan saludable que era el universo preferido del mercado, y alimentado por este a través de consumidores compulsivos.

4. Se demuelen casonas solariegas, parques, jardines y áreas verdes para construir allí edificios de apartamentos, rascacielos, torres empresariales, hoteles de lujo, mansiones exclusivas para empresarios, industriales, estrellas de cine, cantantes, modelos, deportistas o políticos, cuyos paradigmas de vida se tienen por exitosos, triunfadores, protagonistas de una vida de placeres, diversión, bienes de fortuna, clubes, bares, restaurantes, yates, *chalets*, *spas*. El estilo de vida de los famosos se divulga por infinitos canales de televisión a través de los megaplasmas, las redes de Internet e Intranet, teléfonos, videos, cine, revistas, imágenes virtuales, digitales y electrónicas. Una gran parte de personas ve como estos supuestos triunfadores han llegado a la cima y están ahí para ser admirados, adorados, aclamados, deificados y por supuesto adquiridos por todo lo que producen a través de su voz, expresiones, capacidad histriónica, destrezas físicas. Los dispositivos electrónicos más avanzados se emplean principalmente para difundir a estos ídolos, personas que son vistas como semidioses reverenciados, adorados, objetos de documentales, libros, biografías, discos o videos que se reproducen constantemente por empresas de comunicación en estudios de grabación y cine. Ciudadelas se instalan en cada país para hacer allí réplicas filmadas de la vida o de lo que suscita la vida en la imaginación de escritores y guionistas, para realizar en ellas imitaciones de la existencia; ficciones de escritores, artistas y arquitectos que tomarán cuerpo en actores, diálogos, ambientes, escenografías o estudios para producir allí todo tipo de argumentos y tramas extraídas de la fantasía de escritores, y luego toman concreción en producciones cinematográficas que dan origen a tragedias, comedias, tragicomedias, recreaciones históricas, relatos de suspense, drama, acción, erotismo, terror, anticipación y ciencia-ficción, donde militares, héroes, detectives, policías, alienígenas, soldados, asesinos, enfermos mentales, políticos, gerentes, jugadores, mártires, santos, poetas, todo sale de esas máquinas de sueños instaladas en vastas zonas edificadas en villas que tienen sus propios códigos, leyes y referencias, y se abastecen como industrias paralelas autosuficientes de entretenimiento, espectáculo y diversión, que no necesitan más que de espectadores que las consuman

sin cesar. Producen dependencia, son drogas sensoriales que ocupan la mente y colman el cuerpo de una satisfacción aguda que produce adicción, y esa adicción produce placer instantáneo, sumisión, enajenación, debilidad mental, apagamiento progresivo de la libido, desviación sexual, sadismo, masoquismo, alteración neurótica, deseos irrefrenables de comer, beber, fumar, ingerir drogas, tener sexo, produciendo asco, compulsión, vacío, deseos de asesinar, suicidarse, morir. Porque también la muerte puede ser un aliciente.

5. Los viajes a los paraísos artificiales pretenden sustituir la crudeza de la realidad, duplicar la realidad visible para huir de ella, no para comprenderla. El valor de lo ancestral, del acercamiento directo a los organismos naturales queda en un plano secundario frente a lo inventado, frente al poder reproductor del aparato o la máquina, el dispositivo de última generación. En todo caso, la atrofia de la educación es uno de los signos más evidentes, conjugado a la reducción de la cultura a un plano económico, donde resalta el fenómeno del capitalismo universitario y la consecuente atrofia de la capacidad crítica; las religiones y sus dioses están integrados al Estado, que es una suerte de ogro que todo lo devora. Los dioses, que en teoría pueden hacernos libres y religarnos al anhelo cósmico, son absorbidos por el Estado-Iglesia y no irradian poder, quedándose en un plano de meras imágenes abstractas. Así, la religión instituida mata a la razón, no la emplea para superarse. Se crea así la sujeción del entendimiento a un Estado dominante que pretende ejercer un poder omnímodo sobre las personas, trata de formatearlas a su modo y presiona sobre la individualidad de cada quien para que se comporte como el Estado quiere que se comporte. Al disponer los partidos políticos sus mecanismos de control y de marcar pautas para ejercer el poder, se crea a su vez un pensamiento rebelde, un pensamiento libre de ataduras, un pensamiento parecido al de la poesía que desea expresar con voz profunda el drama de lo humano pero no puede, acostumbrado a un medio que santifica a la tecnología y hace del dinero una eucaristía.

6. El mar visto como un basurero universal inerte. Ciudades que expulsan sus desechos y aguas servidas al mar, a través de ríos, de corrientes de arrastre que se vuelven transportadoras de podredumbre. A ello se agregan motores de navegación que producen desechos de combustión, con carburantes que se disuelven en las aguas, y los derrames de petróleo

de los buques cisterna que superan los diez millones de toneladas de petróleo crudo anuales. A su vez, gigantescos barcos de pesca, fábricas a bordo que elaboran conservas, harinas y aceites que luego vierten residuos y contenidos orgánicos en grandes volúmenes para luego descomponerse en las aguas. Otros son barcos de basura química que descargan sus materias, algunas radioactivas, en las aguas, provocando la muerte de arrecifes coralinos, marismas, manglares, bosques marinos y praderas oceánicas. Por su parte, la pesca con cianuro y la pesca con dinamita destruyen arrecifes coralinos, bancos y huevos de peces. La marina mercante comercial produce gases letales para el mar, la llamada minería marina de la empresa privada usa tecnología de avanzada y robótica para perforar el fondo del mar y obtener minerales onerosos como oro y plata, dragando y removiendo inmensas extensiones de arena y tierra, en busca de los codiciados minerales y dando muerte a la flora y a la fauna marinas; se lavan miles de toneladas de materiales y se los asciende por tuberías hacia los barcos. La pesca de arrastre emplea redes de longitud kilométrica para barrer los bosques marinos, quitando el alimento a la fauna en las profundidades. El aumento del dióxido de carbono y de los ácidos en el océano destruye los corales y ataca el sistema nervioso de los peces. El mar ha comenzado a perder su oxígeno, percibido en los malos olores que pueden detectarse en cualquier costa. Lo peor es la acción de los plásticos: inmensos volúmenes de bolsas plásticas invaden los fondos marinos y son ingeridas por peces, tortugas, cetáceos, escualos y focas que mueren al obstruirse su aparato digestivo. Es famoso el caso de una ballena cuyo estómago fue taponado con una bola de plástico de cincuenta kilos. Todo ello ha sido agravado con los lanzamientos de cadáveres al mar y los hundimientos de buques, aunado a las explosiones causadas por bombas, torpedos y experimentos nucleares y militares. Todo esto se traduce en nuevos focos de infección y en permanentes desastres que deben ser detenidos cuanto antes.

7. La proporción de crecimiento en la tasa de natalidad es enorme en este año 2050, con respecto a lo que los estados podían hacer para procurar a sus habitantes pan, techo, educación, salud, servicios y empleo. En realidad, la sociedad no estaba preparada para ello; más bien para lo contrario: para expulsarlos, corromperlos, juzgarlos, apresarlos, exilarlos, drogarlos o abandonarlos a su suerte, pues el excedente de estos entorpece el buen funcionamiento del aparato estatal, el cual

necesita solo de obreros, asalariados y empleados, y el aparato administrativo solo requiere de funcionarios, burócratas, ejecutivos de ventas, publicistas y diseñadores que permitan crear figuras altamente simbolizadas, como es el caso de los ídolos mediáticos, deportistas, cantantes y actores de cine proclamados por la boyante industria como las máximas figuras a adorar, mientras detrás de todos ellos la banca y las empresas financieras se encargan de dotarlos de premios y facilitar todo el dinero que necesiten las empresas cinematográficas para sufragar sus onerosas producciones.

8. En el caso de Venezuela, se trata de un país con un subsuelo rico en petróleo y minerales, de energía fósil que puede convertirse en combustible, electricidad y también en el objetivo estratégico de naciones poderosas que no cesan en su empeño de perpetuar el esquema de los antiguos imperios europeos como el Imperio romano. El Imperio romano se replica en los Imperios francés, inglés, español, portugués o alemán y después en el Imperio estadounidense que, bajo el formato moderno de democracia representativa y de alternabilidad en el ejercicio del poder cada cuatro años, puede repetir cómodamente su esquema de dominación, a través de pactos precisos con partidos políticos afectos. Venezuela es, en el año 2050, un país en el mapa de América con una historia ciertamente heroica en las luchas por emanciparse de los poderes seculares de Occidente, desde los tiempos de los conquistadores en los siglos XVI y XVII, luego en el siglo XIX con las Guerras de Independencia y las Guerras Federales, y en el siglo XX captado primero por una democracia representativa y luego por un proceso hacia al socialismo que desea encarnar una revolución, la cual es lamentablemente destronada por un proceso electoral fraudulento de la derecha, el cual desemboca en el intento fallido de democracia neoliberal.

Estos eran algunos de los temas que circulaban en las conversaciones de los participantes en el Foro Verde. De aquí saldrían algunas propuestas prácticas para articular los movimientos sociales, las acciones dirigidas a los ciudadanos para hacerles ver el momento que estaban viviendo y despertar en ellos el sentimiento de lo comunitario. Para ello, contaban con un plan didáctico circulante que iría de comunidad en comunidad, de barrio en barrio, de casa en casa, para crear una conciencia colectiva, con la ética y la ecología como norte. Tenía que pasar de ser una utopía para convertirse en algo palpable.

Fueron llegando al Parque desde el mediodía. Había un colapso eléctrico reciente en el monorriel, así que tuvieron que trasladarse en autos y buses públicos. La lluvia no cesaba. Se formaban largas colas de autos por trancas en el tráfico, se oían los estridentes corneteos y el ruido sordo de los motores recalentados que debían ser auxiliados con agua o ser apagados. La gente parecía asfixiarse en las unidades públicas de transporte que no disponían de aire acondicionado.

Llegaron en grupos de cinco, siete, diez personas. Fueron instalando carpas y habilitando espacios en locales disponibles, glorietas, bohíos, casetas vacías. Se reunieron y empezaron a integrar los grupos de trabajo; invitaron a los visitantes espontáneos al parque a acudir al evento y a participar en él. Los presentes comenzaron a interesarse e iban en aumento; otros se mostraron curiosos y se aproximaron espontáneamente. Se iban formando grupos de un modo más rápido del que esperaban. El Parque se fue llenando de gente que respondía de modo eficaz a las propuestas de los activistas. Pasaron a formar parte de los grupos de discusión, y de ahí a llegaron a conclusiones razonadas en cada uno de los temas. Se llevaron toda la tarde, y luego hasta altas horas de la noche. Juan Pablo Risco y Sara Amarilis estaban sorprendidos y conmovidos. Nikolas Kai estaba viendo los frutos de su trabajo. Juan Manaure y Aymara Sosa, llenos de entusiasmo, celebraban en secreto. José Rubén Lara y Cayena Jiménez mostraban su regocijo. Los activistas y estudiantes proclamaban el éxito completo del evento. Más y más gente se iba agregando a la discusión y haciendo propuestas prácticas para tomar las calles, realizar la marcha y ocupar los espacios públicos.

Todo estaba funcionando.

Capítulo 16

Luego de haber ganado las elecciones en 2045 por un escaso margen de votos frente al candidato socialista, Moisés Mandala llamó a las fuerzas de la derecha en el país para articular un Frente Nacionalista con ayuda de empresarios y comerciantes, de corporaciones trasnacionales aglomeradas en una Federación de Comercio e Industria; llamó también a alcaldes y gobernadores afectos, llamó al clero, a los militares y a los dueños de medios para conformar un bloque político y comunicacional y hacer frente a los movimientos comunitarios que se habían venido formando en los años anteriores a su mandato por el gobierno socialista, donde se habían aglutinado buena parte de las fuerzas trabajadoras y los movimientos vecinales, para conformar un parlamentarismo de calle hecho a través de consultas populares, informando debidamente a la población, organizando misiones para atender necesidades urgentes de salud, educación, atención a madres pobres y ancianos, creando en la gente un sentimiento de participación, a lo cual se le llamó democracia participativa, alejada del viejo concepto de democracia representativa manejado por el parlamento esclerosado del siglo xx, donde diputados y senadores poco hacían por las necesidades de la gente.

Tomando el aparato comunicacional del país, adquiriendo canales de televisión, diarios, corporaciones informáticas, casas editoriales e instituciones culturales, conformaron pronto una hegemonía comunicacional cuyos mensajes lograron convencer a buena parte de la población de las bondades de la política neoliberal, el libre comercio, la libertad de expresión, la pluralidad de pensamiento, riqueza, confort, progreso, respeto a la diferencia, buen gusto, éxito personal, competitividad, empresa privada pujante: todo un modelo a seguir para formar parte del primer mundo, del progreso planetario.

Sin embargo, la contraparte estaba ganada a la lucha para emanciparse de todos aquellos lugares comunes, de los estereotipos del progreso virtual, un progreso cuantitativo. Había que dar un giro completo, un giro de 180 grados, lo cual recibe el nombre de *revolución* para indicar un cambio radical en el estado de las cosas, una herramienta de lucha para conquistar otro espacio, es decir, un arma del ejercicio de la polis para lograr que funcionen espacios de sociedad y emancipación. Todo esto se satanizó en el gobierno de Mandala, todo lo que se asemejara a cambio, revuelta o disidencia, identificándolo con totalitarismo, dictadura, absolutismo, autoritarismo o anarquía.

La lucha comunitaria trataba de ocultarse por todos los medios, con el maquillaje del progreso democrático de la modernidad. La obviedad de lo moderno no necesitaba explicarse mucho: uso de aparatos y artefactos, autos, maquinismo exacerbado, hedonismo, esnobismo, moda, horóscopos, televisión, gastronomía, belleza cosmética, propiedades, publicidad, egotismo, excentricidad, narcisismo, todo lo que subraya la parte superficial de la existencia, lo cual terminó por imponerse con los medios de comunicación. En la mayoría de los megaplasmas se podían apreciar las noticias donde el gobierno democrático de Moisés Mandala celebraba alianzas con Estados Unidos. Cancilleres y funcionarios de ambos países firmaban convenios y tratados, anunciaban relaciones comerciales donde el principal rubro de Venezuela, el petróleo, pasaba a ser explotado por las compañías del país del norte. Los tratados de libre comercio se activarían y las relaciones entre ambos países llegarían a un punto óptimo. Mandala anunció nuevas medidas económicas con drásticas reducciones en las pensiones de vejez y jubilaciones, con el fin de hacer frente a la crisis global de los países principales del primer mundo que se estaba reflejando en Venezuela,

como parte del conglomerado de países aliados de Estados Unidos, los cuales iban a solventar sus problemas siguiendo las pautas de conocidos organismos económicos internacionales.

Moisés Mandala pensaba que Demóstenes Carrillo podía ser el hombre clave en llevar adelante una campaña publicitaria para cubrir esas necesidades de imagen institucional en pro de un gobierno fuerte, decidido, un gobierno capaz de hacer frente a los adversarios políticos que intentaran llevar al país al despeñadero del comunismo. Dinero no le iba a faltar. Ni a otros asesores. Carrillo últimamente estaba escurridizo, se estaba comportando de manera sospechosa. Pero de cualquier modo iba a llevar a cabo su campaña, con o sin Demóstenes Carrillo. El día en que Mandala anunció el nuevo paquete económico, la reacción popular fue impresionante: la gente se lanzó a la calle a protestar, promoviendo marchas y huelgas en distintos sitios de Caracas y el resto del país, que los medios de comunicación no pudieron ignorar, aunque desfiguraron los acontecimientos reales, presentándolos como movimientos anárquicos que deseaban desestabilizar al sistema o la paz social. En otros medios los hacían ver como unos criminales o desadaptados, infiltrados radicales pagados por gobiernos sanguinarios o comunistas.

Los huelguistas fueron contenidos. No se les permitió circular. Algunos de quienes se rebelaron fueron hechos presos. Como siempre, se caldearon los ánimos y se arrojaron piedras, se repartieron rolazos, se gritaron consignas y las fuerzas policiales lanzaron gases tóxicos para disolver las manifestaciones. Comenzó a llover.

La lluvia arreció y el tráfico automotor también. La ciudad de Caracas se volvió un caos. Las trancas en las autopistas se convirtieron en un laberinto donde autos, buses, monorrieles, motos, bicicletas, trenes y metros se confundieron con personas que salían de sus carros a insultar y a lanzar improperios contra lo que fuese. Megaplasmas públicos dejaban ver las imágenes de las huelgas y confrontaciones, satanizando a los manifestantes como rebeldes violentos, con lo cual el ambiente se saturaba más. Motorizados de tránsito recorrían las avenidas accionando las sirenas. Aumentaba la neurosis colectiva.

Moisés Mandala y el ministro del Interior salieron declarando que la situación estaba controlada, que los manifestantes iracundos deseaban generar zozobra en la población y ya habían sido reducidos, los

agitadores sociales no iban a poder generar violencia entre los ciudadanos decentes. Pero ya los ciudadanos estaban alterados, sufrían de una violencia interna generada por su convivencia con la propia ciudad, con aquella urbe donde los distintos tipos de guerra convivían en el inconsciente colectivo para forjar una suerte de psicosis, usada como método de gobierno. Una guerra que todos teníamos perdida de antemano. Una guerra informática, un puje mediático dominado por la velocidad, traducido en primer lugar en la velocidad a la que viaja la luz, las ondas electromagnéticas. El filósofo Paul Virilio, consultado por Nikolas Kai y Juan Pablo Risco y sus discípulos en los círculos de estudio, había denominado a estos "efectos dromoscópicos de la aceleración del vehículo", como si un paisaje fuese atravesado a gran velocidad por un objeto conducido. Así eran los desórdenes de la percepción estroboscópica de la información, de donde surge toda una confusión de las imágenes mentales con las cosas que vemos, y el mundo objetivo condiciona casi todas nuestras opciones de percibir la realidad, incluyendo en ello a la realidad política. La guerra informática fractura y accidenta la verdad de los hechos y la realidad del mundo, lo cual tiende a confundir verdad con realidad, y la aceleración de esa realidad hace que nuestros descubrimientos tecnológicos se vuelvan contra nosotros hasta un punto tan delirante, que se logra provocar *el accidente de lo real* a cualquier precio, ese choque frontal y dramático entre realidad y verdad.

Todas estas nociones presentadas por Virilio a finales del siglo xx se habían bifurcado en décadas posteriores hacia lo militar, hacia la militarización del conocimiento y de la información, llevando hasta el sinsentido una *logística de la percepción* que, apoderándose de objetivos militares, favorecía la victoria sobre el enemigo. Todo esto abonaba el terreno para la construcción de una nueva Torre de Babel dentro del lenguaje y las imágenes, un espacio de confusión para llevar a cabo la venganza de los Estados Unidos por lo acaecido en las Torres Gemelas del World Trade Center; una venganza que produjo la destrucción total de Irak y de la Biblioteca de Bagdad, para solo nombrar dos. Toda esa confusión babélica podía ser analizada con solo dar una ojeada al país el día en que Mandala anunció su alianza con Estados Unidos, las nuevas medidas económicas, coincidiendo con el día en que los activistas participantes en el Foro Verde se organizaban para hacer su declaratoria y tomar las decisiones respectivas.

Capítulo 17

Guillermo Steinberg se dirigía en su auto a su oficina. Esta vez le dijo al chofer que no lo necesitaba, que le daba el día libre y él mismo iba a conducir; tenía tiempo sin hacerlo y deseaba ir solo, pasear, vagar un rato por la ciudad, detenerse donde quisiera. Rosa Piñango lo estaba aguardando en una casa de Macuto, en el litoral central. Dio un vistazo a las calles de Caracas repletas de gente; no podía oír nada desde el interior del auto; cuando apenas bajaba el vidrio lateral percibía un murmullo sordo mezclado al sonido de máquinas, traqueteos, chirridos, bocinas, voces informes unidas a sonidos provenientes de monitores, megaplasmas, teléfonos, radios, estéreos, computadoras, muzak y música. El humo, la neblina, el esmog y la llovizna hacían de todo aquello un paisaje que obligaba a cada quien a mirar hacia sí mismo. Guillermo percibía que el mundo sensorial estaba siendo suplantado paulatinamente por el mundo virtual, que la mente de las personas, incluida la de él, estaba ganada para viajar a otra parte, a una suerte de limbo donde se situaba todo lo irrealizado; las potencias anímicas eran neutralizadas por una innovación permanente, por un impulso de una industria global que volvía obsoletos rápidamente a los artefactos cotidianos para mercadear otros nuevos: este era precisamente su trabajo,

aportar datos para lograr que esa innovación se convirtiera en inversión, tejiendo coartadas con el resto de las megacorporaciones para conseguir un mayor consumo de estas, y que ese consumo tuviera una identidad, es decir, que el espacio social estuviese ganado a la mercadotecnia. Esos eran los términos de los convenios con las otras empresas para tener clientes seguros (si era posible desde la niñez y para el resto de sus vidas), creando necesidades automáticas, al producirse una evaporación del interés real de las personas, de sus afectos, sentimientos o ideas, para ser suplantados con mensajes publicitarios, creando una identidad instantánea entre individuo y cosa, más allá del trabajo que pudieran hacer las instituciones educativas y el estado, más allá de lo que se propusiera la religión o la cultura.

Guillermo Steinberg sabía que en épocas anteriores se había estado trabajando fuertemente con las demás megacorporaciones en la idea del credicidio, la muerte de las creencias. Los grandes núcleos religiosos como el cristianismo, el judaísmo, el islamismo, el taoísmo o el budismo estaban siendo absorbidos por el poder del mercado; un mercado que cooperaba con la institución religiosa para obras benéficas o de infraestructura. La iglesia católica se adaptaba muy bien a estos formatos, siendo la institución religiosa que más dócilmente entraba al aparato productivo del Estado, dado el poder que ejercía sobre sus fieles a través de ritos dominicales convertidos más en deber social que en deber moral. El rito eclesiástico y sus oraciones comportan más una terapia personal que un religar a las deidades. La religión debía estar sacralizada en un rito para alcanzar el poder de una presencia todopoderosa o fuerza incognoscible de la energía superior, responsable de nuestra existencia. ¿Qué nos iba a ser perdonado? Nuestros errores siempre iban a estar ahí. Los errores personales eran una cosa y los errores colectivos otra. Cada uno de nosotros "estaba solo en el corazón de la tierra", como había escrito una vez el poeta Salvatore Quasimodo, "atravesado por un rayo de luz. Y de pronto anochece".

Pero las responsabilidades con nuestros semejantes eran ahora el reto en medio de un mundo casi totalmente dominado por la productividad material, dando origen a un gigantesco descalabro de las finanzas mundiales, traducido en primer lugar en los altos costos de los alimentos y en la especulación inmobiliaria, la escasez de agua potable y gasolina, recrudecido todo por guerras religiosas seculares que se

habían vuelto guerras económicas, batallas políticas por la posesión de energía.

Todo esto lo sabía muy bien Guillermo Steinberg, lo iba pensando a medida que avanzaba por la autopista, hasta estar cerca de la Torre Empresarial Metronet. Al llegar a la caseta de vigilancia puso la huella dactilar de su pulgar en el sensor de la entrada, entró y luego bajó a una plataforma donde detuvo el auto y descendió de él, mientras el carro era transportado a otro piso mediante un ascensor, y él se dirigía a su oficina en otro. Varias puertas automáticas accionadas desde su teléfono le permitieron ingresar a su oficina, donde estaban aguardándole documentos para la firma. Los revisó y firmó, preguntó a su secretaria por las entrevistas pendientes con gerentes de otras corporaciones. Atendió brevemente a dos trabajadores que fueron a consultarle detalles de transacciones, bebió un café y se despidió, haciendo el recorrido inverso hasta su auto, saliendo de la Torre Empresarial de Metronet hasta la avenida, para de allí dirigirse al lugar donde lo esperaba Rosa Piñango, a quien llamó de inmediato para confirmar el encuentro. Se sintió extraño atravesando él mismo el tráfico; se sirvió un *whisky* del minibar del auto y colocó muzak, mientras observaba en el monitor del carro el mapa electrónico que le indicaba el trayecto restante hacia el litoral. La voz de Rosa se dejó oír y él se sintió de veras estimulado, al tiempo que sorteaba la cola y descendía por la carretera costanera.

Llegó a Macuto y se dirigió a la dirección donde lo aguardaba Rosa. Antes de llegar a la casa, estacionó el auto en un sitio público y se fue andando hasta la casa. Tenía llave pero prefirió llamar para despistar a posibles espías. Rosa introdujo el duplicado de la tarjeta-llave que le había dado Guillermo. Ella abrió y él pudo advertir que no estaba calmada sino un poco nerviosa e incluso desaliñada, aunque no dejaba de impactar con su belleza física. Tenía puesto un vestido azul y unos zapatos negros altos. Ella lo atrajo para besarlo y luego se pusieron cómodos; ella sirvió *whisky* para ambos y colocaron música a tono con el momento. Rosa comenzó a acariciar a Guillermo y lo llevó al cuarto, lo despojó de la camisa y le besó el pecho, después le aflojó la correa; él se sentó para quitarse los zapatos y las medias, mientras ella hacía otro tanto con su vestido, hasta dejar ver la diminuta prenda interior que hacía destacar la redondez de sus nalgas y el triángulo sexual apenas cubierto. Guillermo comenzó a besarle las piernas y las nalgas, después le quitó

la prenda para oler el suave pubis y disfrutar del contacto de los vellos que olían como a trigo mojado. Ella le acariciaba la espalda y él ya estaba preparado a mover su falo en las cercanías del pubis, hasta que la penetró y ella se movió para proporcionarle placer con su clítoris y los labios de su vulva; finalmente la tuvo en un engarce importante hasta proporcionarse un nuevo placer. En efecto, Guillermo estaba experimentando un momento nuevo en su vida deseosa, pese a haber vivido numerosos momentos de placer con secretarias, asistentes y amigas suyas que se le entregaban sin mayores problemas.

Luego de haber pasado el fin de semana completo entregado al disfrute de Rosa, Guillermo pensó haber encontrado un vuelco distinto a su vida, y esto fue justamente lo que aprovechó Rosa para irlo conduciendo poco a poco; cuando él, presa de un desenfreno emocional, comenzó a llamarla varias veces en un día. Ella evitaba los encuentros muy seguidos solo para acrecentar el deseo de él. En un momento dado, Guillermo quiso obsequiarle una buena suma de dinero, que Rosa rechazó. Todo eso era parte del plan. Guillermo estaba reaccionando como lo había planeado el equipo, hasta lograr que Rosa tuviera acceso a la computadora personal de Guillermo.

Como ella no podía acompañarlo a la oficina, Rosa consiguió que él llevara consigo su computadora personal, donde podía atender parte de sus trabajos mientras estaban en la casa de Macuto o en hoteles de otras ciudades, donde pasaban fines de semana juntos. Justamente estando en un hotel de la isla de Margarita, Rosa se las arregló para dejar "olvidada" su cartera con documentos y dinero en una tienda de Porlamar, en un día de compras, y Guillermo se ofreció para ir a buscarla de inmediato. Primero, Rosa pidió a Guillermo llamar por teléfono a la tienda para constatar que la cartera estaba allá. Justo cuando Guillermo se dirigió a la tienda, Rosa accedió a la computadora de Guillermo y pudo dar con la información que estaba buscando: las cuentas bancarias de Metronet, que ella podía adulterar con la ayuda de un especialista contratado por Rodolfo Pacheco, a quien consultó detalles por teléfono. Luego envió información por el teléfono para que el hacker avanzado que estaba en casa de Pacheco le indicara cómo tenía que proceder.

Rosa siguió todas las instrucciones del *hacker,* y al cabo de media hora el sabotaje electrónico estaba efectuado. La mayor suma de dinero

que hubiera podido tener estaba frente a ella en la computadora. Estaba feliz. Ahora era millonaria.

Contrataron a otro profesional para que cuando llegara Guillermo al hotel, el hombre les asaltara y se llevara las carteras, las joyas y la computadora. El hombre se metió en la habitación del hotel y les obligó a entregar las billeteras, los relojes y las joyas. Tomó a Rosa por la garganta y le puso la pistola en la sien, al tiempo que amenazaba con matarla si Steinberg intentaba algo, tomar el teléfono o gritar. El ladrón cerró la puerta tras de sí y salió de la habitación para tomar el ascensor, tal como estaba previsto.

También estaba estipulado que llevaría la computadora dañada al piso del estacionamiento del hotel, debidamente aplastada por los cauchos de un automóvil, para aparentar un accidente, mientras el archivo estaba enviado a la dirección de Pacheco, y una copia había sido grabada en un pendrive de Rosa.

—¡Gracias a Dios! –exclamó Guillermo, al ver que la computadora estaba destruida.

Rosa fingió llanto. Después dijo:

—De todos modos voy a avisar a seguridad para dar parte, y luego iremos a la policía –asintió. Se secaba las lágrimas con un pañuelo. Guillermo intentaba calmarla.

—Atraparemos a ese animal –dijo el gerente del hotel–. No va a ir muy lejos, señor Steinberg, se lo aseguro. Es la primera vez que algo así ocurre en nuestro hotel. Haremos lo posible por indemnizarlo, recuperaremos las joyas y las carteras y saldaremos de este mal rato con usted. Ya hemos llamado a la policía.

—No se preocupe. Yo también voy a hacer mi parte –dijo Steinberg.

Al poco rato comenzó el movimiento policial en el hotel, lo cual hizo que Guillermo regresara a la habitación y se sentara un rato a cavilar. Sus ojos adquirieron un brillo diferente, se quedó mirando un rato a Rosa con ojos fríos e incisivos que erizaron la piel de ella, por un momento Rosa pensó que había sido descubierta.

—Debemos regresar a Caracas, Rosa, de verdad lo lamento. Este incidente es muy extraño. Estoy muy preocupado –dijo Guillermo.

—Sí, mi amor, debemos irnos de aquí ahora mismo –dijo Rosa.

Capítulo 18

La movilización del Foro Verde hacia los espacios públicos de la ciudad comenzaba a organizarse. Las conclusiones de las mesas de discusión ya estaban redactadas. Analivia Plurabela y su padre, Juan Pablo Risco, se encargarían de leerlas ese día frente a una multitud de más de tres mil personas congregadas en los espacios del Parque Francisco de Miranda. Comenzaron a leer:

> Nos hemos reunido en Caracas grupos independientes de veinte países, grupos formados por estudiantes, profesionales, trabajadores, campesinos, educadores, periodistas y jóvenes de diversos oficios, artistas, poetas, escritores, cineastas, músicos, líderes comunitarios y sociales de distintas tendencias ideológicas o estéticas; hemos superado las diferencias circunstanciales para abogar todos en un llamamiento masivo a toda la sociedad para que se detenga lo más pronto posible el proceso de degradación que está sufriendo nuestro planeta debido al cambio climático, que aceleradamente está llevando nuestros océanos a la muerte, a nuestro aire a un grado de polución asfixiante, y a nuestros bosques y campos a convertirse en desiertos. Miles de seres humanos, animales y especies vegetales se están extinguiendo debido a que no se hace efectiva una voluntad por parte de los

países contaminantes para detener esta terrible situación, pues tales países están dominados por una codicia delirante hacia el petróleo y las riquezas fósiles del subsuelo, a través de una coalición que no hace sino proteger los intereses económicos generados por el petróleo y los minerales.
Esta coalición, integrada por EE.UU., la Unión Europea e Israel, ha pospuesto indefinidamente los acuerdos para reducir las emisiones de gases letales que están acabando con la naturaleza y el medio ambiente. Los acuerdos propuestos en Bretton Woods, Kyoto, Copenhagen, Cancún, Durban y Brasil han sido burlados sistemáticamente por la coalición de Estados Unidos, Israel y la Unión Europea, quienes han influido en países como Brasil y China para que se pongan de su lado, unidos por la ambición petrolera que les permitirá mantenerse en un alto nivel de vida a expensas de numerosos países que deben arriesgar sus bosques, ríos, mares y riquezas minerales para que ellos continúen manteniendo una hegemonía que les permite creerse dueños del mundo, disponiendo del planeta a sus anchas. En la Organización de las Naciones Unidas (ONU) se logró un tratado a principios de este siglo que representaba una de las mejores esperanzas para avanzar en años siguientes en una acción que pudiera detener la monstruosidad que se está cometiendo contra el planeta. Ya que muchos países se encuentran enfrascados en chantajes económicos y manipulaciones ideológicas que no les permiten mirar más allá de sus intereses egoístas, y ante la desesperación que han mostrado cientos de comunidades en situación de emergencia debido a lluvias, inundaciones, sembradíos arrasados o sequías, deslaves y tormentas, se hace urgente reducir las emisiones de carbono en este mismo año, sino queremos perecer pronto. Japón, Canadá y Rusia se han rehusado a firmar un nuevo compromiso, mientras que China, Brasil y algunos países de Europa representan una esperanza para llegar a un acuerdo conclusivo, como el que se presentó en la ONU en una Convención de Cambio Climático formada por 194 países. Justamente ahora mismo, los gases de efecto invernadero alcanzaron niveles sin precedentes en la atmósfera, con lo cual el recalentamiento en el mundo causará más sequías o más inundaciones, según el caso. Si firman el acuerdo vinculante, entonces nuestras comunidades independientes no ideologizadas entrarán a participar en estos acuerdos vinculantes, para detener esta situación definitivamente, haciendo un llamamiento planetario a otras comunidades ecológicas mundiales, que nos permitan actuar en un

marco legal e institucional para frenar de una vez por todas esta locura destructiva que puede ser irreversible. Estamos dispuestos a lograrlo.

Hoy es un día decisivo. Aquí en Caracas se han dado cita movimientos dispuestos a lograrlo a través de una manifestación libre y legal, que saldrá ahora mismo del Parque Francisco de Miranda e irá en una marcha que hemos llamado la Marcha Verde hasta el Palacio Presidencial, donde realizará una solicitud formal y pacífica ante el presidente Moisés Mandala para que este se haga eco de nuestras peticiones, donde están representados los anhelos de millones de personas que han venido por su cuenta a formar este documento que es en sí mismo un vínculo con el gobierno de nuestro país, para que hable con el presidente de Estados Unidos, aprovechando la excelente relación que mantiene con el país y le haga saber la voluntad de varios pueblos sobre este tema crucial, pues de no hacerlo se convertiría en un gobierno títere, en un gobierno que negocia con la riqueza de su subsuelo, con el petróleo y sus derivados, para trazar alianzas que no convienen ni al país ni a América Latina, continente que está buscando emanciparse de yugos e imperios extranjeros para forjar su propio destino, como siempre soñaron nuestros libertadores.

Ahora lo urgente es avanzar en ese sentido. Primero, superando la crisis climática para salvar al planeta; luego organizándonos como países productivos para salir de los atolladeros financieros donde nos tiene metidos el capitalismo de Estado. Ya no es posible esperar más. Debemos actuar de manera rápida. ¡Adelante, compañeros ecologistas, ambientalistas y activistas, tomemos la calle para que el pueblo se nos una!

La declaración leída alternadamente por Analivia Plurabela y su padre, Juan Pablo Risco, estaba siendo transmitida por televisión y radio, y se reflejaba en infinitos megaplasmas.

Seguidamente, los grupos tomaron sus pancartas y salieron a marchar desde el Parque hacia la avenida Francisco de Miranda, a protagonizar un evento que dejaría huella definitiva en la memoria colectiva.

Capítulo 19

En el apartamento de la familia Pacheco, Bobby Steinberg y Alma Pacheco terminaban de oír la declaración de Analivia por el megaplasma, ubicado en el cuarto de Alma. Por su parte, Rodolfo y su mujer, Cereza, celebraban la transferencia de dinero a su cuenta desde Porlamar.

—Me cae bien esa gente –dijo Bobby–. Creo que luchan por una causa justa y que tienen razón en sus reclamos.

—Yo creo que son unos fanáticos. Les interesa más la publicidad que otra cosa –respondió Alma.

—No estoy de acuerdo contigo, Alma. Creo que son gente que lucha por un mundo mejor. Ya no podemos más con este calor que nos obliga a estar todo el día en aire acondicionado, mientras afuera lo que hay es lluvia y lluvia todos los días. Se está destrozando todo, escasean los alimentos y hay apagones todo el tiempo. Todas las semanas hay muertos a causa de las lluvias. Esto se pone cada vez más feo.

—No seas tan dramático, Bobby. Lo que hay es que gozar de la vida, pues a lo mejor el mundo se acaba pronto, un día de estos –dijo Alma, acercándose a Bobby y dándole un beso en la mejilla. Bobby sonrió y le devolvió una mirada intensa. De veras la deseaba. Alma

tenía una piel preciosa, los vellos de los brazos y piernas brillaban y provocaba acariciarlos. Sus ojos eran grandes y negros y tenía el cabello castaño, teñido de mechitas doradas. Usaba vestidos cortos y livianos que remarcaban las líneas de su cuerpo esbelto y terso. Cuando Alma se le acercó, Bobby no pudo contenerse y recibió su beso con creces y le acarició el cabello. Él sintió que estaba bajo su poder, preso en unas redes de donde no podía ni quería salir. No había conocido a una chica tan osada. Había tenido relaciones sexuales con chicas ocasionales en fiestas en casas de amigos pudientes, sin hacerse novio de ninguna, pues ellas tampoco se interesaban en otra cosa que no fuera el sexo.

Él apenas tenía dieciocho años y había cursado el bachillerato con calificaciones altas y acababa de ingresar a la universidad a estudiar Ingeniería de Sistemas, donde era estudiante avanzado. Su padre estaba orgulloso de él por su alto rendimiento y porque había sabido elegir a sus amigos y amigas; por ello le había dado un automóvil que le permitiera libertad de acción, sabiendo que el muchacho no se metería en líos innecesarios. Pero ahora estaba en la boca del lobo y no lo sabía, estaba a punto de ser secuestrado si la trampa tendida a su padre salía mal y se descubría todo. Ya tenían precisado el sitio donde lo llevarían e iba a ser difícil que lo encontraran; la logística estaba implementada para trasladar al muchacho y asegurarle al padre que no saldría con vida si descubría quién lo había estafado.

Cereza y Rodolfo fumaban nerviosos, aguardando noticias de Rosa, de acuerdo a las reacciones de Guillermo en las próximas horas. Ya venían de regreso de Porlamar para salir hacia Caracas. Guillermo no pudo disimular la preocupación y apenas si se dirigió a Rosa para preguntarle banalidades, tomarla de la mano y decirle que iba a resolver un asunto urgente y después la llamaría. Rosa llamó al llegar a Maiquetía cuando pudo ir hasta un baño público, atrancar la puerta y desde ahí llamar a sus cómplices para decirles que Guillermo no sospechaba de ella.

Cuando finalmente Guillermo y Rosa se despidieron, los sicarios respiraron aliviados, pues aparentemente la operación había tenido éxito.

Bobby y Alma seguían divirtiéndose en el cuarto por un rato, y luego salieron a la sala a reunirse con Cereza y Rodolfo. Se sirvieron algo de comer y beber, hicieron comentarios superficiales acerca del movimiento de los ambientalistas mientras tomaban sendas tasas de

café. Bobby se despidió y Alma lo fue a acompañar a la salida de edificio. Le dio un beso en los labios que dejó a Bobby inquieto y excitado.

—Hemos pasado una tarde muy divertida, Bobby, nos vemos pronto, eres maravilloso.

Luego Alma retornó al apartamento a reunirse con sus padres. Sería un alivio librarse del posible secuestro de aquel muchacho.

—Entonces todo en Porlamar salió bien, papá.

—Sí, hija, aparentemente todo va bien. Ya Rosa está de regreso, viene subiendo del aeropuerto. Cuando llegue nos contará todo. Ha estado muy nerviosa con todo esto, como es natural. Ya celebraremos cuando estemos a salvo de todo. Ojalá no tengamos que secuestrar al muchacho.

—¡Qué bueno, papá, ahora somos ricos! Nos largamos de este país cuanto antes, nos vamos a Estados Unidos, que sí es un país desarrollado de verdad, un país de progreso donde viviremos en un sitio hermoso. Ya no necesitaremos hacer más negocios pequeños, pues allá estarán esperándonos los negocios grandes, los negocios de verdad. Iremos a Nueva York, Washington, Chicago, Texas, Atlanta, San Francisco, Hollywood, Los Ángeles. ¡Cuánto nos divertiremos! –celebró Alma.

—Cambia de canal, Cereza –dijo Rodolfo–. Ya estoy harto de ver a estos pendejos de la Marcha Verde y toda esa basura. No sé por qué este gobierno permite esas vainas –gritó Rodolfo Pacheco.

—Rodolfo tiene razón –confirmó Cereza–. Pon ahí un musical, una película, algo divertido. Presionó un botón y apareció en el megaplasma un grupo de música electrónica. Fue al bar y sirvió tragos para todos los presentes.

Al cabo de un rato llamaron a la puerta. Era Rosa Piñango, con buenas noticias. Se unió al grupo y comenzaron a brindar y festejar hasta la madrugada.

****

La palidez y el desánimo, la ira y la impotencia eran los rasgos más visibles de Guillermo Steinberg al llegar a su oficina. Los gerentes subalternos lo estaban esperando para exigirle respuestas de aquel desfalco. Se sentó con ellos y les narró el incidente de Porlamar, el hurto de la computadora, pero no se explicaba el hecho porque la computadora había aparecido destrozada en el estacionamiento del hotel. Después

abandonó la oficina y se dirigió a su casa, donde su hijo Bobby y su mujer Amelia lo estaban aguardando. También a ellos les refirió lo del robo de la *laptop*, sin mucho detalle.

—Hay que tener paciencia –les dijo–. Ya están buscando a esos criminales, y los encontrarán.

—¿Y si no los encuentran, Guillermo, qué pasará? –preguntó Amelia, su esposa.

—Pues si no los encuentran estamos jodidos, mujer, estamos verdaderamente jodidos.

—Yo voy a averiguar quién fue, papá, te lo juro –se quejó Bobby.

—Ten cuidado, hijo, que esto es asunto de la policía, puede ser algo peligroso. Ahora estoy muy cansado. Será mejor que me vaya a descansar.

—Sí, vamos a la cama, amor –dijo Amelia–. Todo en esta vida tiene solución, menos la muerte.

Capítulo 20

—¡Ahora ustedes van a decirme qué demonios está ocurriendo con estos pendejos ambientalistas que acaban de llenar el Parque Francisco de Miranda con más de tres mil personas! –reclamó por el teléfono el embajador de Estados Unidos.

Estaba furioso, rodeado de funcionarios mirando plasmas en la oficina de la Embajada Americana. Secretarias y gerentes iban de aquí para allá trayendo informaciones, mensajes, informes emitidos por las agencias noticiosas internacionales.

—¡Aló! ¿Me están oyendo? –espetó Walter Smith al director del despacho de la presidencia.

El funcionario no sabía qué responderle y le sugirió comunicarse directamente con el presidente, le rogó paciencia y le aseguró que Mandala le retornaría la llamada. Se estaba ocupando del asunto, aseguró al embajador.

En efecto, Mandala se comunicó con el alcalde de Chacao para reclamarle el haber autorizado la reunión de los manifestantes, y el alcalde le respondió que él nunca se imaginó las proporciones de aquella convocatoria, que ya había comenzado a llenar las calles, pues otras personas se iban agregando a medida que avanzaban hacia el centro de

Caracas. Los medios de comunicación se volcaron al acontecimiento, dándole una cobertura inusitada. A medida que la marcha progresaba, se iban produciendo todo tipo de reacciones, desde grupos políticos radicales de izquierda gritando consignas, hasta partidos políticos emergentes, grupos derechistas como los Radicales Rajados; otros insultaban y arrojaban piedras a los cuerpos policiales; surgieron de pronto comunistas, socialistas, anarquistas, *gais* y lesbianas, los Drogos de la Realidad, los Arrechos Ilustrados y otros que se sumaron a una marcha que ganaba terreno fluyendo por toda la avenida Francisco de Miranda hasta llegar a Chacaíto y subiendo por la avenida Libertador, donde el flujo de automóviles, motos, bicicletas y nuevos manifestantes produjo atascamientos y turbas, pues mucha gente se ofuscó más, vociferaron y empujaron a los grupos de policía designados para impedir que aquello se fuera de control.

Lo lograron a medias. Pudieron llegar sin mayores complicaciones por un costado de la avenida Francisco de Miranda, pero al terminar esta y comenzar la avenida Urdaneta en el cruce de las otras grandes avenidas que allí confluyen, se agigantaron las proporciones de la turba, pues se juntaron a ella grupos de buhoneros, desempleados, feministas, borrachos y drogadictos para conformar una masa gigantesca de personas que cerca de las cinco de la tarde llenó por completo todas las calles y obligó a los agentes del tráfico automotor a agilizar el flujo de automóviles, mientras la guardia y la policía se organizaban para dar paso a la marcha que siguió por la avenida Urdaneta. En cada esquina se vociferaba sin cesar en pro o en contra; sin duda aquel volumen de personas se veía desde los rascacielos cercanos como un gran panal por donde corría un viscoso fluido de humanos, cuyos cuerpos y cabezas dotados de color se confundían en un amasijo de movimientos, gritos y ruidos de todo tipo, produciendo un murmullo gigantesco. A medida que lentes de cámaras y filmadoras se acercaban a los cuerpos, estos cobraban una nueva fuerza, accionando otros impulsos hacia las calles para constituir aquella furibunda masa de manifestantes unidos por una causa común, como no se había visto antes en ninguna otra marcha del país. Heridos, golpeados, sofocados por el calor o el humo se unieron dramáticamente al evento.

La marcha logró llegar hasta el Palacio Presidencial. Los medios de comunicación, con cámaras, filmadoras y todo tipo de dispositivos

técnicos lograron captar los sucesos mínimos, realizar entrevistas y sacar provecho a cualquier declaración patética, sensacionalista o simplemente falsa: todo era metido en el mismo saco. Distintos voceros se acercaron a la valla de seguridad que rodeaba al Palacio Presidencial, mostrando pancartas donde se exigía respeto por la naturaleza. Los integrantes de Vanguardia Ética y las demás organizaciones conductoras del evento clamaron al gobierno de Moisés Mandala que interfiera para exigir a Estados Unidos, Alemania, Francia, España, Japón, China, Israel, Rusia y los países más industrializados que detuvieran de una vez por todas los daños a la naturaleza y se respetaran los tratados previamente firmados desde Bretton Woods y el Protocolo de Kyoto, y que estos se discutieran con honestidad en las cumbres realizadas en la Organización de las Naciones Unidas y otros organismos.

Moisés Mandala y varios de sus ministros salieron al balcón presidencial a dirigirse a los manifestantes, prometiéndoles hacer algo al respecto. Mandala dio un discurso donde hizo gala de su capacidad verbal, de esa retórica que le había dado tantos votos, logrando calmar parte de los ánimos. El canciller también habló esa tarde de futuras conversaciones que mantendría con embajadores de distintos países para detener la creciente contaminación y amortiguar el cambio climático. En las cuatro horas que había durado la manifestación, las imágenes se habían transmitido por canales universales de televisión, produciendo reacciones importantes en diversos países, que incluso tuvieron tiempo de organizar sus propias marchas. De hecho, en los días sucesivos se hicieron sentir tales manifestaciones en países industrializados, donde se produjeron reacciones más radicales con las consiguientes víctimas; un joven obrero había perdido la vida en una calle de Chile y agentes de policía en Francia y España habían muerto, lo cual originó reacciones en cadena, fatales en cada uno de estos países, tanto en el plano de las solicitudes humanas y ecológicas, como en el de los terrenos de la violencia.

Moisés Mandala maldijo una y mil veces haberle tocado a Venezuela ser el epicentro de aquel movimiento; ahora el país era punto de referencia para los nuevos movimientos que se estaban propagando en el mundo. Pero esto no era lo peor para Mandala, lo peor para él era que se habían congelado las relaciones con Estados Unidos, pues las organizaciones ambientales estaban logrando amplios acuerdos entre

ellas para conversar con empresarios importantes; por cierto, no todos ellos con la voluntad de enriquecerse de modo irracional.

Aquella marcha ideada en una finca por Nikolas Kai, Juan Pablo Risco y Sara Amarilis estaba teniendo consecuencias extraordinarias, estaba propiciando el diálogo entre empresarios jóvenes con conciencia ecológica, diferente a la de sus padres o abuelos. Muchas industrias grandes no solo no estaban al servicio del capitalismo desbocado del nuevo milenio, sino que estaban tomando medidas para prevenir accidentes ambientales como los que se producían continuamente en ríos, mares, selvas y reservas forestales. Analivia Plurabela tenía ya en su poder varias de esas comunicaciones de empresas venezolanas y extranjeras que deseaban dialogar para llegar a acuerdos. En Estados Unidos una nueva generación de gerentes estaba en serias conversaciones con universidades e instituciones educativas para incluir materias de conservación ambiental en cátedras y programas, con ayuda de redes comunitarias. Juan Pablo Risco, en persona, había elaborado programas de estudio y capacitado jóvenes para impartir materias. El trabajo que estaba haciendo José Rubén Lara y su mujer Cayena Jiménez en el medio obrero había avanzado notablemente, en contacto permanente con el mundo minero de la faja del río Orinoco en Venezuela, cuyos trabajadores y obreros habían logrado, años atrás, antes del gobierno de Mandala, firmar convenios significativos para avanzar en ese sentido; pero ahora durante el actual gobierno se habían arruinado para volver a esquemas de privatización a través de los conocidos tratados de libre comercio.

Cayena Jiménez y Aymara Sosa habían logrado formar equipos de capacitación en varias empresas para ir distribuyendo material de estudio redactado por Nikolas Kai. Víctor Manuel Tovar estaba haciendo lo suyo en el Ministerio de Desarrollo Urbano, y su mujer, Nicolasa, estaba distribuyendo material de estudio dentro del gremio de los vendedores informales que no habían podido estudiar ni instalar sus propias tiendas en locales establecidos, pero estaban logrando espacios dignos para ofrecer sus artesanías, libros, discos y materiales culturales diversos cerca de liceos, ateneos y casas de cultura que todavía sobrevivían para divulgar a autores y músicos de calidad. Todo se estaba haciendo en un segundo plano; la insurgencia se estaba preparando sin que lo percibieran los gobernantes, una educación y una cultura diferentes

estaban teniendo lugar en el seno de instituciones y empresas antes de que se organizaran las manifestaciones y marchas, que ahora estaban obteniendo resonancia internacional y moviendo contingentes en otros países.

Capítulo 21

—¿De manera que la computadora desaparece justo el día en que estoy contigo en un hotel de Porlamar, no? –preguntó Guillermo Steinberg a Rosa Piñango, mientras caminaban esa tarde por el Parque Francisco de Miranda, justo cuatro días después de la manifestación de la Marcha Verde.

—¿Cómo dices, mi amor? –preguntó sorprendida Rosa Piñango.

—¿De verdad pensaste que te iba a ser tan fácil mover esa suma de dinero sin ser descubierta? –inquirió Guillermo.

Rosa se hizo a un lado.

—¿Qué cosas estás diciendo?

—Rosa, querida, anteayer mis hombres en la empresa descubrieron a dónde ha ido a parar ese dinero, el hombre que te contrató, que en este instante está siendo apresado. Reconozco que fuiste hábil, con tus encantos físicos y el truco de la cartera olvidada, pero mi hijo Bobby no es tan tonto como yo; fue más astuto que tu hija y que yo juntos. Tuvo el cuidado de no caer en la trampa, como caí yo, a él no pudieron engañarlo.

—¿Pero qué estás diciendo Guillermo, acaso te volviste loco?

—Estamos en el escenario de la Cumbre Verde, y te voy a decir una cosa, hermosa mujer. Estos ambientalistas nos han jodido, nos han dado en la madre, y estoy contento por eso. La verdad ya me estoy hartando de toda esa mierda de la empresa y de mi vida vacía. Lo único que me importa es mi hijo, créemelo. Él descubrió la estafa que me hiciste, y desde ese momento lo hice proteger por si le pasaba algo malo. Él consiguió engañar a la hija del tal Pacheco que lo estaba seduciendo, así me lo contó él mismo. Ese muchacho es mucho más listo que yo. Él se lo merece todo. ¿Desde cuándo no te comunicas con Pacheco? ¿Hace tres, cuatro horas? Ahora vienen por ti, Rosa.

Rosa Piñango miró a los lados para comprobar si había alguien cerca. Sacó una pistola del bolso y apuntó con ella a Guillermo.

—¿Me vas a matar en un lugar público? Estás atrapada, Rosa, ya vienen por ti.

Rosa apretó el gatillo varias veces, desesperada. Guillermo sacó unas balas del bolsillo de su pantalón y se las mostró, junto con el teléfono celular de ella, que había tomado de la cartera hacía un rato, en un descuido de ella al levantarse un momento.

Los agentes de policía se fueron acercando a la presa desde distintos ángulos del parque. Al divisarlos, Rosa echó a correr, resbaló con unas piedras en la grama, dio un traspié y cayó; se levantó con rapidez y continuó corriendo hasta llegar cerca de un lago artificial, donde nadaban unos patos blancos. Su huida fue inútil, los agentes la rodearon y la obligaron a entregarse.

Otro tanto ocurría en el apartamento de Rodolfo Pacheco, allanado por la policía una hora antes del apresamiento de Rosa. Rodolfo se defendió. Cuando los policías con uniformes de electricistas preguntaron por él en la entrada del edificio, dijeron al vigilante ser unos rectificadores del sistema eléctrico que habían tenido el cuidado de interferir el servicio veinte minutos antes para poder justificar la visita. Lo hicieron con la anuencia del vigilante, a quien mostraron sus verdaderas identidades, una orden judicial y le confesaron la coartada para poder atrapar al maleante. Ya tenían una excusa para subir, aunque Pacheco ya comenzaba a oler algo extraño en el ambiente.

Los dos agentes, vestidos con uniformes de electricistas, subieron por las escaleras hasta el piso 12 y llamaron a la puerta del apartamento. Rodolfo no pudo ver a los hombres por el monitor debido a la ausencia

de electricidad, pero estos llevaban unas linternas que les permitieron alumbrarse para que Pacheco los viera a través del ojo mágico de la puerta. Tenía el revólver en la mano, alerta, al igual que su hija Alma y su mujer Cereza.

—Somos empleados de la empresa de electricidad, estamos revisando los apartamentos para reponer la energía –dijo uno de ellos–. Por favor, abra la puerta.

Pacheco se resistía a abrir, pero habían estado a oscuras ahí dentro y se le hacía difícil negarse. Apenas los dos hombres entraron se dirigieron al cajetín que había detrás de una de las puertas del cuarto de baño, del cual solo ellos tenían la llave. Pacheco estaba listo para disparar, así como el resto de su familia, si algo extraño sucedía.

—Ahora revisaremos aquí –dijo uno de ellos, alumbrando con la linterna. Vio cuando Pacheco empuñó el arma, y la actitud sospechosa de las mujeres ahí. Después el otro hizo un rápido movimiento hacia Pacheco, pero este disparó hacia él hiriéndole en el brazo, mientras el otro le disparaba a él y lo alcanzaba en el pecho; el otro se escondió en la cocina y de seguidas alumbró en derredor para disparar varias veces por el apartamento a oscuras con un arma de alto poder; los fogonazos hicieron efecto sobre Alma y Cereza, que también respondieron los disparos sin lograr dar en sus objetivos. Los agentes los instaron a rendirse pero se negaron, por lo cual siguieron disparando hasta que los gritos de Alma y Cereza heridas se hicieron escuchar, y Pacheco dijo que se rendirían.

—¿Estás bien, Alma, estás bien, Cereza? –preguntó desesperado Rodolfo.

—¡Pongan sus armas sobre la mesa de la cocina! –ordenó uno de los policías, alumbrando de nuevo con las linternas– ¡Si intentan algo, disparamos!

Abrieron fuego de nuevo. Los cañones de aquellas armas dejaban ver los centelleos de las detonaciones, llamaradas alumbrando la oscuridad. Se produjo el fuego cruzado por unos minutos, hasta que vino otra vez la luz a todo el recinto y uno de los hombres se abalanzó sobre Alma, usándola de escudo y ordenando a Pacheco y a Cereza a deponer sus armas. Una vez las hubieron arrojado al piso, el otro hombre armado, que estaba herido, se acercó a Cereza y la empujó hacia la puerta, le colocó esposas en las muñecas y el otro agente hizo lo mismo con

Alma; luego se dirigió a Pacheco y le asestó un fuerte golpe en la cara que lo mandó bruscamente al suelo sangrando por la nariz. Allí le dio una patada en el abdomen y le ordenó levantarse, empujándolo también hacia la puerta. Bajaron con ellos por las escaleras hasta el estacionamiento, donde ya estaba esperando la patrulla para llevárselos.

En el camino hacia la policía, Rodolfo y Cereza no entendían cómo su plan había sido descubierto tan fácilmente: era obvio que habían subestimado a Bobby, quien entró a los sistemas del banco y a las cuentas dotado de la información que le diera su padre, y averiguó cómo se había efectuado la transacción fraudulenta. Sin embargo, no le fue fácil acceder al método usado por la experta Rosa Piñango con la ayuda del otro experimentado asesor. Hizo la operación él solo, y luego le confió todo a su padre.

Debido a la valiente actitud de su hijo, Steinberg dejó de presionar a la organización Metronet, y mostró más respeto por las ideas de su hijo. Seguía siendo un empresario influyente, pero dentro del *pool* de organizaciones transnacionales, su corporación comenzó a quedar en bajo perfil, por su negativa a participar en proyectos del crimen organizado, con mafias o carteles de la droga. En los últimos meses se le habían insinuado contactos para tales fines que él había rechazado, pues veía claramente cómo el capitalismo estaba entrando en una curva descendente; podía sentir el peso de la recesión global, cómo el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional no eran capaces de sostener tal recesión, y la mayoría de países de América Latina se estaban desasociando de estas instituciones financieras de rescate económico, las cuales estaban mostrando sus debilidades en la Unión Europea, pues los mercados no eran capaces de regularse ellos mismos, mientras los bancos tenían entre ellos una competencia tan feroz que no podían confiar en el bienestar financiero de sus rivales. La crisis de Grecia, por ejemplo, fue indetenible desde el 2011, pese a las grandes inyecciones de liquidez de dinero del Fondo Monetario Internacional, que no pudieron impedir que el país se sumiera en la quiebra, seguidas de España, Alemania y Francia, que tampoco pudieron evitar esta quiebra en sus economías, que luego se extendió por más países de Europa. En ese año 2050 las características eran aún más perniciosas, llevando a extremos de desempleo y pobreza a las grandes ciudades y dando más

razones a los carteles de la droga para instalarse en esos medios, junto al entretenimiento de la estupidez masiva.

Guillermo Steinberg sabía muy bien que el 90% de las instituciones que dominaban la economía global eran financieras, sabía muy bien que Barclays Bank, Merryl Lynch, Morgan Chase, Deutsche Bank, Goldman Sachs, Credit Suisse, Morgan Stanley, Northern Rock, Mitsubishi Group, Bank of America, Loyds y Societé Generale estaban en la jugada principal. Y que Nokia, Motorola, Samsung, LG, General Electric, Movistar, HP, Compac, grandes casas de tecnología digital y celular, le habían creado un ambiente propicio a aquellas para sus negocios que se reflejaban en Metronet; también lo habían estado presionando mucho hasta el punto que algunos de sus socios estaban metidos en negocios fraudulentos y se habían enriquecido mucho más que él.

Steinberg en el fondo quería redimirse. No podía seguir adelante al ritmo de sus socios; tampoco podía quedarse con los brazos cruzados. Estaba fatigado, harto de su propia vida. Quería dejar un legado. Sabía que su hijo era un *hacker* y que tarde o temprano no podría evadir la tentación de las grandes empresas electrónicas. Conociendo el estado global de las cosas en el mundo comunicacional y financiero, Bobby podría convertirse en un verdadero demonio si él no le enseñaba cosas mejores, su hijo podía entrar en el universo del delirio financiero que estaba devastando la mente de las personas, creándole la ilusión de ser los dueños del mundo. Bajó la guardia. Siguió con sus negocios hasta conseguir un bajo perfil y poder retirarse, que era lo que deseaba. Se fue desvinculando poco a poco de los banqueros; lentamente logró salir de buena parte de todo aquel delirio.

Salió al balcón de la torre de Metronet a tomar el aire real de la tarde, que en ese momento comenzaba a declinar para convertirse en un manto de sombras que caía sigilosamente sobre la ciudad.

Capítulo 22

Al enterarse de que Rodolfo Pacheco había caído en manos de la ley, a Demóstenes Carrillo se le hizo un nudo en la garganta. Se empinó dos buenos tragos de jugo de naranja en la cocina de su cómodo apartamento en Chacaíto. Mordió un emparedado de queso y bebió el café retinto, mientras, a través de los cristales de la ventana, miraba caer la lluvia. Por un momento le pareció que estaba nevando, que corpúsculos de nieve se precipitaban en la atmósfera.

Apagó el plasma donde transmitían la noticia y después sacó un cigarrillo de la cajetilla, lo encendió e inhaló profundo para soltar el humo en forma de pequeños aros mientras cavilaba sobre muchas cosas a la vez. Primero, pensó que se había ido a la mierda el negocio del contrabando de chips; ojalá no empezaran a averiguar a Pacheco en profundidad, pues podía caer él también. Después venía lo de la situación con Moisés Mandala, la Marcha Verde y sus consecuencias en la opinión pública, y los movimientos que estaban poniendo en jaque al gobierno. Carrillo sabía que no era un problema político solamente; los miserables, marginales, pobres, desempleados, damnificados, desplazados del mundo, se estaban uniendo a los ambientalistas y dejando en ridículo a muchos gobiernos; los parlamentos tradicionales ya no

representaban a las comunidades ni a los gremios, estaban ensayando parlamentos en barrios y la gente estaba tomando decisiones acerca de sus problemas por encima de las ineficaces alcaldías y gobernaciones. Demóstenes era un hombre de extracción popular, su madre era de San Agustín del Sur, donde había ejercido el oficio de costurera, y su padre conductor de un bus colectivo. Desde niño, Demóstenes trabajó como buhonero y después montó una librería, se incorporó al mundo sindical y destacó ahí como líder, hasta ir escalando con el tiempo posiciones importantes como sindicalista y asesor de empresas privadas y gubernamentales. Pero siempre volvía al barrio a conversar con amigos, a reunirse con viejos conocidos en bares de esquina, a jugar cartas, billar, bolas criollas o a hablar de béisbol.

Demóstenes terminó de fumarse el cigarrillo, se sacó la bata y se dio una ducha, se rasuró y secó para luego vestirse y salir en busca de alguna diversión. No sabía qué hacer, si llegarse hasta el barrio, entrar a alguno de los bares o restaurantes de su preferencia o ir a visitar a Estefanía. Descartó esto último, pues la había ido a ver el día anterior y no quería acosarla, pero también era demasiado temprano para ir a San Agustín, entonces lo mejor sería ir a algún sitio público a oír lo que la gente comentaba sobre los últimos acontecimientos.

La noticia internacional ese día era una ola de frío polar que estaba azotando Europa, que había comenzado en el este de ese continente y avanzaba hacia el oeste. La temperatura descendió a 40 °C bajo cero en el norte de Eslovaquia, y muchas personas habían quedado sepultadas en la región de los Balcanes. En Rumania, todo el río Danubio se congeló, la falta de calefacción era dramática y los niños estaban muriendo. Se contaban más de doscientos muertos en Rumania, y en Bulgaria las cifras eran similares. En Ucrania la suma de desaparecidos a causa del frío y la nieve era superior a la de Rumania y Bulgaria. Bosnia, Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda y Croacia estaban enfrentando fuertes nevadas que habían causado el congelamiento de ríos y lagos, y ello impedía la distribución de alimentos, pues los mercados no podían abrir y los niños pequeños morían de hambre. La ola de frío polar se estaba extendiendo a Estados Unidos y Canadá, por lo cual los gobiernos de esos países estaban tomando medidas para proteger a la población. Todo este drama hacía que le gente sintiera rechazo hacia los temas políticos

y bélicos, y permanentemente los mandatarios poderosos estuvieran amenazando con invadir a países más débiles.

Demóstenes pensó en llamar a Moisés Mandala para darle algunas recomendaciones, dado el estado de cosas, pero luego le aburrió la idea de oír las monsergas de Moisés, sus lamentaciones patéticas y las de sus ministros adulantes. Se dirigió entonces en su camioneta al restaurante de siempre, "El Álamo", se acodó en la barra, leyó la prensa, miró maquinalmente el plasma omnipresente, bromeó con los parroquianos mientras bebía un vermut y encendía otro cigarrillo. En el lugar, la gente comentaba con temor acerca de la ola de frío, temiendo que se acercara a Venezuela, donde estaba haciendo un frío inusual, con eventuales caídas de granizo sobre algunas ciudades. También les preocupaba el asunto de la marcha ecológica en Caracas y otras ciudades del mundo y el complot para estafar a Guillermo Steinberg cuando salieron en pantalla las fotos de Rosa Piñango y Rodolfo Pacheco. Carrillo se unió a los parroquianos y compartió con ellos rumores y chistes gruesos, se relajó un rato con los bebedores consuetudinarios que siempre se daban la razón entre ellos. Luego fue al baño, orinó, se lavó la cara y en el restaurante se sentó en una mesa aparte a tomar una cerveza y a pensar en Estefanía, en aquella mujer que parecía alejarse de su vida. Bebió un trago de espumosa cerveza y luego se aventuró a marcar el número de ella para decirle que la echaba de menos. Estefanía le dijo que tenía dolor de cabeza –lo cual era cierto, no era un excusa, una comida le había caído mal y le había hecho pasar una noche fatal.

—Pero gracias por llamar, Demóstenes –respondió ella–, cuando este dolor se me calme te llamo para que vengas y salgamos. Mi mamá no está, salió a visitar a una amiga a quien se le acaba de morir su mamá allá en Valencia.

Demóstenes no terminaba de comprender por qué estaba tan seducido con aquella muchacha, pudiendo elegir a cualquier mujer joven en un club o en un prostíbulo de lujo para acostarse con ella y tener buen sexo, o simplemente para divertirse o pasarla bien con mujeres que no lo iban a meter en complicaciones ni a exigirle nada. En el fondo admiraba la dignidad de Estefanía, el comportamiento que había mostrado durante la educación que le habían proporcionado sus padres. Sabía de los esfuerzos de su padre para comprar aquellos apartamentos a ella y a su madre, la muerte del viejo y de la depresión de

doña Matilde. Estefanía había tenido que acudir a varios psiquiatras y psicólogos. Luego de los tratamientos logró recuperarse parcialmente, quedando sumida en un estado de depresión crónica que aparecía de manera intermitente cuando la muchacha intentaba hacer su propia vida o se enamoraba de algún chico. Después de infinitos amoríos superficiales, Estefanía conoce a Demóstenes y comienza a salir con él. Doña Matilde se siente segura porque ve en él a un hombre poderoso, a un hombre que puede protegerlas a ambas, y él ve en Estefanía un candor que no encuentra en las mujeres resabiadas de la gran ciudad. Ella intuía ese reconocimiento humano de él hacia ella, que iba más allá del gusto físico. Ella, sin embargo, tenía el temor de que un hombre poderoso como él fuese a cambiar de conducta con el matrimonio, convirtiéndose poco a poco en un indiferente, en un déspota arrogante que ya había alcanzado su objetivo y después la usaría como objeto de compañía, manteniéndola encerrada en una casa de lujo mientras él, al cabo de unos años, se cansaría de ella y se iría por ahí con amantes o amigotes: ese era el prototipo de hombre que se repetía en la realidad y hasta en las películas. Y esa era la razón por la cual ella no le había dado el sí todavía. Justamente esa noche estaba pensando en decírselo.

Cuando tres días después Demóstenes llamó a la puerta de su apartamento, ella estaba bastante nerviosa. Ya había hablado con su madre diciéndole que iba a buscar un empleo y ahora le tocaba ser completamente sincera con Demóstenes y le dijo: Demóstenes, yo aprecio mucho lo que has hecho por nosotras y te agradezco todas tus atenciones y además debo decirte que me gustas mucho, eres un hombre divino, has mostrado mucho respeto por mí, pero yo de verdad no estoy preparada para casarme contigo, yo no voy a salir de esta prisión para irme a otra prisión, yo necesito trabajar, desarrollar mi profesión, tener amigos e intercambiar experiencias, vivir una vida normal antes de que el mundo se acabe. Yo no puedo ir a encerrarme en una casa para que tú me mantengas y me compres todo y empieces a salir con amigos y otras mujeres y yo criando muchachos y cocinando y cuidando casa y perritos. Yo sé que tengo esta pinta de mujer sexy cabeza vacía, de niña mimada y tonta, pero ya hablé con mi mamá y le dije lo que pensaba hacer. Yo no te estoy diciendo, Demóstenes, que quiero romper mi relación contigo, si tú quieres nos seguimos viendo y saliendo, pero te advierto que ya no quiero más paseos a restaurantes de lujo ni regalos

caros ni alabanzas. Yo lo que quiero es ser una mujer real que resuelva sus problemas, espero que me comprendas, Demóstenes, porque hasta ahora yo me dejé manipular por la enfermedad nerviosa de mi mamá y de aquí no voy a salir a meterme en una mansión a engordar, porque según el guión social para estas situaciones en eso me puedo convertir.

Demóstenes se quedó con la boca abierta. No esperaba una respuesta así de la bella Estefanía, quien se dirigió a la cocina a buscar una botella de ron para servir dos tragos en sendos vasos; les colocó a cada uno un cubo de hielo, una rodaja de limón, una chispa de soda y luego acercó uno de los vasos a Demóstenes.

—Brinda conmigo por mi nueva vida –le dijo.

Demóstenes no tuvo más remedio que chocar el vaso y empinarse el trago. Ella bebió el suyo hasta la mitad y colocó el vaso sobre la mesa. Se sentó, bajó la cabeza y se echó a llorar. Demóstenes le acarició el cabello, le apretó una mano y le dijo:

—Tienes razón, Estefanía, ese es tu derecho a decidir tu vida. Eres una mujer libre y yo no puedo obligarte a nada, menos a casarte. Yo la verdad estoy un poco viejo, y no había conocido a nadie como tú. Estoy lleno de vicios y tengo malas compañías, no te lo niego. De veras te agradezco que hayas sido sincera conmigo. Yo pertenezco a otro mundo, pero estoy deslumbrado contigo. No tengo hijos y me hubiera gustado tener uno con una mujer como tú. Haz tu vida, Estefanía. Yo voy a ver qué hago con la mía, tengo bastante dinero y amistades falsas. De modo que voy a estar bien, voy a estar tranquilo un tiempo. Pero también debo decirte que mi vida necesita un giro. Ya estoy cansado del poder y de los negocios, necesito darle un sentido a mi vida. Creo que me voy a poner a escribir mis memorias, y eso me llevará tiempo. Siempre me ha gustado escribir, tengo montones de historias en la cabeza, miles de cuentos que puedo narrar, y quizá con eso llene un buen trozo de mi vida. No descarto que mucha gente pueda divertirse con esto, que pueda enterarse de cosas que sobrepasan la imaginación común. He visto muchas cosas. Quizá demasiadas.

La conversación había adquirido tintes inesperados. Habían pasado del amor a la confesión sin una pausa razonable.

—Es bueno que tú también estés siendo sincero conmigo, eso es lo mejor –respondió Estefanía.

—Me he mezclado en muchos medios. Nací en San Agustín y desde joven no he parado de trabajar hasta hacerme imprescindible en muchos proyectos. Ahora mismo el presidente me está llamando y yo no quiero hacer nada para él.

—¿Ya no eres su asesor? De eso ya también me enteré –respondió ella.

—Lo era. Él ha estado buscándome, pero yo me harté ya de ese patético.

—El país está muy mal ahora con ese señor –dijo Estefanía–. Ya habrás visto como quiere entregarle todo a Estados Unidos, como si no tuviéremos ya suficientes problemas con las lluvias, el frío, el calor, el hambre, la pobreza. Y ahora los ecologistas han puesto el dedo en la llaga. Eso no se lo esperaba. Esa marcha va a terminar de agudizar toda la incapacidad de este gobierno.

Demóstenes estaba boquiabierto. Estefanía continuó.

—Sí, y ahora apresaron a un tal Rodolfo Pacheco que hizo una estafa a Metronet. A ese tipo, Pacheco, tú lo conocías también, ¿verdad?

—Claro que lo conocía. Conozco a todo el mundo en este país. Pero no creo que todos me conozcan a mí. Esa siempre ha sido la idea, después de todo.

Estefanía se levantó y besó a Demóstenes en la boca. Él le respondió el beso con fruición, la tomó del talle y la atrajo con fuerza. Comenzaron a acariciarse hasta que él palpó sus nalgas y ella le abrazó fuerte. Después se fueron a la cama. Ella se dejó tener como si fuese una fruta, le abrió su semilla a Demóstenes y se la ofreció para que él la puliese con su lengua, sus pezones olían a una mezcla de mandarina y acacia. Más tarde ella inspeccionó su obelisco retráctil con su olfato y sus papilas deseosas, y se restregó en él cabalgando con dulces pellizcos a sus nalgas y piernas, y él la traspasaba trasmitiéndole una especie de orfandad, de vulnerabilidad, que ella contestaba con su poderío libidinal como si se derramara un mar interno, fluyera el agua alcalina de su esencia de mujer, su olor concentrado, definitivo, embrujaba el interior hombre de Demóstenes hasta dejarlo ahogado de placer y así ella pudo entregarle aquella despedida provisional para que él supiera que lo tenía por completo, que era suyo, estuviese o no presente. La revancha erótico-sentimental de ambos brillaba en la habitación como una joya recién descubierta, e hizo que aquella relación comenzara de una manera completamente distinta.

Capítulo 23

Todos los grupos ecologistas y ambientalistas estaban reunidos en la finca La Iguana. El cielo estaba encapotado. Las nubes se apretaban unas contra otras formando una gran mancha gris, con grumos que viajaban por la atmósfera produciendo descargas y truenos. El Sol se dejaba ver solo a ratos, asomado tímidamente por detrás de nubarrones que se amontonaban creando lejanas aureolas de luz y sugerían imágenes de comienzos de mundo.

—No para de llover –dijo Nikolas Kai mirando hacia el cielo.

Estaban reunidos bajo un gran patio techado rodeado de árboles de naranja, limoneros, palmeras. Una piscina se apreciaba a un costado, rodeada de una bien podada grama y sillas para tumbarse a tomar el sol o descansar, si alguna vez dejaba de llover.

—Esto no me gusta nada –dijo Juan Pablo Risco–. Ya son veinte días lloviendo sin cesar, las lluvias siguen causando estragos en los barrios. Se han venido abajo cerros completos, los ríos continúan desbordándose y arrasando con casas, dejando a familias a la intemperie.

—Está ocurriendo no solo en Venezuela, sino en otros países. Todos los días amanecen más países en la lista –dijo Sara Amarilis–. Las lluvias no cesan y los gobiernos están desesperados con la nueva

ola de frío. Se habilitan todo tipo de albergues, módulos, galpones, cuarteles, fábricas. El número de damnificados crece en todas partes. Es imposible conseguir viviendas a todos ellos. Aquí en Venezuela la situación es grave, los ríos de los Andes se desbordaron y hay hogares arrasados en Mérida, Táchira y Trujillo. En Falcón se han caído puentes, se han anegado poblaciones enteras y ha habido que evacuarlas, no saben a dónde ir. Ahora, para colmo, las mareas están creciendo, las olas del mar rebasan las playas y llegan hasta las carreteras costeras. La gente ya casi no se acerca a las playas. Los edificios construidos cerca de las costas se han devaluado, no se venden ni los alquila nadie. Los pescadores ya no quieren hacerse a la mar, hay mucha contaminación, producto de los conocidos derrames tóxicos que se han venido produciendo –dijo Sara Amarilis.

—Pero hay que tener esperanza. La marcha superó las expectativas. Sabemos que ha sido algo más que un éxito, ha sido un acontecimiento trascendental, diría yo –recalcó Analivia Plurabela.

—Con repercusión en todo el mundo –recalcó Abel Tristán.

—Definitivamente dimos en el clavo –dijo Juan Manaure.

—Ahora tenemos esta tremenda responsabilidad –apuntó Aymara Sosa.

—Bueno, toda la estrategia tendrá que salir de aquí, de las nuevas discusiones. Volveremos a formar equipos para actuar en todos los países y medios posibles.

—Yo filmé buena parte del desarrollo de la marcha –dijo Analivia–. Creo que podré hacer un documental.

—Es una buena idea. Ese documental puede circular en todas partes, es una herramienta de comunicación importante.

—En los canales de noticias no se habla de otra cosa. Los políticos están hablando sobre ti, Analivia, acaparaste la atención mundial.

—Ahora hay que salir y calibrar nuestro trabajo allá afuera con toda esta gente, están muy emocionados, y no es para menos –dijo Juan Pablo haciendo una seña hacia el patio, donde aguardaba una multitud que celebraba el éxito del evento.

Bebían cervezas y vinos, brindaban y esperaban el momento para degustar una paella de mariscos a la leña que estaba siendo preparada en un fogón por un grupo de cocineros. Antes de probar bocado, Nikolas Kai se dirigió a ellos en una exhortación que los llenó de

entusiasmo para continuar con el proyecto de Energía Verde, en la conquista de un futuro planetario mejor.

Comieron la paella, y rato después descansaron sobre la grama o en hamacas, a la sombra de los árboles. Después del descanso y las charlas relajadas se pusieron a trabajar, a armar el rompecabezas ecológico de cada región con las organizaciones comunales que pudieran ayudar a lograr los objetivos. Al cabo de unas cuatro horas tenían casi todos los equipos constituidos; los voceros de cada país en la marcha venezolana eran protagonistas directos de un acontecimiento sin precedentes. Nikolas Kai y Juan Pablo Risco estaban orgullosos del equipo. Nikolas, desde su avanzada edad, saboreaba parte del éxito reciente.

Juan Pablo Risco recordó aquellos años en que luchaba contra la Corporación Enolc, la empresa de clonación de seres humanos y de drogas sintéticas que estaban alterando la estructura molecular del cerebro, encabezada por aquel siniestro gerente llamado Julio Leconte, llegando al colmo de clonar a Sara Amarilis a través de una siniestra réplica llamada Rebeca Henríquez; la relación de otro empresario, Domingo Monasterios, dueño por entonces de los medios de comunicación del país quien, en alianza con Julio Leconte pretendían convertirse en dirigentes absolutos de las comunicaciones, los alimentos, las drogas, el petróleo; todos aquellos proyectos nefastos que Vanguardia Ética había desmantelado en los primeros años de refriega, donde los acompañaron los recordados amigos Karl y Klara Kubin, que habían fallecido trágicamente en un accidente automovilístico en Estados Unidos; las luchas permanentes contra la alimentación transgénica que se estaba imponiendo en todo el país para acabar con los alimentos orgánicos y vender así los transgénicos a mayor precio, con la correspondiente intoxicación alimentaria; la lucha política que habían emprendido contra la corrupción, empezando por el municipio Chacao, comandada por el alcalde de aquella época, Fernando Saturno, y los negocios de drogas de la policía de Chacao con un comandante de nombre Alejandro Lameda, cuando el presidente de Venezuela era Tobías Méndez Muñoz. Recordó Juan Pablo el búnker de Nikolas Kai en Chacao, donde recibió las primeras lecciones de su maestro; su memoria voló hacia aquellos años febriles en el barrio Gato Negro en Catia y le llevó al recuerdo de su madre María José llevándole al colegio, bajando y subiendo a diario las empinadas escalinatas del barrio

Gato Negro; a todas aquellas personas como a la señora Gracia Guerra y a su esposo, el viejo Caracciolo; al brujo del barrio, a sus amigos en el liceo, Vicente y Josefina Montero, y a la iniciación sexual maravillosa que había tenido con Josefina; los jolgorios del barrio donde la música de *jazz*, salsa, guarachas y boleros le brindaron una alegría inigualable; los arrebatos de emoción en los juegos de béisbol y fútbol en los traspatios; las alucinaciones diurnas en plena vigilia donde se abrían pantallas en el aire para mostrarle las más caprichosas formas de animales, personas, gnomos, diablillos híbridos que eran absorbidos hacia una hendidura, succionados hacia un hoyo que le llevó a un primer cerco visionario, a un primer nivel del infierno, a un limbo donde se encuentran las almas de los que fueron excluidos del paraíso porque no fueron bautizados a tiempo, en una visión dantesca; los sueños vigilantes donde los escritores José Lezama Lima, César Vallejo y Elisio Jiménez Sierra intentaban enviarle claves para conducir su vida y su muerte. Su imaginación era entonces permanentemente trastocada por premoniciones, unas veces absurdas y otras tan reales que alcanzaban los niveles de la hiperrealidad.

Desde hacía varios meses se encontraba asediado por una sensación de descolocación cuyo origen desconocía; tenía sueños laberínticos donde se encontraba perdido en bosques o jardines enormes, poblados de viejos edificios y quintas vacías, en grandes extensiones de parques lluviosos donde apenas había algunas casas abandonadas; paisajes donde la desolación se sembraba en cada recodo: vastas extensiones de tierra donde las verdes montañas se repetían hasta el infinito y él, Juan Pablo, andaba por esos parajes tras su madre y tras los hermanos que nunca tuvo. A veces aparecían en estos escenarios oníricos personajes de su infancia y la cara joven de Nikolas Kai, todos en medio de un silencio donde soplaba un viento glaciar. Al despertar de esos sueños, Juan Pablo quedaba sumido en un alelamiento por casi dos horas, desubicado de la realidad y sin saber adónde dirigirse, perdido, situado en un limbo, en el espacio de ninguna parte y en ningún tiempo preciso, en ninguna época determinada. Una vez, después de uno de esos sueños, en vez de despertar de día despertó de noche, salió al patio y se quedó mirando un cielo lleno de estrellas: las luces titilantes de los astros llegaban a sus ojos y se quedó acostado en la hierba, contemplando por largo rato el inmenso negror salpicado de luces, unas fijas y

otras intermitentes; las constelaciones se armaban ante sus ojos bajo sus formas zodiacales, y al poco rato su cabeza se encontró llena de elucubraciones metafísicas futuristas que proyectaron su mente en el espacio interestelar, hasta sumirlo en un estado de embriaguez astral que le hizo cerrar los ojos nuevamente y soñar que estaba por visitar un planeta nuevo acompañado de su madre María José, el padre que no conocía, su mujer Sara Amarilis, hija de Nikolas; su hija Analivia Plurabela y el poeta Víctor Valera Mora, que hablaba de un florido planeta donde los ríos ahogan al mar, donde cielo y tierra borran las contradicciones. Pero en ese instante no había boletos disponibles para viajar al planeta, y entonces tuvo que conformarse con dar unas vueltas por una finca en una noche borrascosa, donde el cielo estaba encapotado y había truenos y rayos y tuvo que entrar a un cuarto destartalado de la finca a guarecerse, con lo cual estaba ingresando a un doble sueño absorbido por un sueño nuevo, lo cual le colocaba en el territorio del espanto, de la posibilidad de estar siendo absorbido por una potencia estelar más fuerte que la realidad, fundada en una zona límbica más allá del tiempo, fuera del espacio conocido, propiciando el ingreso a un territorio nuevo: el territorio del vacío.

Cuando ese vacío se producía, Juan Pablo se sabía colocado en un limbo que le permitía mantenerse en un espacio puro, lúcido, desde donde podía vislumbrar *el cerco del aparecer*, esto es, ahí donde ocurre la presencia inefable de la revelación, ver lo que hay dentro de una cosa, descubrir lo que hay en su centro y en toda su extensión, lo que puede o va a ocurrir en su destino apropiándose de su tiempo interno, organizando su espacio con solo mirarla. Juan Pablo casi vio entonces lo que podía ocurrir consigo mismo y con quienes le rodeaban, y se salvaban con él de las Plagas Vigilantes de este mundo. No pudo lograrlo del todo debido a un miedo metafísico que recorrió su cuerpo e inundó su mente en el instante en que contemplaba la noche, sus ojos hacían una rasgadura en el manto oscuro e impalpable, como si dos telescopios omnisapientes escrutaran el negror sideral y se encontraran más allá de sus homólogos, es decir, los ojos de su semejanza, de su doblez suprema, un ente vigilante de los abismos astrales, una presencia incorpórea sentada en el vértice de una galaxia, un ente cambiante que, en uno de sus viajes erráticos, había creado el universo.

Juan Pablo sintió un gran mareo y cayó sentado en la grama. Vino una brisa fría que sorprendió los árboles del patio, cuyas ramas batieron nerviosamente y luego se hizo más fuerte hasta convertirse en ventisca. Nikolas salió al patio a decirle a Juan Pablo que aquello parecía una tormenta avecinándose. En efecto, el agua arreció y formó una alianza con la brisa para soplar con más intensidad y los obligó a ambos a entrar en la casa. Toda la noche llovió de manera presagiosa, instalando en los sentidos de las personas presentimientos nefastos. Las centellas caían atronadoras y el viento arrancaba árboles de raíz; se formaron masas gigantes de matorrales secos que rodaron silbando por los espacios de la finca, arrastrando desechos y basuras. Todos recordarían aquella noche como una de las más tétricas de sus vidas.

Aquello había ocurrido ocho meses atrás, cuando comenzaban a organizar las comunas, a hacer las reuniones para lograr el Foro y la Marcha Verde, las herramientas más eficaces contra las Plagas Vigilantes. Todos habían notado la suspensión vital y superior de Juan Pablo aquella noche, que llamaron coloquialmente "viaje al limbo", una suerte de acechanza *al cerco del aparecer* que solo era revelada a espíritus iluminados. Nikolas, Alicia Montalbán y Sara Amarilis estaban convencidos de ello, de que Juan Pablo estaba tocado por un signo de elevado rango cósmico, cubierto por las mantillas sagradas de la corriente oracular, protegida por la iluminación y las bendiciones seculares, por las fuerzas soterradas del pueblo, por la resistencia de la miseria sagrada; se había cumplido, como un rito, la iluminación de la pobreza, un sacrificio cotidiano que debía producirse en cada era desde hacía siglos, a causa de una culpa ancestral del error humano que era el génesis de toda religión y la raíz de toda fe, algo que no podía ser explicado con razonamientos sino por la aceptación de la Gran Idea Animal, pura, originaria, la gran reproductora de vida en este planeta, reflexión de la sobrevivencia cósmica, núcleo de todas las formas de vida ocultas en el pluriverso. Aquella era su misión, pero no podía ser revelada aún, era un conocimiento hermético que debía ser custodiado por las fuerzas de la moral, y esparcido como una semilla en el saber esencial de la Nueva Escuela del Universo, pues la cibernética incontrolada había arruinado la esencia de la vida con su comercio implícito de seudoverdades.

Todo ello habría de ser discutido en las Jornadas de Hermenéutica de Vanguardia Ética en los círculos de iniciados de la nueva escuela,

los cuales iban creciendo lentamente por las comunidades poseedoras de una conciencia raigal, y luego expandidas en los diálogos de sensibilización acerca de la fuerza del mundo animal. Lo estaban logrando poco a poco.

****

Alicia Montalbán, Sara Amarilis, Cayena Jiménez, Analivia Plurabela, Aymara Sosa y Nicolasa Arenas lideraban ahora un movimiento de saberes prácticos que iba a ser de primera importancia para el avance del movimiento ecologista y humanista de la Nueva Era. Así lo dieron a conocer en la gran asamblea celebrada ese día en la finca La Iguana. Así habían estado logrando sus cometidos, así lo fueron haciendo también los demás grupos, activistas y voceros en los estados, países, gobiernos. Tuvieron que ser muy cuidadosos para dirigirse cada uno a su región o país, iban a estar, de ahora en adelante, muy vigilados por la policía del pensamiento y los portavoces de las Plagas Vigilantes, por las fuerzas del Espionaje Especial de Estado. Ya seguramente estarían enviando agentes para vigilarlos a todos. Pero los periodistas se les adelantaban, los reporteros acechaban en las afueras de la finca La Iguana cuando los grupos comenzaron a desplegarse a sus lugares de origen, y les sirvieron automáticamente de escudos de protección.

Parte de la misión estaba cumplida.

Capítulo 24

James Reynolds aguardaba en la Casa Blanca al gabinete de su gobierno para plantearle la posición que estaba enfrentando el país en relación a Venezuela. Los ministros de Estado fueron llegando y ubicándose en el gran salón donde cada uno ocuparía su curul. Lo hicieron con toda la parsimonia del caso. Reynolds los saludó uno a uno, con gesto hierático. Se acomodaron en sus asientos a oír al presidente.

—Tenemos que resolver este asunto con Venezuela de manera inmediata –dijo Reynolds–. Nos hemos reunido con el embajador y el presidente de Venezuela, Moisés Mandala, para avanzar en la consecución de pactos que nos permitan un intercambio económico favorable, que nos conviene mucho ahora en lo referente al petróleo, y a cambio de ello Venezuela resultaría protegida por nosotros en la alianza del Bloque Hegemónico que estamos construyendo en Occidente, con Canadá y varios países de Europa. Estamos a punto de cerrar el trato de manera definitiva, pero se han producido varias interferencias. La primera ha sido el movimiento comunitario de ese país, que no cesa de hacerle frente al gobierno de Mandala; el segundo es la inesperada aparición de este movimiento ambientalista llamado Vanguardia Ética, que organizó la marcha que ustedes pudieron presenciar en

todos los medios de comunicación. Pensábamos que era una marcha insignificante, pero a medida que avanzaba fue ganando adeptos y se convirtió en un movimiento molesto que logró estimular al movimiento Ocupemos aquí en nuestro país, y al movimiento de los Indignados en Europa, quienes han estado boicoteando las actividades de los congresistas norteamericanos. Hemos tratado de reducir estos movimientos, pero el asunto es más complicado de lo que parece, pues no podemos estar agrediendo todo el tiempo a civiles, mujeres, jóvenes y hasta ancianos en las calles –dijo Reynolds–, así que necesito la opinión de ustedes para solucionar este asunto. Ahora mismo el presidente Mandala está reunido con el gabinete de su gobierno, haciendo lo mismo que nosotros. Allá en Venezuela hay un montón de gente haciendo manifestaciones en las calles, y han aflorado movimientos políticos de izquierda que están comenzando a dar lata. Si las fuerzas de seguridad de cualquier país llegan a ultimar a cualquiera de estas personas, se puede desencadenar una guerra civil en cualquiera de estos países. Tengan ustedes en cuenta que una cosa así pudiera hacer más tensas las relaciones con Latinoamérica, los países árabes y China, que también están a la expectativa –terminó de decir Reynolds, llevándose la mano a la cabeza para terminar de arreglarse un mechón de cabellos.

—Tenemos que ser enérgicos –intervino la Secretaria de Estado, Minnesota Green–. Debemos reducir a estas fuerzas transgresoras, antes de que vayan más allá. Esto se nos puede ir de las manos si no actuamos a tiempo.

—La Secretaria de Estado tiene razón –confirmó el general Thomas Carter–. Estamos en un momento crucial, en un punto límite, y no podemos dar el brazo a torcer.

—Espero que sepamos lo que estamos haciendo –dijo el senador York, del Partido Republicano–. Estas acciones van a tener consecuencias, y me estoy refiriendo a consecuencias definitivas para el destino de la humanidad, que no es poca cosa. Me estoy refiriendo a una tercera guerra mundial y nuclear, que podría ser la última, señores.

—No exagere, senador –intervino Minnesota Green–. Nosotros podemos controlar la situación con la oportuna ayuda israelí y nuestros aliados europeos.

—Sinceramente no lo creo. Si mandamos a nuestras fuerzas a ocupar estos países tendremos una masacre de proporciones

incalculables. Imagínense a la guerra en el Medio Oriente multiplicada por cien –refutó York.

—Pero nosotros somos la primera potencia del mundo. Tenemos que demostrar que tenemos la supremacía mundial, pues de otro modo se burlarán de nosotros. No podemos mostrar ningún tipo de debilidad ante esta situación. Dígame, senador, cómo vamos a cubrir las necesidades de nuestro país si no actuamos con energía –argumentó Green.

—Eso no lo sé, amiga mía. Lo que sí sé es que Estados Unidos tiene que prepararse a recibir una respuesta bélica, que va a dejar miles de muertos inocentes –espetó el senador–. Sinceramente le digo que pudiéramos estar frente al ocaso de la civilización.

—Quisiera saber quién más comparte esta posición del senador York –preguntó de improviso el presidente James Reynolds.

Tres ministros de Estado levantaron sus brazos.

—¿Esto quiere decir que el resto del Gabinete está de acuerdo con utilizar nuestro poderío militar?

Los miembros del gabinete se miraron unos a otros, inquiriéndose entre ellos mismos acerca de la importante decisión a tomar.

—Nos estamos jugando el destino del país –dijo Minnesota Green.

—Muy bien dicho, secretaria, muy bien dicho –confirmó Reynolds.

—Bueno –dijo el director del Pentágono, el general Thomas Carter–. Ustedes están acordando ahora esto de manera definitiva. Creo que es la decisión más importante que se está tomando en nuestra historia, y es la decisión que puede llevarnos a una guerra global, con los contactos que tiene Venezuela con Francia, España, Israel, Canadá e Inglaterra. Yo sinceramente creo que puede ser la decisión más triste que hayamos tomado aquí. Vamos a escribir la página más trágica de toda la historia. La vida de todos los norteamericanos está en juego.

—Entonces dígame qué vamos a hacer –refutó Minnesota Green, en tono imperativo–. Usted nos dice qué vamos a hacer, general, le dimos ventaja al contrincante y pasamos nosotros a un segundo plano. La situación tenía que llegar a esto, tarde o temprano. Es una decisión inevitable.

—Me extraña su posición, general –dijo York–. Pensé que usted era un hombre duro.

—Soy un hombre humano. He visto muchas atrocidades, y le confieso que estoy harto de ver tantas muertes. Pero mi opinión no vale mucho en este momento. Vale la opinión de la mayoría. El Departamento de Estado debe reunirse aparte para hacer una consulta, como estamos haciendo aquí. En el Pentágono nos reuniremos cuanto antes para transmitirles nuestra decisión.

—Bien, entonces en el nombre de Dios y de la patria norteamericana, del Gobierno de los Estados Unidos de América y de su ejército que es el más glorioso de todos los ejércitos del mundo, ordeno que se hagan las movilizaciones para despejar los territorios donde tenemos hegemonía, por el bien de nuestros intereses y de los pueblos hermanos –concluyó Reynolds.

—Que Dios nos ampare –dijo el senador York.

—Dios está de nuestra parte –dijo Reynolds.

Los ministros se levantaron de sus asientos, con los semblantes visiblemente graves. Desfilaron por los corredores de la Casa Blanca y se dirigieron a sus respectivos automóviles, escoltados por guardias de honor. A la salida de la Casa de Gobierno coincidieron en el jardín el general Carter, el senador York y el presidente Reynolds, y se detuvieron un rato; después tomaron asiento en unas sillas al aire libre, antes de abordar sus respectivos automóviles. Reynolds los abrazó, al senador y al general, y les dijo en tono confidencial:

—Amigos míos, sinceramente les digo que esta decisión conformará el más grande acontecimiento que se haya concebido en la historia de este país, y posiblemente de la humanidad.

Capítulo 25

Moisés Mandala estaba informado ya de las decisiones del Pentágono y de la Casa Blanca en torno a Venezuela. El presidente de la nación del norte se había encargado de transmitírselas. Aunque esperaba la noticia, Mandala se quedó por un momento estupefacto, sin poder reaccionar. La decisión ya estaba tomada. Venezuela entraría a formar parte del Bloque Hegemónico Occidental, asumiendo las consecuencias de esta determinación. No había vuelta atrás. Ahora se lo debía comunicar a su gabinete ese mismo día, con la anuencia de los máximos dirigentes nacionales. Solo debían sostener una reunión formal para medir las consecuencias del hecho y definir las estrategias políticas para la acción social. Lo hicieron en un solo día, con carácter de urgencia. Los ministros fueron al Palacio de Gobierno y allí se realizó la asamblea, donde las posiciones y reacciones fueron similares a las de la reunión en la Casa Blanca, parecían una réplica de aquellas. Mandala convenció a su gabinete de que aquello era trascendental y colocaría a Venezuela a la vanguardia de las posiciones a nivel global, asegurando a Venezuela –dado su poderío energético– un lugar excepcional en el nuevo orden mundial, en la esfera de poder global, de una era que se avecinaba sobre la humanidad para crear un mundo decente,

productivo, poderoso en el concierto mundial de las naciones. Se acabarían las medias tintas y las posiciones radicales del Medio Oriente, las guerras religiosas, el comunismo, el imposible sueño igualitario del marxismo que estaba llevando al mundo a una debacle, según ellos. Moisés Mandala se esforzó en convencer a sus ministros, a través de un lenguaje fuertemente ideologizado, de que el capitalismo era la vanguardia global, una salida planetaria a los problemas inmediatos de la sociedad. Puso ejemplos concretos, ilustró con casos precisos, hizo una descripción minuciosa de las ventajas que ofrecía el modelo neoliberal y los convenció a casi todos, aprovechando la bonanza virtual proporcionada por el petróleo, los privilegios de que disfrutaban todos en sus respectivos lugares. Convocó además a la mayor parte de los senadores y diputados conservadores que ocupaban curules en el parlamento para ponerlos en un nivel similar. Esa tarde estuvieron disfrutando a la venezolana de algunos tragos y tequeños criollos, y tan relajados que hicieron chistes gruesos, rieron a carcajadas y narraron anécdotas picantes con la mayor libertad.

Mandala había conseguido su objetivo ideológico, lo cual era bastante. Lo que estaba por verse era la coherencia política, y, aún más, la pertinencia social de las medidas acordadas. Le transmitió al alto mando militar las órdenes correspondientes, las cuales fueron aceptadas a regañadientes por una parte de los oficiales. Una marea de controversias conmocionó ese día los cuarteles; pero los tenientes, capitanes, coroneles y generales pudieron controlar la situación con arengas persistentes y en muchos casos intimidantes. Así que acataron las órdenes superiores y se prepararon a otras, dimanadas del alto mando. Los rumores comenzaron a crecer por todas partes; la gente se encargaba de agigantar los rumores hasta convertirlos en noticias catastróficas; las anécdotas se iban ampliando en boca del pueblo hasta alcanzar proporciones enormes, llegando a la redacción de los noticieros, periódicos y medios telemáticos, donde al otro día las noticias tomaban ribetes apocalípticos, reforzadas con esa capacidad que tiene el pueblo para enriquecer los fenómenos colectivos con toques de malicia, humor, inteligencia y crueldad.

Todo ello hizo que los movimientos políticos y sociales, ecológicos y civiles, acentuaran sus manifestaciones volcándose a las calles, llenando avenidas y acampando en parques y plazas, lo cual produjo

nuevas modificaciones en las fuerzas de seguridad, las cuales, en muchos casos, debieron contener y hasta golpear a los manifestantes, y esto engendró nuevos titulares llamativos. Una onda noticiosa global recorrió la televisión, Intranet y los periódicos hasta inundar a los megaplasmas públicos y privados las veinticuatro horas del día, generando un estrés colectivo sin precedentes: todos salían a las calles a protestar, sin tener a veces una razón muy clara.

La situación se agravó cuando Moisés Mandala dio la noticia de la alineación de Venezuela al Bloque Hegemónico Occidental. Al arribar a Venezuela los representantes de la nación del norte para notificar oficialmente el hecho, los ánimos se caldearon y las consignas fueron más virulentas. Las manifestaciones de violencia no se hicieron esperar. Un estudiante resultó herido; después un policía murió y una bala alcanzó la cabeza de una mujer y le quitó la vida de manera instantánea; luego estudiantes quemaron vehículos de la policía: la policía respondió y una bomba explotó en el monorriel dejando varias personas muertas. Estudiantes de varias universidades presenciales se solidarizaron con las familias y las luchas de los estudiantes desaparecidos. A los dos días de este suceso otra bomba explotó en el estacionamiento del Congreso de la República, causando la muerte de dos senadores. La policía respondió con lanzallamas que desfiguraron los cuerpos de un grupo de indignados. Los partidos políticos de izquierda tomaron posiciones por estos hechos y llevaron su gente a las calles. La policía ya no podía contener la furia de los estudiantes e indignados. Vanguardia Ética hizo público un llamado a la paz; los participantes en la Marcha Verde salieron a la calle a tratar de apaciguar los ánimos. Solicitaron una tregua para hablar con los indignados, campesinos, indígenas, *ghettos* de negros y organizaciones estudiantiles. Representantes del gobierno de Moisés Mandala también intervinieron para buscar una solución. Por unos cuantos días el ambiente se aquietó, cuando Moisés Mandala garantizó que no iba a haber ninguna guerra, lo que buscaban en verdad era la paz, confirmó. El presidente de los Estados Unidos, James Reynolds, apareció numerosas veces en los megaplasmas llamando a la reflexión, tratando de justificar las acciones de la oficialidad diciendo que su deber era mantener el orden, que no podía permitir la anarquía, que la anarquía era el origen del caos y que si entraban en el caos no habría ninguna solución para nadie. A esta aseveración se unió Moisés

Mandala y los presidentes de Alemania, Francia, Canadá, España, Italia, Inglaterra, Israel, aliados naturales del Bloque Hegemónico Occidental, quienes dispusieron de todos los medios posibles para dirigir sus mensajes.

Pero aquellos mensajes no tuvieron la eficacia esperada. La gente los percibió como retóricos, como cascarones vacíos, como expresiones tópicas de un discurso gastado.

—¡Póngame en contacto con esa muchacha del grupo Vanguardia Ética! –dijo Moisés Mandala–. Esa… la que tiene un nombre raro, Anabela…

—Analivia –corrigió la secretaria, Corina.

—Sí, esa misma… –dijo Mandala, la vocera del grupo–. Tengo que hablar con ella.

—Sí, señor presidente –respondió Corina–. Haré lo posible por contactarla hoy mismo.

Analivia Plurabela recibió la noticia. En el seno de Vanguardia Ética se discutió el caso. Debía ir con sus padres, Juan Pablo y Sara Amarilis. Concertaron cita para un jueves por la tarde. El presidente Mandala los estaba esperando en su despacho del Palacio de Gobierno. Más que lluvioso, el día estaba borrascoso, un día nublado lleno de vientos fuertes que tenía a la ciudad en ascuas, interrumpiendo las comunicaciones y causando apagones de electricidad. Las plantas de energía eléctrica habían sufrido fallas técnicas en sus sistemas, y las suspensiones del servicio comenzaban a aumentar en todo el país. En Caracas, el servicio se suspendió por cuatro horas y el tráfico se hizo intolerable, incrementando el hampa y los accidentes. A causa de esto, la familia Risco llegó retrasada al Palacio. Estuvieron en el atascón de tráfico por más de dos horas, en un taxi donde venían desde las afueras hacia el centro de Caracas.

—Adelante –les dijo el edecán de Palacio a la familia, al llegar–. Pasen adelante, pónganse cómodos.

El presidente los estaba aguardando. Les ofreció refrescos y café; ellos se sentaron a oírle.

—Esta lluvia no cesa –dijo Mandala–. El día ha estado terrible. Disculpen ustedes que no envié a alguien a buscarles; aunque quizás así hubieran tardado más en llegar –aclaró–. Tiene una hija muy

inteligente, señor Risco, y además de ello muy elegante. Tiene un gran futuro como líder esta muchacha.

Sara Amarilis sonrió cortésmente y estrechó la mano del presidente. Así lo hicieron Juan Pablo y Abel Tristán. Se pusieron cómodos y entonces el presidente continuó:

—Los he convocado aquí porque el país está atravesando un momento difícil y creo que ustedes pueden ayudar al gobierno a apaciguar los ánimos de la gente en la calle que está alterada y violenta. Ustedes son los líderes del movimiento ecológico y pueden jugar un papel muy importante para lograr otra vez la paz.

—Lo hemos intentado –dijo Sara Amarilis–. Hemos hablado con los líderes de muchos grupos políticos y no políticos de varias regiones y países. Eso es lo que hemos venido haciendo en las últimas semanas.

—¿Y cómo van las conversaciones? –inquirió Mandala.

—Muy bien –respondió Analivia–. Mi abuelo, mi papá y mi mamá, yo y todo el grupo, hemos estado hablando con muchos de ellos para lograr un grupo compacto que haga presión sobre el gobierno que usted preside.

—¿Presión? –preguntó Mandala.

—Sí, presidente, presión, eso estoy diciendo. La sociedad civil organizada de este país es lo más importante en este momento, ¿no cree usted?

—Sí, claro joven, pero todo eso debe hacerse de manera civilizada.

—¿Civilizada? Perdóneme, presidente, pero es que aquí la política se ha estado ejerciendo de manera salvaje, y ahí tiene usted la respuesta.

—Es usted verdaderamente atrevida, señorita…

—Señor presidente –intervino Juan Pablo–. Nosotros somos un grupo de humanistas, profesores, indígenas, desplazados, activistas y periodistas, artistas y escritores que hacemos todo de manera legal y pacífica. Esa marcha se hizo sencillamente para sembrar en la opinión pública una conciencia conservacionista que presione a los gobiernos para que estos detengan la contaminación del planeta, que nos está trayendo consecuencias catastróficas.

—Eso lo estamos haciendo, aunque usted no lo crea… –dijo Mandala.

—No lo suficiente –intervino ahora Abel Tristán–. Todos los acuerdos en las cumbres ecológicas han sido burlados, y la contaminación de las aguas y el ambiente persisten, incluso se han intensificado.

—Yo solo les estoy pidiendo ayuda para que esta situación no vaya en aumento –dijo el presidente.

—Y la tendrá –dijo Juan Pablo Risco–. Pero fíjese usted, presidente, con la noticia de esta mañana donde se nos informa que Venezuela formará parte del Bloque Hegemónico Occidental se nos está diciendo que la política armamentista y consumista va a continuar por el mismo camino.

—No exactamente –respondió Mandala–. Yo estoy seguro de que en Estados Unidos hay voluntad política para…

—No hay voluntad política en este momento –respondió Sara Amarilis–. Si usted insiste en formar parte de ese bloque, la gente no va a responderle, señor presidente, de eso puede estar usted completamente seguro…

—Siento mucho que piensen así –dijo el presidente–. De todas maneras ha sido un placer conocerles.

—Usted me cae bien, presidente –dijo Analivia con gesto diplomático–. De verdad me parece un hombre preocupado por su país. Piense en sus hijos, piense en sus nietos, piense en el futuro de todos nosotros los venezolanos. Nosotros queremos ayudar. Le agradecemos que haya tomado en cuenta nuestra opinión –dijo extendiendo el brazo para despedirse.

—Ha sido un placer –dijo Mandala–. Gracias por haber venido.

La secretaria y el edecán los condujeron a la salida. Luego de que los visitantes se despidieron, Mandala se dirigió a la mesita de un minibar en el despacho y sacó una licorera de *whisky*. Se sirvió un trago y lo bebió de un solo jalón.

Capítulo 26

El día amaneció más gris y lluvioso que de costumbre. El cielo estaba casi negro y el Sol apenas aparecía. Las lluvias seguían cayendo sobre todo el territorio inundando poblaciones, haciendo desbordar ríos, tumbando casas y puentes e impidiendo la circulación por carreteras. Los automóviles habían sido abandonados por los conductores por la falta de combustible. El monorriel y el metro habían colapsado con tantos pasajeros, mientras a otros les daba temor abordar el metro o el monorriel a causa de los permanentes apagones y fallas de electricidad. La gente salía a comprar comida y luego regresaba a sus casas o edificios. Las cosechas se estaban perdiendo en los campos a causa de los ríos desbordados y las inundaciones. El desabastecimiento en las ciudades era creciente; en los últimos días las ciudades se estaban convirtiendo en especies de hormigueros, donde grandes masas de personas salían a hacer compras nerviosas en los supermercados, pues en los mercados públicos principales la gente se apoderaba de los alimentos, se producían situaciones de hurto de comida con las consecuentes situaciones de arresto. En numerosas ventas callejeras, fruterías o bodegas la gente se apropiaba de los alimentos, salía corriendo y la policía ni siquiera los perseguía, porque los policías también tenían hambre.

Comenzó a llover más fuerte. El gobierno desplegó un operativo que no fue suficiente para atender los estragos causados por las lluvias. Los ríos volvieron a bajar por quebradas buscando al mar por sus cauces originarios, produciendo vaguadas y el éxodo de la gente de los poblados. Los desplazados comenzaron a invadir plazas y mercados, jardines y terrenos baldíos, casas abandonadas; otros se fueron a las playas o fincas de montaña a dormir en carpas improvisadas.

Los megaplasmas reproducían situaciones semejantes en varios países de los cinco continentes. Los noticieros no hablaban de otra cosa: inundaciones, desaparecidos, damnificados por doquier. En la India se registraron dos terremotos; en China un enorme volumen de líquido contaminante se volcó sobre las aguas territoriales y causó estragos en especies marinas y numerosas muertes de personas. En las playas de México se produjeron tifones, y terribles huracanes invadieron zonas pobladas de Estados Unidos. Estos tornados aparecían en otras regiones y estados. Con un tiempo similar en casi todo el planeta, los gobiernos tuvieron que atender las emergencias; todo lo demás pasó a ser secundario. Los países comenzaron a comunicarse para ayudarse mutuamente. Las invasiones bélicas, que se cernían como amenazas por parte de los países poderosos a los países débiles, se pospusieron. El gobierno de Estados Unidos se vio obligado a postergar sus planes intervencionistas en el mundo árabe, el Medio Oriente. Los principales templos del Islam comenzaron a llenarse de peregrinos que clamaban por la paz, en medio de lluvias torrenciales. El río Ganges en la India empezó a secarse y las personas a clamar justicia celestial a sus dioses. En China la gente se postró a los pies de sus divinidades a implorar el perdón. Los países árabes también estaban sumidos en una crisis aguda, gobernados por líderes carismáticos que les impedían acercarse al resto del mundo, embebidos en un fundamentalismo casi ciego. Los judíos, por su parte, con sus alianzas económicas con países poderosos, habían perdido lo esencial de su espiritualidad, usando su inteligencia para la dominación financiera de otros países. En Jerusalén hubo un temblor que hizo desmoronar una parte del Muro de las Lamentaciones, suceso que fue tomado como un signo infausto de castigo divino.

Nikolas Kai estaba reunido en la finca La Iguana con sus familiares y amigos, con Alicia Montalbán, Sara Amarilis, Analivia Plurabela y

Juan Pablo Risco. Todos habían trabajado tan duro para hacer realidad aquel sueño de la Ecología Verde encaminado a través de Vanguardia Ética, como él lo había soñado en su juventud; había valido la pena tantos esfuerzos y sacrificios, viendo cómo habían cristalizado las ideas en aquella gigantesca marcha reproducida en tantos países. Se asomó al porche de la pequeña casa en la finca y extendió el brazo hacia el agua que caía a cántaros sobre el verdor.

—Es una lluvia extraña –dijo Nikolas–. Parece que no es solamente agua lo que está cayendo del cielo.

Palpó el líquido y luego lo olió, pasando su lengua sobre los dedos para probarla.

—Es una lluvia pegajosa, una lluvia hedionda, Dios mío, qué es esto –dijo asombrado.

Juan Pablo Risco se acercó a él en el porche de la casa. Hizo lo mismo, extendió su mano y probó el agua de lluvia.

—Dios mío, esto parece lluvia invernal. La lluvia que anuncia el fin.

—Es la lluvia del principio del fin, la lluvia ácida –admitió Nikolas Kai.

El resto del grupo dirigente de Vanguardia Ética vino a comprobar lo que estaba apreciando Nikolas Kai y Juan Pablo, descubriendo con tristeza y horror que la lluvia ácida había comenzado a caer. La lluvia ácida era el primer paso a la destrucción irreparable del planeta. No había ningún modo de detenerla.

Al día siguiente los megaplasmas distribuirían la noticia, con el deshielo progresivo de los icebergs en los polos; el casquete polar se derretía incontrolablemente, y el efecto invernadero apareció en su registro más acelerado, de modo que comenzó el recalentamiento completo de todo el globo terráqueo. El dióxido de carbono ya había hecho su funesto trabajo para incrementar la proporción de gases con aquel efecto, para captar los fotones provenientes de la tierra que, al no generar reacciones químicas, rotaron por todo el globo aumentando la temperatura del aire. Al mismo tiempo que llovía, el calor se hacía exasperante, lo cual obligaba a todos a usar el aire acondicionado, medio artificial que generaba una demanda brutal de energía eléctrica en todo el planeta, insostenible en la práctica si se tenía en cuenta que estos aparatos debían ser usados por al menos la mitad de los habitantes de la tierra. Pero ya era tarde.

Al día siguiente los medios televisivos dieron la noticia de un maremoto en China que había arrasado con cincuenta y dos barcos de carga en el puerto de Hong Kong. Toda la ciudad de Dubái colapsó por falta de agua; millones de habitantes tuvieron que emigrar de ella buscando lugar en otras ciudades, ofreciendo grandes sumas de dinero por apartamentos y casas de las que nadie quería ya desprenderse por nada del mundo. La escena se repetía en muchas ciudades del planeta.

La lluvia ácida siguió cayendo, hasta que lo invadió todo. Los calores y fríos extremos se produjeron juntos; las vaguadas y terremotos tuvieron lugar al unísono: los tornados y ciclones devastaban las islas del Caribe, y ciudades enteras de Estados Unidos comenzaron a inundarse; las aguas contaminadas por la basura industrial y la basura electrónica se filtraban a los acueductos de agua potable; la gente se iba quedando sin nada que comer o beber, y entonces sí se produjo el asalto masivo de la gente a los supermercados y establecimientos de víveres para sobrevivir, y ello originó la más terrible de las violencias: todos contra todos peleando como animales hambrientos. Gobiernos de países poderosos enviaban mensajes de paz y armonía a los países dependientes, hacían un llamado a detener la guerra en cualquier parte del mundo. La gasolina se empleaba principalmente en aviones y helicópteros que sobrevolaban territorios arrasados o inundados para socorrer a los sobrevivientes; se paralizaron los puertos y aeropuertos; los terminales terrestres perdieron todo sentido, pues las estaciones de gasolina dejaron de vender el combustible; los mercados seguían siendo asaltados por masas de personas y la policía no era suficiente para contenerlas. Cristianos, católicos, mahometanos, budistas, evangélicos, protestantes, judíos salieron a las calles a implorar perdón a sus dioses, que en ese momento se convirtieron en uno solo; las madres lloraban clamando perdón para sus hijos y misericordia para su progenie, se hincaban y posternaban gimiendo en las aceras, rogaban misericordia al todopoderoso.

Cárceles y manicomios atestados de locos, insanos y criminales bullían en un solo estertor de angustia, reventaban y forzaban rejas para salir libres, ya la policía no tenía razón de ser. Al tercer día un gran sismo se apoderó de mega urbes como Chicago, Nueva York, Londres, París, Tokio, Pekín, Sao Paulo, México, Caracas: los edificios más elevados fueron los primeros en comenzar a caerse y partirse por la mitad,

para dejar miles de muertos; los sobrevivientes buscaron salir a los campos y a las riberas de los ríos y mares. Por un día se detuvo todo, y la gente buscó organizarse sin necesidad de usar la televisión, el dinero o los megaplasmas; la energía estaba fallando constantemente e hizo imposible la comunicación.

Al cuarto día una bola de fuego vino del espacio cósmico y dio contra la tierra y abrió un cráter de veinticinco kilómetros de diámetro en un llano de Colombia; luego cayó un meteorito de quince kilómetros de largo en una montaña de los Andes en Venezuela, matando a cientos de animales y personas. Ejemplos como estos se repitieron en todas partes.

Dejó de llover por un día, pero al otro llovió más fuerte aún, y con más calor. Millones de rayos ultravioleta atravesaron la atmósfera terrestre y devastaron todo vestigio de vida. La tierra quedó calcinada, convertida en una bola roja de mareas y gases tóxicos e inertes; los continentes desaparecieron y todo se volvió una esfera quemada y sin vida.

Al explotar la tierra, los añicos salieron disparados al espacio, y todos y cada uno de los seres humanos que habían nacido y habían muerto desde el comienzo de los tiempos y quienes estaban vivos en el instante de la enorme explosión, ardieron y se calcinaron inmediatamente, pero antes, muchos de ellos permitieron que sus almas salieran de sus cuerpos y viajaran por el espacio a una velocidad pasmosa hasta llegar cada uno de ellos a una estrella y ocuparla y quedar allí brillando siempre, mientras otras almas quedaron vagando por el espacio sin encontrar sosiego nunca. Se comprobó así que los huesos de las almas nobles están hechos de polvo de estrellas y allá habían vuelto otra vez con la explosión del planeta, el *Big Bang*, un gran estallido similar al que dio origen al universo, y ahora el universo volvía a estructurarse para recomenzar, buscando a un nuevo astro para poblarlo y dotarlo de oxígeno, hidrógeno, agua, tierra fértil, minerales y un aire puro y refrescante para sembrar allí en el nuevo verdor las células madres que permitieran el nacimiento de una nueva civilización, una nueva historia, una vida nueva. Los antiguos habitantes de la tierra esperarían ocultos en la eternidad a que se les diera una segunda oportunidad.

Esta era la visión que Juan Pablo había experimentado en uno de sus descensos al limbo, aquella noche en que se quedó dormido en uno de los patios de la finca, pero no tuvo el valor de confesársela a sus

amigos. Tenía dos opciones en ese momento: o se quedaba dormido para siempre o despertaba de una buena vez. Decidió lo segundo, abrió los ojos, apareció de nuevo el mundo y por eso estamos aquí.

Índice

Edición digital
Julio de 2018
Caracas, Venezuela



Gabriel Jiménez Emán (Caracas, 1950)

Narrador, poeta, ensayista, compilador y traductor. Se cuentan entre algunos de sus textos de relatos breves: *Los dientes de Raquel* (1973), *Relatos de otro mundo* (1988) y *Tramas imaginarias* (1990). Entre algunas de sus novelas destacan: *La isla del otro* (1979), *Mercurial* (1994) y *Averno* (2006). Incursiona en la poesía con textos como: *Narración del doble* (1978), *Baladas profanas* (1993) y *Proso estos versos* (1998). Transita los ámbitos del ensayo con *Diálogos con la página* (1984), *Provincias de la palabra* (1995) y *Espectros del cine* (1998). Su amplia labor como investigador y compilador lo han llevado a publicar *Relatos venezolanos del siglo xx* (1989), *El ensayo literario en Venezuela* (1988) y *Noticias del futuro. Clásicos literarios de la ciencia ficción* (2010), entre otros importantes trabajos de investigación. Ha recibido reconocimientos como el Premio Municipal de Narrativa del Distrito Federal y el Premio Nacional de Narrativa Orlando Araujo.

Limbo es la segunda entrega de una saga novelística desarrollada por Gabriel Jiménez Emán como una crítica a la sociedad actual, en forma de narrativa de anticipación. Recreado como continuación natural de *Averno* (2006), donde relata el enfrentamiento entre la voracidad del capitalismo y la humanidad encarnada en Juan Pablo Risco y Nikolas Kai. La presente novela muestra el surgimiento del bloque hegemónico occidental, portador de un siniestro aparato político que penetra los intersticios psicológicos de la ciudadanía. En esta oportunidad el autor nos presenta la siguiente generación de luchadores sociales, impulsores de una respuesta al caos en el año 2050. Tocará a la hija de Risco, Analivia Plurabela, y a su compañero, Abel Tristán, al frente del Movimiento Vanguardia Ética, tomar las calles y enfrentar a los neofascismos encubiertos de un futuro cercano y posible.



Gobierno Bolivariano de Venezuela | Ministerio del Poder Popular para la Cultura